Bertrand Russell

LA CONQUISTA DE LA FELICIDAD

Novena edición



COLECCIÓN AUSTRAL

ESPASA-CALPE, S. A.

BERTRAND RUSSELL

Bertrand Arthur William Russell —tal es el nombre completo de este gran filósofo, pedagogo, matemático y ensayista inglés— nació en Trelleck en 1872 y murió el 12 de julio de 1965, habiendo sido el segundo hijo del vizconde Amberley. Su educación —hecha en el Trinity College de Cambridge— fue esencialmente científica, y sus primeras obras ya mostraron ese carácter, granjeándole fama positiva. Al sobrevenir la guerra europea, Bertrand Russell tomó parte activa en campañas contra el reclutamiento y, como consecuencia de un folleto donde incitaba a las "objeciones de conciencia", fue condenado a una multa de cien libras y expulsado de su cátedra. Más adelante, en 1918, persistiendo en sus ideales, fue igualmente condenado, por sus campañas pacifistas, a seis meses de cárcel; en ella escribió una de sus obras capitales: la *Introducción a la filosofía matemática.* Viajó después por Rusia y China, interesándose vivamente por los problemas sociales y políticos, como testimonian sus libros: *Práctica y teoría del bolchevismo, Principios de reconstrucción social, Caminos de la libertad.* Se interesó también por la pedagogía, instalando, en unión de su segunda esposa, Dora Winifred Black, una escuela para niños, de tipo muy singular, en Sussex. En 1931 fue promovido a la dignidad de lord. Junto a los libros científicos de gran mérito como *El análisis de la materia, El A B C de los átomos,* Bertrand Russell es autor, asimismo, de otros filosóficos: *Problemas de la filosofía, Esquema de la filosofía,* y de varios tomos de ensayos: *Libertad y organización, Ensayos de un escéptico,* **LA CONQUISTA DE LA FELICIDAD,** que publica COLECCIÓN AUSTRAL, donde ya han visto la luz también sus **Ensayos sobre la educación.** Bertrand Russell examina en **LA CONQUISTA DE LA FELICIDAD** los problemas más sutiles de la vida íntima con una agudeza extraordinaria, componiendo un verdadero tratado del arte de ser feliz. En 1950 le fue concedido el Premio Nobel de Literatura

LA CONQUISTA DE LA FELICIDAD



COLECCIÓN AUSTRAL

N.º 23


ESPASA
S A
C
CALPE S.A.

BERTRAND RUSSELL

LA CONQUISTA DE LA FELICIDAD

NOVENA EDICIÓN

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID

Ediciones autorizadas para la

COLECCIÓN AUSTRAL

Título de la obra original: The conquest of happiness

Primera edición:	*10 -*	*XII*	*- 1937*
Segunda edición:	*19 -*	*I*	*- 1940*
Tercera edición:	*5 -*	*III*	*- 1942*
Cuarta edición:	*7 -*	*VII*	*- 1943*
Quinta edición:	*20 -*	*X*	*- 1945*
Sexta edición:	*28 -*	*III*	*- 1955*
Séptima edición:	*9 -*	*IV*	*- 1964*
Octava edición:	*29 -*	*X*	*- 1969*
Novena edición:	*1 -*	*X*	*- 1973*

Traducción del inglés por Julio Huici Miranda

Depósito legal: M. 25.926—1973

ISBN 84—239—0023—1

Impreso en España
Printed in Spain

Acabado de imprimir el día 1 de octubre de 1973

Talleres tipográficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A.
Carretera de Irún, km. 12,200. Madrid-34

ÍNDICE

Creo que podría transformarme y vivir con los animales. ¡Son tan tranquilos y mesurados!

Me complace observarlos largamente.

No se afanan ni se quejan de su suerte.

No se despiertan en la noche con el remordimiento de sus culpas.

No me aburren discutiendo sus deberes para con Dios.

Ninguno está descontento, a ninguno le enloquece la manía de poseer cosas.

Ninguno venera a los otros, ni a su especie, que cuenta miles de años de existencia.

Ninguno es respetable ni desgraciado en toda la ancha Tierra.

WALT WHITMAN

PRÓLOGO

Este libro no se escribe para los cultos ni para quienes creen que no deben hablar sino de problemas prácticos.

En las páginas que siguen no se encontrará profunda filosofía ni concienzuda erudición. Mi propósito es hacer algunas observaciones, que me parecen inspiradas por el sentido común. Todo el mérito que atribuyo a las recetas que ofrezco al lector, consiste en que están confirmadas por mi propia observación y experiencia y en que han aumentado mi propia felicidad siempre que he procedido de acuerdo con ellas. Por tanto me atrevo a esperar que algunos de los muchos hombres y mujeres que son desgraciados sin quererlo, encuentren su situación diagnosticada y sugerido el método de escape. He escrito este libro en la creencia de que mucha gente desgraciada puede ser feliz mediante un esfuerzo hábilmente dirigido.

PRIMERA PARTE

LAS CAUSAS DE LA DESGRACIA

CAPÍTULO I

¿POR QUÉ ES DESGRACIADA LA GENTE?

Los animales son felices siempre que tienen salud y comida suficiente. Parece que a los seres humanos les debiera ocurrir lo propio; pero en el mundo moderno no es así, por lo menos en la mayor parte de los casos. Quien sea desgraciado estará dispuesto a admitir que no constituye un caso excepcional. Quien sea feliz pregúntese cuántos amigos suyos lo son. Y después de pasar revista a sus amigos, estudie el arte de leer las expresiones de sus caras, tome nota de los humores de quienes encuentra en el curso de un día corriente.

> En todas las caras que me encuentro,
> veo huellas de flaqueza y de dolor,

dice Blake. Varía la calidad, pero la desgracia se nos presenta en todas partes. Trasladémonos a Nueva York, la más típicamente moderna de las grandes ciudades. Situémonos en una calle concurrida durante las horas de trabajo, o en una avenida principal cuando termina la semana, o en un baile al atardecer; despojémonos de nuestro propio yo y dejemos que personas extrañas tomen posesión de nosotros, una tras otra. Notaremos que cada una tiene su preocupación. En la muchedumbre, a las horas de trabajo, veremos ansiedad, concentración excesiva, dispepsia, falta de interés en lo que no sea lucha, incapacidad de divertirse, inconsciencia de las personas que les rodean. En una carretera de importancia veremos un fin de semana hombres y mujeres de buena posición, y algunos muy ricos, todos decididos a divertirse.

La marcha tiene que ser uniforme a la del coche más lento en aquella procesión; es imposible ver la carretera llena de coches, ni el paisaje, pues el mirar a los lados puede ocasionar un accidente; todos los automovilistas están obsesionados por el deseo de pasar los otros coches, cosa imposible a causa de su número, y si no tiene esta preocupación, lo cual suele ocurrir a los que no conducen, un aburrimiento enorme se apodera de ellos, reflejándose en las caras su fastidio. Alguna vez aparece un coche cargado de negros, que efectivamente se divierten, pero que producen indignación por su conducta excéntrica, y que acaban en manos de la policía, por cualquier accidente: es ilegal divertirse en un día de fiesta.

O si no, observemos a las gentes en una reunión divertida. Todos van decididos a divertirse, con la misma decisión con que uno se resigna a no desesperarse en la sala de espera de un dentista. Como se dice que la bebida y las caricias son las puertas de la alegría, la gente se embriaga inmediatamente y procura no darse cuenta de lo mucho que le molestan sus compañeros. Cuando han bebido más de la cuenta, los hombres comienzan a llorar y a lamentarse de lo indignos que son moralmente del cariño de sus madres. Todo lo que consiguen con el alcohol es librarse de la sensación del pecado, cosa que la razón consigue en momentos más lúcidos.

Las razones de estas distintas clases de desgracia se hallan, en parte, en el sistema social, y, en parte, en la psicología individual —que es, naturalmente, en una proporción considerable, un producto del sistema social—. Antes de ahora he escrito acerca de las transformaciones que son necesarias en el sistema social para promover la felicidad. No es mi propósito hablar en este libro de la abolición de la guerra, de la explotación económica, de la educación en el miedo y en la crueldad. Es una necesidad vital de nuestra civilización descubrir un sistema que evite las guerras; pero no hay posibilidad de tal sistema mientras los hombres sean tan desgraciados que el exterminio mutuo les parezca menos horrendo que el soportar constantemente la luz del día. Es necesario impedir la perpetuación de la pobreza, y hacer que los beneficios de la producción maquinista vayan en gran parte a quienes más lo necesitan; pero ¿de qué sirve que todos sean ricos, si hasta los ricos son des-

graciados? La educación en la crueldad y en el miedo es mala, pero es la única que puede darse por quienes son esclavos de esas pasiones. Y esto nos lleva al problema individual. ¿Qué pueden hacer hoy un hombre o una mujer en medio de nuestra sociedad nostálgica para conseguir la felicidad? Al discutir este problema, me fijaré tan sólo en las personas que no están sujetas a una extrema miseria. Supondré que tienen los ingresos suficientes para procurarse casa y comida, y la salud necesaria para dedicarse a todas las actividades corporales corrientes. No tendré en cuenta las grandes catástrofes, como la pérdida de un hijo o las calamidades públicas. Hay mucho y muy importante que decir acerca de esto, pero pertenece a un orden de cosas distinto al que ahora me interesa. Mi propósito es sugerir una cura para la infelicidad corriente actual de que sufre la mayor parte de la gente en los países civilizados, y que es tanto más insufrible cuanto que, por no obedecer a causa externa manifiesta, se presenta como inevitable. Yo creo que esta infelicidad es debida en gran parte a ideas erróneas, a una ética y a unos hábitos de vida equivocados, que conducen a la destrucción del impulso y del deseo natural de cosas posibles, de las que depende en definitiva toda la felicidad de hombres y animales. Son cuestiones que están dentro de las posibilidades individuales, y yo me propongo sugerir los cambios mediante los cuales puede conseguirse la felicidad, supuesta una posición económica corriente.

Tal vez sean la mejor introducción a la filosofía que preconizo unas breves palabras autobiográficas. Yo no nací dichoso. De niño, mi himno favorito era: «Cansado del mundo y con el peso de mis pecados.» A los cinco años yo pensaba que si había de vivir setenta no había pasado aún más que la catorceava parte de mi vida vital, y me parecía casi insoportable la enorme cantidad de aburrimiento que me aguardaba. En la adolescencia la vida me era odiosa, y estaba continuamente al borde del suicidio, del cual me libré gracias al deseo de saber más matemáticas. Hoy, por el contrario, gusto de la vida, y casi estoy por decir que cada año que pasa la encuentro más gustosa. Esto es debido, en parte, a haber descubierto cuáles eran las cosas que deseaba más y haber ad-

quirido gradualmente muchas de ellas. En parte es debido también a haberme desprendido, felizmente, de ciertos deseos (la adquisición del conocimiento indudable acerca de algo) como esencialmente inasequibles. Pero en la mayor parte se debe a la preocupación, cada día menor, de mí mismo. Como otros que recibieron educación puritana, yo tenía la costumbre de meditar acerca de mis pecados, mis extravagancias y mis defectos. Yo me creía —seguramente con justicia— un ejemplar miserable. Gradualmente me acostumbré a ser indiferente para conmigo mismo y para mis faltas, y llegué a concentrar cada vez más mi atención en objetos externos: la situación del mundo, las diversas ramas del conocimiento, las personas que me eran agradables. Es verdad que las preocupaciones exteriores traen su posibilidad de dolor; el mundo puede hundirse en una guerra, ciertas clases de conocimientos pueden ser difíciles de alcanzar, los amigos se pueden morir. Pero esta clase de dolores no destruye la calidad esencial de la vida como los que se producen del disgusto consigo mismo. Y todo interés externo inspira alguna actividad que, mientras el interés permanece activo, nos previene por completo contra el tedio. El interés por uno mismo, al contrario, no conduce a ninguna actividad progresiva. Puede llevarnos a escribir un diario, a caer en el psicoanálisis o tal vez a meterse fraile. Pero el fraile no será feliz hasta que la rutina del monasterio le haya hecho olvidar su propia alma. La felicidad, que él atribuye a la religión, la pudo haber obtenido haciéndose barrendero, siempre que se le obligara a serlo durante toda su vida. La disciplina externa es el único camino que pueden seguir hacia la felicidad esos infortunados, cuya absorción en sí mismos es demasiado profunda para que pueda curarse de otro modo. La introinspección puede ser de varias clases. Podemos señalar al pecador, al narcisista y al megalómano como tres tipos muy corrientes.

Al hablar del *pecador* no quiero fijarme en el que comete pecados; pecados los comete todo el mundo o no los comete nadie, según nuestra definición de la palabra. Quiero que se entienda por pecador el hombre que está absorto en la consciencia del pecado. Este hombre está en perpetua contradicción consigo mismo, contradicción que, si es religioso, la interpreta como desaprobación di-

vina. Tiene ante sí la imagen de lo que debiera ser, y esta imagen está en constante desacuerdo con el conocimiento real de sí mismo. Si en su pensamiento consciente ha rechazado las máximas que le enseñó su madre en la niñez, su sentido del pecado puede estar muy oculto en su inconsciente y salir a la superficie cuando está dormido o embriagado. Sin embargo, ello puede ser suficiente para quitarle el sabor de todo. En el fondo todavía acepta las prohibiciones que le enseñaron en su infancia. La blasfemia es mala, el beber es malo, la astucia en los asuntos corrientes es mala, y sobre todas las cosas, el sexo es nefando. No se abstiene, naturalmente, de estos placeres, pero todos están amargados por la sensación de que le degradan. El único placer que desea con todo su corazón es el de que su madre le acaricie aprobando su conducta, lo cual es un recuerdo de sus experiencias infantiles. Como este placer ya no le es asequible, cree que nada tiene importancia, y puesto que tiene que pecar, decide pecar intensamente. Cuando se enamora aspira a la ternura maternal, pero no puede aceptarla, porque a causa de la imagen de su madre, no siente respeto por ninguna mujer con la que tiene relaciones sexuales. Entonces, desilusionado, se hace cruel, se arrepiente de su crueldad y comienza de nuevo su triste giro de pecado imaginario y remordimiento real. Tal es la psicología de muchos pecadores empedernidos. Lo que les descarría es la devoción a un objeto inasequible (la madre o un sustitutivo maternal), al mismo tiempo que la inculcación, en los primeros años infantiles, de un código ético ridículo. La liberación de la tiranía de las creencias y afectos primeros es el primer paso hacia la felicidad de estas víctimas de la *virtud* materna.

El narcisismo es, en cierto sentido, lo opuesto al habitual sentido del pecado; consiste en el hábito de admirarse y de desear ser admirado. Hasta cierto punto, esto es, desde luego, normal, y no hay que censurarlo; solamente cuando es excesivo se convierte en un daño grave. En muchas mujeres, especialmente entre las ricas, la capacidad de enamorarse está completamente agotada y se sustituye por un deseo vehemente de que todos los hombres se enamoren de ellas. Cuando una mujer de este tipo está segura de que un hombre la ama, ya no tiene interés para ella. Lo mismo ocurre, aunque con

menos frecuencia, entre los hombres; el ejemplo clásico es el protagonista de *Liaisons dangereuses*. Cuando se lleva la vanidad hasta ese punto, no hay verdadero interés por ninguna otra persona y, por lo tanto, no puede obtenerse del amor satisfacción real alguna. Otros motivos de interés fracasan más ruidosamente todavía. Un narcisista, por ejemplo, seducido por el homenaje rendido a los grandes pintores, puede estudiar arte; pero como la pintura no es para él otra cosa que el medio para conseguir un fin, la técnica no llega a interesarle nunca, y no puede ver ningún tema sino en relación consigo mismo. La consecuencia es el fracaso y desencanto, con el ridículo en vez de la suspirada adulación. Lo mismo puede decirse de las novelistas que se idealizan siempre en sus novelas como heroínas a sí mismas. Todo éxito serio en un trabajo depende de un interés genuino por el material con que el trabajo está relacionado. La tragedia de un político sustituido con éxito por otro reside en la gradual sustitución del narcisismo por un interés en la colectividad y en los proyectos que preconiza. El hombre que sólo se interesa en sí mismo no es admirable, y en eso todo el mundo está de acuerdo. En consecuencia, el hombre a quien sólo le preocupa que el mundo le admire, no es probable que consiga su propósito. Pero aunque lo consiguiera, no sería completamente feliz, porque el instinto humano no está nunca completamente centrado sobre sí mismo, y el narcisista se limita artificialmente, lo mismo que el hombre dominado por el sentido del pecado. El hombre primitivo pudo enorgullecerse de ser un buen cazador, pero al mismo tiempo le atraía la actividad de la caza. La vanidad, cuando traspone ciertos límites, mata el placer de toda actividad espontánea y conduce fatalmente a la indiferencia y al aburrimiento. Muchas veces su fuente es la timidez, y se cura con el aumento de la propia estimación. Pero esto solamente puede conseguirse por una actividad afortunada, sugerida por intereses objetivos.

El megalómano difiere del narcisista en que prefiere ser poderoso a ser simpático, y procura ser temido más que ser amado. A este tipo pertenecen muchos lunáticos y muchos grandes hombres de la Historia. El ansia de poder, como la vanidad, es un elemento importante en la normal naturaleza humana, y como tal debe aceptár-

sele; se hace deplorable sólo cuando es excesivo o cuando se asocia con un sentido insuficiente de la realidad. Cuando esto ocurre, da lugar al hombre desgraciado, o loco, o ambas cosas a la vez. El lunático que se cree rey puede en cierto sentido ser feliz, pero ninguna persona normal envidiará su felicidad. Alejandro el Grande pertenecía psicológicamente a este tipo, aunque poseía el talento necesario para realizar el sueño de un lunático. No pudo, sin embargo, realizar su propio sueño, que aumentaba de extensión a medida que lo realizaba. Cuando fue evidente que era el mayor conquistador que conoció la fama, decidió por sí mismo que era un dios. ¿Fue un hombre feliz? Su embriaguez, su cólera furiosa, su indiferencia por las mujeres y su aspiración a la divinidad, nos hacen sospechar que no. No hay una satisfacción definitiva en el desarrollo de un elemento de la naturaleza humana a expensas de todos los demás, ni en considerar al mundo como la materia prima para la magnificencia del propio yo. Generalmente el megalómano es el producto de alguna humillación excesiva. Napoleón, en la academia sufría sintiéndose inferior a sus compañeros, ricos aristócratas, porque era un alumno pobre. Cuando permitió la vuelta de los emigrados, tuvo la satisfacción de ver a sus antiguos compañeros de academia inclinándose ante él. ¡Qué felicidad! Más tarde quiso obtener una satisfacción semejante a expensas del zar, y ello le encaminó a Santa Elena. Como ningún hombre puede ser omnipotente, una vida completamente dominada por el ansia de poder tiene que encontrar necesariamente, más pronto o más tarde, obstáculos invencibles. Solamente alguna forma de locura puede impedir que esta realidad penetre en la conciencia, aunque un hombre poderoso puede aprisionar o matar a quien le diga esto. Las represiones en el sentido político y psicoanalítico se dan la mano. Y dondequiera que aparece una manifestación de represión psicoanalítica no puede existir una felicidad genuina. El poder que se mantiene dentro de sus propios límites puede ayudar mucho a la felicidad, pero como fin único de la vida conduce al desastre por dentro o por fuera.

Es evidente que las causas psicológicas de la infelicidad son muchas y variadas. Pero todas tienen algo de común. El hombre típicamente desgraciado es el que, habiendo sido privado en la juventud de alguna satisfac-

ción normal, ha llegado a evaluar unas satisfacciones más que otras, y, por lo tanto, ha dado a su vida una dirección única, además de un énfasis exagerado del éxito sobre las actividades opuestas a él. Hay, sin embargo, un desenvolvimiento ulterior que es muy frecuente en nuestros días. Un hombre puede sentirse tan contrariado que no busque otras satisfacciones que la distracción y el olvido. Entonces se convierte en un devoto del *placer*. Es decir, procura hacer llevadera la vida sintiéndose menos vivo. La embriaguez, por ejemplo, es un suicidio temporal; le felicidad que produce es puramente negativa, es una cesación momentánea de la infelicidad. El narcisista y el megalómano creen que la felicidad es posible aunque adopten procedimientos equivocados para conseguirla; pero el hombre que se embriaga de un modo u otro, no tiene más esperanza que el olvido. En su caso, de lo primero que hay que persuadirle es de que la felicidad es deseable. Los hombres desgraciados, como los hombres que duermen mal, se muestran siempre orgullosos de ello. Tal vez su orgullo sea como el de la zorra que perdió su cola, y en ese caso el remedio está en indicarles cómo puede volver a crecer la cola nueva. Yo creo que muy pocos hombres elegirán ser desgraciados si ven una posibilidad de ser felices. No niego que exista esa clase de hombres, pero no son lo suficientemente numerosos como para darles importancia. Por lo tanto, yo supondré que el lector prefiere ser feliz a ser desgraciado. No sé si yo podré ayudarle a conseguirlo; pero, a fin de cuentas, el intento no le va a producir daño alguno.

CAPÍTULO II

LA DESGRACIA BYRONIANA

Es corriente en nuestro tiempo, como lo ha sido en muchos otros períodos de la historia del mundo, suponer que las personas más cultivadas han llegado a la conclusión de que nada tiene importancia en esta vida. Quienes tal creen son positivamente desgraciados, pero están orgullosos de su desgracia, que atribuyen a la naturaleza del universo, y consideran que su actitud es la

única razonable para un hombre culto. El orgullo de su infortunio hace que la gente menos complicada sospeche de su sinceridad y crean que quienes se gozan en su desgracia no son desgraciados. Esta impresión es demasiado ingenua; no cabe duda de que existe una ligera compensación en el sentimiento de superioridad y penetración de estos sufridores, pero no es suficiente para compensar la pérdida de placeres más sencillos. Yo, por mi parte, no creo que exista superioridad mental alguna en el hecho de ser desgraciado. El hombre prudente será tan feliz como las circunstancias lo permitan, y si encuentra en cierto modo desagradable la contemplación del mundo, se dedicará a contemplar otras cosas. Esto es lo que quiero demostrar en este capítulo. Quiero convencer al lector de que por muchos razonamientos que se aduzcan, la razón no se opone a la felicidad, y aun más, estoy persuadido de que quienes atribuyen sinceramente su desgracia a sus ideas acerca del universo, ponen el coche delante del caballo; la verdad es que son desgraciados por alguna razón de que ellos mismos no se dan cuenta, y su desgracia les conduce a fijarse en las características más desagradables del mundo en que viven.

Para los americanos modernos, el punto de vista que me interesa fue expuesto por míster Joseph Wood Krutch en un libro titulado *The Modern Temper;* para la generación de nuestros abuelos, por lord Byron, y para todos los tiempos por el autor del *Eclesiastés.* Míster Krutch dice: «La nuestra es una causa perdida, y no hay lugar para nosotros en el universo natural; sin embargo, no nos debe pesar el ser humanos. Sería preferible que muriéramos como hombres en vez de vivir como animales.»

Byron dice: «El mundo no puede darnos una alegría equivalente a la que quita cuando se extingue el fulgor del pensamiento en el ocaso triste de la emoción.»

Y el autor del *Eclesiastés:*

«Y, por tanto, yo ensalcé a los muertos, que están más muertos que los vivos que todavía viven.

»Sí, y mejor que los muertos y los vivos, los que no han nacido, los que no han visto la maldad que reina bajo el Sol.»

Estos tres pesimistas llegan a tan tristes conclusiones después de pasar revista a los placeres de la vida. Míster Krutch vivió en los círculos más intelectuales de Nueva

York; Byron cruzó el Helesponto y tuvo innumerables aventuras amorosas; el autor del *Eclesiastés* ensayó placeres más variados: se dio al vino, oyó música «de todas clases», construyó estanques, tuvo criados y criadas, y criados nacidos en su propia casa. A pesar de estas circunstancias, la sabiduría no le abandonó. Sin embargo, vio que todo era vanidad, hasta la sabiduría.

«Y me entregué de todo corazón a la sabiduría, y a la extravagancia y a la locura. Y comprendí que esto era también vejación de espíritu.

»Porque en mucha sabiduría hay mucho dolor, y quien aumenta la sabiduría aumenta la tristeza.»

Parece que su sabiduría le fastidia, y hace esfuerzos inútiles para librarse de ella:

«Y dije en mi corazón: Vamos, ahora te voy a probar con la alegría y el goce de los placeres; y he aquí que también esto es vanidad.»

Pero la sabiduría no le abandonó:

«Entonces dije en mi corazón: Lo que le ocurrió al necio me ha ocurrido a mí también. ¿Por qué era, pues, yo más sabio? Entonces dije en mi corazón que también esto es vanidad.

»Por lo tanto, odié la vida; porque el trabajo que se hace bajo el Sol es doloroso para mí; porque todo es vanidad y vejación de espíritu.»

Afortunadamente para los literatos, la gente no lee los libros escritos hace mucho tiempo, porque si lo hicieran, llegarían a la conclusión de que el hacer nuevos libros es ciertamente vanidad. Si podemos demostrar que la doctrina del *Eclesiastés* no es la única accesible para el hombre docto, no necesitamos prodigar las últimas expresiones del mismo humor. En esta clase de argumentos debemos distinguir entre el humor y su expresión intelectual. No hay que argumentar con el humor, que puede modificarse por cualquier suceso afortunado o por un cambio de salud, pero que no puede modificarse por razonamientos. Mi experiencia ha reaccionado contra eso de que todo es vanidad, no por deducciones filosóficas, sino por la necesidad imperativa de la acción. Si nuestro hijo está enfermo, es posible que seamos desgraciados, pero no pensaremos que todo es vanidad; pensaremos que la salud de nuestro hijo es un problema que hay que

afrontar prescindiendo de la finalidad de la vida humana. Un hombre rico puede pensar, y en efecto piensa muchas veces, que todo es vanidad; pero si perdiera su fortuna, no pensaría que lo que iba a comer era pura vanidad. Esto ocurre por la satisfacción demasiado fácil de las necesidades naturales. El animal humano, como otros animales, está adaptado a una determinada lucha por la vida, y cuando con grandes riquezas el *homo sapiens* puede satisfacer todos su caprichos sin esfuerzo, la nueva ausencia de esfuerzo hace que en su vida se remueva un ingrediente esencial de felicidad. El hombre que adquiere fácilmente cosas por las que siente no más que un deseo moderado, deduce que el logro del deseo no proporciona la felicidad. Si tiene aficiones filosóficas, deduce que la vida humana es esencialmente miserable, puesto que el hombre que consigue todo lo que quiere sigue siendo desgraciado. Olvida que la falta de algunas de las cosas que desea es un elemento indispensable de felicidad. Y basta del humor. Citemos, no obstante, algunos argumentos intelectuales del *Eclesiastés:*

> Los ríos corren hacia el mar y el mar no se llena.
> No hay nada nuevo bajo el Sol.
> No existe el recuerdo de las cosas pasadas.
> Odié todo el trabajo que había hecho el Sol,
> porque tenía que dejarlo a los hombres que me sucedieran.

Si quisiéramos dar a estos pensamientos el estilo de la filosofía moderna, resultaría algo parecido a esto: el hombre está en un perpetuo afán y la materia en perpetuo movimiento, pero nada permanece, aunque lo nuevo que llega no es distinto de lo que se fue. El hombre muere, y sus herederos recogen el fruto de su trabajo; los ríos van al mar, pero sus aguas no pueden quedarse en él. En un ciclo sin fin y sin sentido, hombres y cosas mueren una y otra vez sin perfeccionarse, sin conseguir nada permanente, día tras día, año tras año. Los ríos, si fueran discretos, debieran quedarse donde están. Salomón, si fuera sabio, no debiera plantar árboles para que su hijo recoja el fruto.

Pero cambiemos la perspectiva. ¿Nada nuevo bajo el Sol? ¿Qué decir entonces de los rascacielos, de los aeroplanos y de los discursos políticos radiados? ¿Qué sabía

Salomón (1) de estas cosas? Si hubiera podido oir por radio el discurso de la reina de Saba a sus súbditos al volver a sus dominios, ¿no se hubiera consolado entre sus fútiles árboles y estanques? Si hubiera podido tener una agencia de prensa cuyos periódicos le hablasen de la belleza arquitectónica de sus palacios, de las comodidades de su harén, del desconcierto de los otros sabios al discutir con él, ¿pudiera haber dicho que no hay nada nuevo bajo el Sol? Tal vez estas cosas no le hubieran curado de su pesimismo, pero se hubiera expresado de manera distinta. Precisamente una de las lamentaciones de míster Krutch con respecto a nuestra época es que hay demasiadas cosas nuevas bajo el Sol. Si la ausencia o la presencia de novedades es igualmente fastidiosa, no sé dónde puede encontrarse la verdadera causa de la desesperación. Interpretemos la frase «todos los ríos van al mar y el mar no se llena» en el sentido de que los ríos tienen que volver al sitio de donde vinieron. Con un criterio pesimista, esto quiere decir que el viaje es desagradable. Sin embargo, la gente va a las playas de verano y vuelve al sitio de donde vino. Ello no significa que sea fútil ir a sitios saludables en verano. Si las aguas tuvieran conciencia de sí mismas, probablemente gozarían de ese ciclo aventurero, a la manera del poema de Shelley, *La Nube*. En cuanto al dolor de dejar sus bienes a los herederos, es una cuestión que puede afrontarse desde dos puntos de vista; desde el punto de vista del heredero, no cabe duda de que es menos catastrófico. Ni tampoco es cierto que el hecho de que las cosas mueran sea un motivo de pesimismo. Si las cosas que siguen fueran peores, esta actitud sería razonable, pero si lo que viene después es mejor, debemos ser optimistas. ¿Qué pensaríamos si el porvenir fuera igual al pasado, como sostiene Salomón? ¿No sería entonces el proceso estéril? Enfáticamente no, a menos que las distintas fases del ciclo sean por sí mismas dolorosas. El hábito de mirar al futuro y de creer que la vida no tiene otro sentido que el de producir el porvenir es pernicioso. No puede tener valor el todo si no lo tiene cada una de las partes. La vida no debe concebirse como un melodrama en el cual

(1) El *Eclesiastés* no fue, naturalmente, escrito por Salomón; pero hay que aludir a su autor con este nombre.

el héroe y la heroína atraviesan dificultades increíbles hasta llegar a un final dichoso. Yo vivo y gozo de mis días; mi hijo me sucede y goza de los suyos, y a él le sucede a su vez su hijo. ¿Por qué hacer de esto una tragedia? Por el contrario, si yo viviera eternamente, los goces de la vida acabarían por perder fatalmente su sabor. Siendo como es, la vida conserva perennemente su frescura.

> Me calenté ambas manos ante el fuego de la vida;
> esto se hunde, y estoy dispuesto para el viaje.

Esta actitud es tan completamente razonable como la indignación ante la muerte. Si, por lo demás, el humor fuera algo razonable, habría las mismas razones para la alegría que para la desesperación.

El *Eclesiastés* es trágico; el libro de míster Krutch es patético. Míster Krutch es triste, en definitiva, porque las viejas creencias medievales se han derrumbado, así como algunas de más reciente origen. «En cuanto a esta época desgraciada —dice—, obsesionada por fantasmas de un mundo muerto, y no afianzada aún en sí misma, su condición es la del adolescente que no se ha acostumbrado a orientarse aún sin apoyarse en la mitología, en la que transcurrió su niñez.» Esta afirmación es completamente exacta respecto a un cierto tipo de intelectuales, de los que habiendo recibido una educación literaria, no pueden conocer nada del mundo moderno, y que, habiéndose acostumbrado durante su juventud a apoyar sus ideas en la emoción, no pueden desprenderse del infantil deseo de seguridad y protección que no puede ofrecerles el mundo de la ciencia. Míster Krutch, como muchos otros literatos, está obsesionado con la idea de que la ciencia no ha cumplido sus promesas. No nos dice, naturalmente, cuáles eran las promesas, pero parece creer que hace sesenta años, hombres como Darwin y Huxley esperaban de la ciencia algo que la ciencia no les ha dado. Yo creo que esto es una completa ilusión alimentada por algunos escritores y clérigos que no se resignan a que sus profesiones carezcan de importancia. Es cierto que en el mundo actual hay muchos pesimistas. Siempre ha habido muchos pesimistas en los momentos de crisis económicas. Es cierto que míster Krutch es americano, y que los ingresos, de una manera general, han aumentado en Norte-

américa a partir de la guerra; pero en el continente europeo las clases intelectuales han sufrido enormemente, además de la sensación de inestabilidad que dio a todos la guerra. Estas razones sociales tienen mucha más relación con el humor de una época que sus ideas acerca de la naturaleza del mundo. Pocas épocas ha habido más desesperadas que el siglo XIII, aunque la fe que tanto echa de menos míster Krutch la profesaba casi todo el mundo, exceptuando el emperador y unos pocos nobles italianos. Leamos a Roger Bacon: «Porque el pecado triunfa en esa época más que en toda época pasada, y el pecado es incompatible con la sabiduría. Veamos el estado del mundo y analicemos por doquier su condición; veremos una corrupción sin límites, y más que en ninguna parte en la cabeza... La lujuria deshonra a la corte y la glotonería lo enseñorea todo... Y si esto ocurre en la cabeza, ¿qué ocurriría en los miembros? Veamos los prelados, cómo se preocupan de la riqueza y desdeñan el cuidado de las almas... Fijémonos en las órdenes religiosas; no exceptúo a ninguna de lo que digo. Veamos cuánto han decaído unas y otras de su primitivo estado y las nuevas órdenes (de frailes) que tan horriblemente se han rebajado de su antigua dignidad. Toda la clerecía está entregada al orgullo, la avaricia y la lujuria, y dondequiera que se reúnen clérigos, tanto en París como en Oxford, escandalizan a toda la sociedad con sus guerras y sus vicios y sus riñas... Ninguno se preocupa de lo que hace, ni de hacerlo por las buenas o las malas, con tal de satisfacer su pasión.» Hablando de los antiguos sabios paganos, dice: «Sus vidas eran incomparablemente mejores que las nuestras en cuanto al decoro y en cuanto al desprecio del mundo con todas sus delicias, riquezas y honores, como puede verse en las obras de Aristóteles, Séneca, Tulio, Avicena, Alfarabio, Platón, Sócrates y otros, y así pudieron llegar al dominio de los secretos de la sabiduría y del conocimiento.» La opinión de Roger Bacon era la de todos los literatos coetáneos, no la de quien estaba apasionado por la edad en que vivía. Yo no creo de ningún modo que este pesimismo tuviera una causa metafísica. Sus causas fueron la guerra, la pobreza y la violencia.

Uno de los capítulos más patéticos de míster Krutch es el que se refiere al amor. En él se dice que en la época

victoriana se le tuvo en muy alta estimación, pero que nosotros, con nuestra complejidad moderna, hemos llegado a comprenderlo. «Para el victoriano más escéptico, el amor realizaba algo de las funciones del dios que habían perdido. Al enfrentarse con él, muchos de los hombres más duros se hacían por el momento místicos. Se encontraban en presencia de algo que despertaba en ellos el sentido de reverencia que no exigía más, y algo a lo que creían desde lo más profundo de su ser, que era debida una lealtad a toda prueba. Para ellos el amor, como Dios, reclamaba toda clase de sacrificios; pero como Él, asimismo, premiaba al creyente, revistiendo todos los fenómenos de la vida de un sentido que no ha sido analizado aún. Nosotros nos hemos acostumbrado más que ellos a un universo divino, pero no nos hemos acostumbrado todavía a un universo sin amor, y únicamente en este caso podremos comprender lo que significa realmente el ateísmo.» Es curioso cuán distinta le parece la época victoriana a un joven de nuestro tiempo, de lo que les parecía a quienes vivieron en ella. Yo me acuerdo de dos señoras viejas, ambas muy representativas de ciertos aspectos de este período, a quienes yo conocí en mi juventud. Una era puritana y la otra volteriana. La primera se lamentaba de la enorme cantidad de poesía inspirada en el amor, que, según ella, era un asunto desprovisto de interés. La segunda añadía: «Nadie puede decir nada contra mí, pero yo digo siempre que no es tan malo faltar al séptimo mandamiento como al sexto, porque éste requiere siempre el consentimiento de otra persona.» Ninguna de estas opiniones corresponde a lo que míster Krutch presenta como típicamente victoriano. Sus ideas proceden, evidentemente, de algunos escritos que no respondían al ambiente de su época. A mi modo de ver, el mejor ejemplo es Robert Browning. No puedo, sin embargo, resistirme a la idea de que hay algo insignificante en su concepción del amor.

¡Gracias a Dios, la más humilde de sus criaturas se jacta de tener dos almas distintas: la una para afrontar el mundo; la otra para mostrársela a la mujer que ama!

De aquí se deduce que la lucha es la única actitud posible ante el mundo en conjunto. ¿Por qué? Porque el mundo es cruel, dirá Browning. Porque no acepta tu

valoración, diríamos nosotros. Una pareja puede formar, como en el caso de los Browning, una mutua sociedad admirativa. Es muy agradable tener a la mano alguien que con toda seguridad alabe nuestro trabajo, tenga o no tenga valor. Y Browning creyó indudablemente ser un excelente compañero, muy hombre, al acusar a Fitzgerald, en términos desmesurados, de no haberse atrevido a admirar a Aurora Leigh. Yo no puedo creer que esta completa suspensión de la facultad crítica en ambas partes sea realmente admirable. Hay en ello una mezcla de miedo y el deseo de encontrar un refugio contra los fríos ataques de una crítica imparcial. Muchos solterones se acostumbran a recibir la misma satisfacción en su propio hogar. Yo he vivido mucho tiempo en la época victoriana para estar de acuerdo con las ideas modernas de míster Krutch. No he perdido en modo alguno mi fe en el amor, pero el amor en el que yo puedo creer no es el amor que los victorianos admiraban; es un amor audaz y vigilante, que, aunque conoce el bien, no pretende olvidar el mal, ni santificar ni divinizar a nadie. La atribución de estas cualidades al amor que admiraban fue una consecuencia del tabú sexual. El victoriano estaba convencido de que el sexo era generalmente un mal, y necesitaba exagerar las virtudes del sexo que merecía su aprobación. Había más cazadores de mujeres que hoy, y por ello se exageraba la importancia del sexo, lo mismo que fue exagerada por los ascéticos. Vivimos actualmente en un período de confusión en el que mucha gente ha renunciado a las antiguas normas sin sustituirlas por otras nuevas. Como, inconscientemente casi siempre, creen en las antiguas normas, sufren perturbarciones de desesperación, de remordimiento o de cinismo. Yo no creo que sea grande el número de personas afectadas por estas inquietudes, pero sí que son las más sobresalientes de nuestra época. Yo creo que, comparando la época victoriana con la nuestra, el término medio de las gentes de hoy es mucho más feliz en el amor y tiene una estimación mucho más exacta de la valía del amor que hace sesenta años. Algunas personas se sienten inclinadas al cinismo, por la tiranía que los antiguos ideales ejercen sobre lo inconsciente y por la ausencia de una ética racional que regula la conducta de las gentes de hoy. El remedio no consiste en lamentarse y añorar el pasado, sino en acep-

tar más plenamente las ideas modernas y en dedicarse a desarraigar del oscuro lugar que ocupan, ideas ya virtualmente descartadas.

No es fácil decir brevemente por qué valoramos al amor; sin embargo trataré de hacerlo. Evaluamos el amor, en primer término (y esto, aunque no de gran valía, es esencial para lo demás), por ser en sí mismo una fuente de placer.

¡Oh amor!, ¡cómo te calumnian!
Dicen que es amarga tu dulzura,
cuando tus frutos deliciosos
son los más dulces que existen.

El autor anónimo de estos versos no buscaba una solución al ateísmo o la explicación del universo; no pretendía más que divertirse. Y no sólo es el amor una fuente de placer, sino que su ausencia es una fuente de dolor. En segundo lugar, hay que valorar el amor, porque acrecienta los mejores placeres, como la música, la salida del sol en las montañas y la luz de la luna sobre el mar. Quien no ha gozado nunca de las cosas bellas en compañía de la mujer amada, no sabe adónde llega su mágico poder. Además, el amor rompe la concha dura del *ego,* puesto que es una forma de cooperación biológica en que las emociones del uno son necesarias para el logro de los instintivos propósitos del otro. En diversas épocas ha habido en el mundo filósofos solitarios, algunos muy nobles y otros menos respetables. Los estoicos y los cristianos primitivos creían que un hombre podía realizar el mayor bien de que es capaz la vida humana, mediante su voluntad o, por lo menos, sin ayuda humana; otros han considerado el poder, y otros el placer meramente personal como finalidades de la vida. Todos ellos son filósofos solitarios en el sentido de que suponen que el bien es realizable individualmente y no en la compañía, pequeña o grande, de otras personas. Yo creo que estas ideas son equivocadas, no sólo desde un punto de vista teórico, sino como expresiones de la mejor parte de nuestro instinto. El hombre necesita de la cooperación, y ha sido provisto por la Naturaleza, no muy educadamente, es cierto, de un aparato instintivo del cual puede surgir la amistad necesaria para lo cooperación. El amor es la más usual y la más importante forma emotiva que nos conduce a la cooperación, y los que han sentido el amor

con alguna intensidad, no pueden estar de acuerdo con una filosofía que supone que el mayor de los bienes es independiente de la persona amada. En este aspecto, el cariño paternal es más fuerte todavía, pero el cariño paternal es perfecto cuando es una consecuencia del amor entre los padres. Yo no sostengo que el amor, en su más alta expresión, sea corriente; pero sí afirmo que en su más alta expresión revela valores que de otro modo permanecerían ocultos, y tiene en sí mismo un valor intangible, aunque los escépticos, que son incapaces de él, atribuyan falsamente su incapacidad a su escepticismo.

> El amor es una llama duradera,
> que arde siempre en nuestra mente;
> nunca enferma, nunca se enfría, nunca muere,
> nunca se escapa de sí misma.

Veamos ahora lo que míster Krutch dice de la tragedia. Sostiene, y yo estoy de acuerdo con él, que *Los fantasmas*, de Ibsen, es una obra inferior al *Rey Lear*. «Con mayor vigor de expresión y con palabra más espléndida, Ibsen no se hubiese convertido en Shakespeare. Los materiales con que éste forjó sus obras —su concepción de la dignidad humana, su sentido de la importancia de las pasiones, su visión de la amplitud de la vida humana— sencillamente no existían y no podían existir para Ibsen, como no existían y no podían existir para sus contemporáneos. Dios, el hombre y la Naturaleza han degenerado un tanto en el transcurso de los siglos, y no porque el credo del arte moderno nos inclina hacia las gentes sin importancia, sino porque la pequeñez de la vida humana fue algo que se nos impuso, en virtud del mismo proceso que facilitó el desarrollo de teorías artísticas realistas que pudieran justificar nuestra visión.» Es indudablemente el mismo caso de la tragedia antigua, que se ocupa de los príncipes y de sus penalidades. Esta tragedia no nos interesa hoy, y cuando nos esforzamos en aplicar las antiguas normas para un individuo sin relieve, el efecto no puede ser el mismo. La razón de ello no es que haya empeorado nuestra comprensión de la vida, sino todo lo contrario. El hecho es que no podemos seguir considerando a determinados individuos como los mejores del mundo, con derecho a pasiones trágicas, mien-

tras el resto de los mortales se afana trabajando por la magnificencia de unos pocos. Shakespeare dice:

«Cuando mueren los mendigos no aparecen los cometas.
»Los cielos se inflaman a la muerte de los príncipes.»

En la época de Shakespeare, este modo de pensar, aunque no de una manera literal, era compartido casi universalmente y aceptado con toda convicción por el propio Shakespeare. Y así, la muerte del poeta Cinna es cómica, mientras que las muertes de Bruto, César y Casio son trágicas. La significación cósmica de la muerte individual ha desaparecido para nosotros porque somos democráticos, no sólo en la apariencia exterior, sino en nuestras más íntimas convicciones. La alta tragedia en nuestros días tiene que tener como protagonista a la sociedad más bien que al individuo. Quisiera poner como ejemplo de lo que digo la obra de Ernst Toller, *Massenmench* (1). No diré que esta obra sea tan buena como la mejor de la mejor época pasada, pero sí que es comparable a ellas; es noble, profunda y actual, de acción heroica, y «purifica al lector por medio del terror y la piedad», como quería Aristóteles. Hay todavía muy pocos modelos de esta tragedia moderna, puesto que las antiguas tradiciones y la antigua técnica han tenido que ser abandonadas sin sustitución posible. Para escribir una tragedia hay que sentir la tragedia. Para sentir la tragedia hay que conocer el mundo en que se vive, con su mentalidad, con su sangre y con sus nervios. Cuando míster Krutch, en algunos pasajes de su libro, habla de la desesperación, nos conmueve con su aceptación heroica de un mundo sin calor; pero la frialdad es debida a que él y muchos literatos no han sabido sentir las antiguas emociones en respuesta a los nuevos estímulos. Los estímulos existen, pero no en los corrillos literarios. Los corrillos literarios no tienen contacto vital con la vida de la comunidad, y este contacto es preciso si los sentimientos humanos han de tener la seriedad y penetración que exigen tanto la felicidad como la tragedia. A todos los hombres de talento que andan diciendo que no tienen nada que hacer en el mundo, yo les diría: «En vez de esforzarte en escribir, procura no escribir. Recorre el

---

(1) Mal traducida al inglés con el título *Masas y hombres;* su traducción correcta sería *El hombre-masa.*

mundo, hazte pirata, rey de Borneo o trabajador en la Rusia soviética; lleva una vida en la cual ocupe la mayor parte de tus energías la satisfacción de las necesidades físicas elementales.» No recomiendo esta clase de acción a todo el mundo, sino solamente a quienes sufren de la enfermedad que diagnostica míster Krutch. Y creo que después de algunos años de esta nueva vida, el ex intelectual descubrirá que, a pesar de sus esfuerzos, no puede seguir sin escribir, y cuando ese momento llegue, ya no le parecerá fútil lo que escriba.

CAPÍTULO III

COMPETENCIA

Si preguntamos a un hombre de negocios de América o de Inglaterra qué es lo que pone más obstáculos a su felicidad, contestará: «La lucha por la vida.» Lo dirá con toda sinceridad, porque así lo cree. Y en cierto aspecto es verdad; pero en otro muy importante es profundamente falso. La lucha por la vida es algo que existe naturalmente. Existe cuando cualquiera de nosotros se siente desgraciado. Existió, por ejemplo, para Falk, el héroe de Conrad, que en un barco abandonado, era uno de los dos hombres con armas de fuego, entre una multitud que no tenía otra solución que comerse los unos a los otros. Cuando los dos hombres acabaron con los alimentos en que pudieron estar de acuerdo, comenzó una verdadera lucha por la vida. Falk ganó; pero después fue siempre vegetariano. Pero no es esto lo que quiere decir el hombre de negocios, al hablar de «la lucha por la vida». Es una frase incorrecta, que se ha elegido para dignificar algo esencialmente trivial. Preguntémosle cuántos hombres de su clase han muerto de hambre. Preguntémosle qué fue de sus amigos, después que se arruinaron. Todo el mundo sabe que un hombre de negocios arruinado tiene muchas más comodidades materiales que quien no ha sido nunca lo suficientemente rico para poder exponerse a la ruina. Lo que la gente entiende, pues, al hablar de la lucha por la vida es la lucha por el éxito. Lo que se teme al entrar en la lucha

no es que falte el desayuno a la mañana siguiente, sino el que no se consiga deslumbrar a sus vecinos.

Es extraño cuán pocos hombres parecen darse cuenta de que no están cogidos en el engranaje de un mecanismo del que no pueden escapar, sin darse cuenta en el tráfago en que viven, de que no pueden seguir adelante. Hablo, desde luego, de los grandes negociantes, de los hombres que tienen grandes ingresos, y podrían, si quisieran, vivir con lo que tienen. Pero el hacerlo así les parece tan vergonzoso como desertar del ejército frente al enemigo, aunque si se les pregunta qué utilidad pública tiene su trabajo, se verán en apuro para contestar con otra cosa que soltando vulgaridades acerca de la vida activa.

Veamos la vida de estos hombres. Tienen, probablemente, una casa, una mujer y unos niños encantadores. Se levantan por la mañana medio dormidos y se van muy de prisa a su oficina. Allí hay que exhibir las cualidades de un gran hombre de acción; una expresión enérgica, una manera de hablar decidida, un aire de sagaz reserva, estudiando para impresionar a todos menos al chico de la oficina. Dicta cartas, habla con diversas personas importantes por teléfono, estudia el mercado y almuerza con alguien con quien tiene o espera tener negocios. Por la tarde hace cosas parecidas. A la hora de cenar, él y unos cuantos hombres, cansados, tienen que pretender gozar de la compañía de señoras que no han tenido ocasión de cansarse todavía. Es imposible predecir las horas que necesita el pobre hombre para librarse de esto. Por fin, se duerme, y la tensión cede durante unas horas.

La vida de trabajo de estos hombres tiene la psicología de una carrera de cien yardas; pero como la carrera en que toma parte tiene como único fin la tumba, la concentración que está bien para cien yardas, resulta, a fin de cuentas, excesiva. ¿Qué saben ellos de sus hijos? Durante los días de la semana no salen de la oficina; los domingos están en los campos de *golf*. ¿Qué saben de sus mujeres? Cuando las dejan por las mañanas, están dormidas. Durante la noche tienen obligaciones sociales, que impiden toda conversación íntima. Probablemente no tienen amigos que les interesen, aun cuando con algunos de ellos afectan una afabilidad que están lejos de sentir.

La primavera y las cosechas sólo las conocen en cuanto afectan al mercado; probablemente han visto países extranjeros, pero con un enorme aburrimiento. Los libros les parecen fútiles, la música cosa de pedantes. Cada año se encuentran más solos, su atención se reconcentra y la vida fuera de los negocios tiene cada vez menor sentido. Yo he visto en Europa un americano de este tipo, de edad más que madura, con su mujer y con sus hijas. Evidentemente, habían convencido al pobre hombre de que ya era hora de que se tomara unas vacaciones y de que diera a sus hijas la oportunidad de ver el viejo mundo. La madre y las hijas le rodeaban en éxtasis y le llamaban la atención sobre todo lo que les parecía característico. El *pater familias*, completamente cansado y aburrido, pensaba probablemente en lo que estaría ocurriendo en la oficina o en los partidos de *base-ball*. Las mujeres, por fin, le dejaron en paz, conviniendo en que los hombres son unos filisteos. Probablemente no se les ocurría que él era una víctima de su voracidad, probablemente estaban en lo cierto, pues tampoco la viuda india, inmolada en la tumba de su marido, no es lo que nos parece a los europeos. Probablemente en nueve casos de cada diez la viuda era una víctima propicia, dispuesta a ser quemada por amor a la gloria y porque así lo ordenaba su religión. La religión y la gloria del hombre de negocios le exigen que haga mucho dinero y, por lo tanto, sufre el tormento gozosamente como la viuda del hindú. Si el hombre de negocios americano ha de ser más feliz, debe comenzar por cambiar de religión. Mientras no sólo desee el éxito, sino que esté persuadido de todo corazón de que el deber del hombre es la persecución del éxito, y de que quien no lo consiga es un infeliz, su vida será demasiado ansiosa y concentrada para ser dichoso. Fijémonos en algo tan sencillo como la inversión de fondos. Casi todos los americanos preferirán cobrar el 8 por 100 en una operación arriesgada, al 4 por 100 en una operación segura. La consecuencia es que hay continuas pérdidas de dinero, y continua irritación y malestar. Por mi parte, lo que yo quisiera obtener del dinero es sosiego y seguridad. Pero lo que el hombre típicamente moderno desea es ganar más dinero con vista a la ostentación, al esplendor, al deslumbramiento de los que han sido sus iguales. La escala social en América es indefinida y su-

jeta a constante fluctuación. Por ello todas las emociones del esnobismo son más inquietas que en los países donde el orden social es fijo, y aunque el dinero en sí no basta para hacer grande a un pueblo, es difícil ser grande sin dinero. Además, el dinero que se gana es la medida aceptada del talento. Nadie quiere pasar por necio. Por tanto, cuando hay nerviosismo en el mercado, los hombres se parecen a los jóvenes que se están examinando. Yo creo que un miedo positivo, aunque irrazonable, a las consecuencias de la ruina, interviene en las inquietudes del hombre de negocios. Clayhanger, el personaje de Arnold Bennet, cuanto más rico se hacía tenía más miedo de morir en el asilo. Yo no dudo de que quienes han sufrido una pobreza extremada en su niñez sienten el terror de que sus hijos pasen por trance parecido, y les parece posible amontonar millones que sirvan de dique a la catástrofe. Tales miedos son quizá inevitables en la primera generación; pero no es tan probable que aflijan a los que no han sido muy pobres. De todos modos son un factor pequeño y excepcional en el problema.

La raíz del mal está en la importancia que se concede al éxito en la competencia como la mayor fuente de felicidad. Yo no niego que la consecución del éxito facilita el goce de la vida. Un pintor, por ejemplo, que durante su juventud ha sido desconocido, es probable que sea más feliz al conquistar la fama. Tampoco niego que el dinero, hasta cierto punto, sea muy capaz de aumentar la felicidad; más allá de cierto punto, no lo creo así. Lo que sí afirmo es que el éxito no es más que un ingrediente de la felicidad, y que se compra demasiado caro si todos los demás se sacrifican por conseguirlo.

La fuente de esto es la filosofía predominante en los centros de negocios. En Europa es cierto que hay otros círculos que gozan de prestigio. En algunos países es la aristocracia; en otros las profesiones liberales, y con excepción de los países pequeños, son respetados el ejército y la marina. Aunque es cierto que en toda profesión existe un elemento de competencia, no lo es menos que se respeta no precisamente el éxito, sino las cualidades a las que se ha debido el éxito. Un hombre de ciencia puede hacer o no hacer dinero, pero no es más respetado si lo hace que si no lo hace. No es sorprendente que un gran almirante o un general sean pobres; la pobreza, en

tales circunstancias, es, en cierto sentido, un honor. Por estas razones, la lucha, en competencia puramente monetaria, está confinada a ciertos círculos, y tal vez no sean los más influyentes ni respetados. En América ya es otra cosa. Los servicios naval y militar significan poco en la vida nacional para que sus normas tengan influencia. En cuanto a las profesiones liberales, es difícil que un profano sepa con exactitud si un médico sabe mucha medicina, o si un abogado sabe mucho de leyes, y, en consecuencia, es más sencillo juzgar sus méritos por los ingresos que se suponen al observar su plan de vida. En cuanto a los profesores, son criados que alquilan los hombres de negocios y, como tales, tienen menor consideración que en los países viejos. La consecuencia de todo esto es que en América el hombre profesional imita al hombre de negocios, y no constituye, como en Europa, una categoría aparte. En las clases altas no hay, por lo tanto, nada que mitigue la lucha, abierta y franca, por el éxito financiero.

Los niños americanos comprenden muy pronto que esto es lo único que cuenta, y no se preocupan de la educación que no tenga posibilidades pecuniarias. La educación solía concebirse como un perfeccionamiento de la capacidad de goces, entendiendo por goces los más delicados, que no eran asequibles a la gente sin cultura. En el siglo XVIII, una de las características del *gentleman* era el poder gustar y entender de literatura, música y pintura. Hoy podemos no estar de acuerdo con sus gustos, pero no cabe duda de que eran sinceros. El hombre rico de hoy aspira a ser un tipo totalmente distinto. No lee. Si quiere tener una colección de cuadros, que aumentan su fama, se deja guiar por los técnicos en su elección; el placer que le producen no es el de mirarlos, sino el de impedir que otros ricos los posean. En cuanto a la música, es posible que la entienda si es judío; si no, tendrá de ella el mismo desconocimiento que de las demás artes. El resultado de esto es que no sabe que hacer de su ocio. Cuanto más dinero tiene, más fácil le es seguir enriqueciéndose, hasta que llega un momento en el que gane en cinco minutos más de lo que puede gastar en todo el día. Como consecuencia de su éxito, el pobre hombre se entrega a la disipación. Y ello es inevitable mientras sea el éxito la finalidad única de la vida. A menos

que se le enseñe al hombre qué es lo que tiene que hacer con el éxito después de conseguirlo, su consecución le llevará inevitablemente al aburrimiento.

El hábito mental de competencia invade pronto otras regiones que no le pertenecen. Fijémonos en la afición a la lectura. Hay dos motivos para leer un libro: primero, porque es un placer, y segundo, porque se puede hacer ostentación de haberlo leído. Se ha puesto de moda en América entre las mujeres el leer (o aparentar que se lee) algunos libros cada mes. Algunas los leen, otras se contentan con el primer capítulo; otras hojean las revistas críticas; pero todas tienen esos libros en sus mesas. No leen, sin embargo, obras maestras. No se ha dado el caso de que los Clubs de libros elijan ningún mes *Hamlet* o *El Rey Lear;* ningún mes ha habido necesidad de leer a Dante. Por lo tanto, no se leen nunca obras maestras, sino libros modernos, de autores mediocres. Esto también es un efecto de la competencia, y no tal vez del todo abominable, porque la mayor parte de las señoras en cuestión, abandonadas a sí mismas, en vez de leer obras maestras, leerían libros peores que los seleccionados para ellas por sus pastores y mentores literarios. La boga de la competencia en la vida moderna está relacionada con la decadencia general del tipo de civilización, tal como sucedió en Roma después de la época de Augusto. Hombres y mujeres parecen incapaces de gozar placeres más intelectuales. El arte de la conversación general, por ejemplo, que llegó a la perfección en los salones franceses del siglo XVIII, todavía era una tradición viva hace cuarenta años. Era un arte verdaderamente exquisito, que ponía en juego las más altas facultades en beneficio de algo completamente efímero. Pero ¿quién se preocupa en nuestros días por nada tan apacible? En China todavía este arte era perfecto hace diez años; pero yo creo que el ardor misionero de los nacionalistas lo ha ahuyentado por completo. El conocimiento de la buena literatura, que era universal entre la gente educada hace cincuenta o cien años, está ahora reducido a unos cuantos profesores. Todos los placeres más tranquilos se han abandonado. Algunos estudiantes americanos me llevaron de paseo en primavera, a través de un bosque próximo a su residencia; estaba lleno de deliciosas flores salvajes, pero ninguno de mis guías conocía tan siquiera el nombre de una

de ellas. ¿De qué servía saberlo? Ninguno iba a ganar por ello más dinero.

El mal no es solamente individual, y un solo individuo no podría impedirlo en su propio caso aisladamente. El mal procede de la filosofía de la vida, generalmente aceptada, según la cual la vida es lucha, competencia, y sólo se respeta al vencedor. Esto conduce al cultivo excesivo de la voluntad, a expensas de los sentidos y el entendimiento. Aunque tal vez al decir esto estemos poniendo el coche delante del caballo. Los moralistas puritanos modernos han ensalzado siempre la voluntad, aunque originariamente concedían más importancia a la fe. Puede ser que las generaciones puritanas produjeran una raza en la que la voluntad tenía que desarrollarse con exceso, agotando a los sentidos y al entendimiento, y que luego adoptaron la filosofía de la competencia como la más apropiada a su naturaleza. Sea de ello lo que quiera, el éxito prodigioso de estos modernos dinosauros que, como sus prototipos prehistóricos prefieren el poder a la inteligencia, está encontrando imitadores en todo el mundo; se han convertido en modelos del hombre blanco en todas partes, y su influjo es posible que se acreciente en los cien años venideros. Sin embargo, los que no se encuentran a la moda, pueden consolarse pensando que los dinonosauros no triunfaron en definitiva, que se devoraron los unos a los otros, y que sus inteligentes vecinos heredaron su reino. Nuestros modernos dinosauros se están matando. No tienen por término medio más que dos hijos cada matrimonio; no gozan de la vida lo suficiente para engendrar hijos. En este aspecto, la filosofía exageradamente activa que heredaron de sus antepasados puritanos los hace inadaptados para el mundo. Aquellos cuyo concepto de la vida no les produce la alegría suficiente para engendrar hijos, están condenados a muerte. Antes de mucho tiempo serán sustituidos por algo más alegre y jovial. La competencia, considerada como lo más importante de la vida, es demasiado inflexible y tenaz; se da demasiada importancia a los músculos tensos y a la voluntad firme, para hacer una base de vida posible durante más de una o dos generaciones. Después de ese tiempo se producirá fatiga nerviosa, diversos fenómenos de evasión, un afán de placeres tan tenso y tan difícil como el trabajo (puesto que la relación se ha hecho imposible) y, al final,

la desaparición de las existencias por esterilidad. No sólo se envenena el trabajo con la filosofía de la competencia: se envenena también de igual modo el descanso. El descanso, que es apacible y restaurador de los nervios, llega a ser aburrido. Es preciso seguir en continuo aceleramiento, al final del cual vienen las drogas y el colapso. La cura de esto se halla en admitir en nuestro ideal equilibrado de la vida una parte de goce sano y apacible.

CAPÍTULO IV

FASTIDIO Y EXCITACIÓN

Al fastidio, como factor de la conducta humana, se le ha concedido, según creo, menos importancia de la que merece. Ha sido, a mi entender, una de las grandes fuerzas motrices de la Historia, y hoy lo es más que nunca. El fastidio parece ser una emoción típicamente humana. Es cierto que los animales en cautividad se vuelven indiferentes, se pasean de arriba abajo y bostezan; pero en estado de naturaleza no creo que experimenten nada parecido al aburrimiento. La mayor parte de su tiempo lo pasan con la preocupación de sus enemigos o de la comida; a veces se reúnen, a veces procuran buscar calor. Pero, aun siendo desgraciados, no creo que se aburran. Probablemente los monos antropoides se parecían a nosotros en este aspecto como en otros; pero como no he vivido nunca entre ellos, no he tenido oportunidad de hacer esa experiencia. Una de las características esenciales del aburrimiento consiste en el contraste entre las circunstancias actuales y otras más agradables, que fuerzan irresistiblemente nuestra imaginación. Es también esencial al aburrimiento que las facultades del interesado no estén ocupadas. El tener que huir de enemigos que atentan contra la vida propia, supongo que debe de ser desagradable; pero, desde luego, no es aburrido. Un hombre no creo que pueda aburrirse mientras lo están ejecutando, a menos que tenga un valor casi sobrehumano. De manera análoga, nadie ha bostezado durante su primer discurso en la Cámara de los Lores, con excepción del difunto duque de Devonshire, que con este motivo fue

muy admirado por sus compañeros. El fastidio es un deseo contrariado de sucesos no precisamente agradables, sino lo suficientemente interesante para que la víctima del hastío pueda distinguir un día de otro. Lo contrario del aburrimiento, en una palabra, no es el placer, sino la excitación.

El deseo de excitación es muy profundo en los seres humanos, especialmente en los hombres. Yo supongo que en la edad de la caza podía satisfacerse mejor que ahora. La caza era excitante, y la guerra y el galanteo. Un salvaje puede cometer adulterio con una mujer mientras su marido duerme a su lado, a sabiendas de que le aguarda la muerte si el marido se despierta. Esta situación me parece que no es aburrida. Pero con la aparición de la agricultura la vida comenzó a ser triste, excepto para los aristócratas, que todavía siguen y seguirán en la edad de la caza. Se oye hablar mucho del tedioso maquinismo; pero yo creo que el tedio de la agricultura con los antiguos métodos, es por lo menos, tan grande. Efectivamente, contra lo que muchos filántropos sostienen, yo diría que la época del maquinismo ha disminuido enormemente la cantidad de aburrimiento en el mundo. Entre los asalariados las horas de trabajo no son solitarias, y al atardecer pueden entregarse a una variedad de diversiones imposibles en el antiguo pueblo campesino. Veamos también los cambios en la clase media. Antiguamente después de comer, cuando la mujer y las hijas levantaban la mesa, todos se sentaban alrededor para «gozar de los placeres familiares». Estos placeres consistían en que el *pater familias* se dormía, su mujer cosía y sus hijas pensaban en la muerte o en vivir en Tombuctú. No se les permitía leer ni abandonar la estancia, porque, en teoría, el padre hablaba con ellas, y esto era un placer que afectaba a todos. Si tenían suerte, acababan por casarse, y por tener la posibilidad de dar a sus hijas una juventud tan triste como había sido la suya. Si no tenían suerte, se convertían en solteronas y terminaban a veces siendo señoras pobres, el destino más terrible que se le podía ocurrir a un salvaje para sus víctimas. Hay que tener en cuenta este enorme fastidio al apreciar el mundo de hace cien años, y si retrocedemos más hacia el pasado, todavía el fastidio es mayor. Imaginémonos la monotonía del invierno en una al-

dea medieval. La gente no podía leer ni escribir, no tenían más luz que la de las candilejas para alumbrarse, el humo del hogar llenaba la única habitación que no estaba completamente fría. Los caminos eran impracticables, así que apenas se veía a la gente de otros pueblos. Probablemente el aburrimiento influyó más que nada en la costumbre de cazar brujas, como el único deporte que podía alegrar las noches invernales.

Nosotros nos aburrimos menos que nuestros antepasados, pero tenemos más horror al aburrimiento. Hemos llegado a saber, o más bien a creer, que el aburrimiento no es una carga natural humana, sino que puede evitarse buscando excitaciones con suficiente energía. Las muchachas de hoy se ganan la vida en gran parte, porque ello las capacita para buscar excitaciones durante la tarde y huir de «los placeres familiares» que sus abuelas tuvieron que soportar. Todo el que puede, vive en la ciudad; en América, los que no pueden, tienen coche o, por lo menos, una motocicleta para ir al cine. Y, desde luego, tienen radio en sus casas. Hombres y mujeres jóvenes se encuentran con mucha menos dificultad que antes, y cualquier criada de servicio espera divertirse, una vez a la semana, por lo menos tanto como una heroína de Jane Austen durante toda una novela. Si ascendemos en la escala social, el afán de excitaciones es más y más intenso. Los que pueden hacerlo, se mueven constantemente de un lugar a otro, llevando a todas partes su alegría, bailando y bebiendo, pero esperando siempre, por cualquier razón, divertirse más en otro sitio. Los que han de ganarse la vida, tienen su parte de aburrimiento necesariamente durante las horas de trabajo; pero los que poseen dinero suficiente para librarse de la necesidad de trabajar, tienen como aspiración una vida completamente desprovista de aburrimiento. Es un noble ideal, que no intentaré describir; pero yo temo que, como otros ideales, sea más difícil de realizar de lo que suponen los idealistas. Después de todo, las mañanas suelen ser aburridas en la misma proporción en que las noches anteriores fueron divertidas. Hay que tener en cuenta la edad madura y, probablemente, la vejez. A los veinte años, los jóvenes creen que la vida se acaba al pasar los treinta. Yo, a la edad de cincuenta y ocho años, no pienso lo mismo. Tal vez no sea prudente gastar el capital vital,

como no lo es el gastarse el capital financiero. Tal vez sea necesario algo de aburrimiento como ingrediente imprescindible en la vida. El deseo de librarse del aburrimiento es natural; de hecho, todas las razas humanas han procurado hacer lo mismo cuando les ha sido posible. Cuando los salvajes probaron por primera vez el licor de los blancos, encontraron, por fin, un escape al antiguo tedio y, excepto cuando intervino el Gobierno, bebieron hasta morir de una embriaguez desenfrenada. Las guerras, las matanzas y las persecuciones han constituido una parte de la lucha contra el aburrimiento; las mismas riñas de vecinos no tienen muchas veces otro objeto que pasar el rato. El aburrimiento es, pues, un problema vital para el moralista, pues lo menos la mitad de los pecados de la humanidad han sido cometidos por huir de él.

El aburrimiento, sin embargo, no debe considerarse como completamente perjudicial. Hay dos clases de aburrimiento, de las cuales la una es provechosa y la otra embrutecedora. El aburrimiento provechoso procede de la ausencia de drogas, y el embrutecedor de la ausencia de actividades vitales. Yo no estoy dispuesto a decir que las drogas no desempeñan un papel importante en la vida. Hay momentos en que un estupefaciente lo administra un buen médico, y yo creo que esos momentos son más frecuentes de lo que suponen los prohibicionistas. Pero el deseo inmoderado de drogas es algo que no puede dejarse al libre arbitrio del impulso natural. Y el tedio, que se apodera de la persona acostumbrada a las drogas, cuando se le priva de ellas, es algo para lo que el tiempo es el único remedio. Y lo que se dice de las drogas, puede aplicarse asimismo, dentro de ciertos límites, a toda clase de excitaciones. Una vida con demasiadas excitaciones es una vida agotadora, en la cual son necesarios estímulos cada vez mayores para producir la emoción, que es parte integrante del placer. Una persona acostumbrada a demasiadas excitaciones es como una persona aficionada con exceso a la pimienta, que llega incluso a no notar una cantidad que sofocaría a cualquier otro. El exceso de excitación no sólo mina la salud, sino que insensibiliza el paladar para todo placer, sustituyendo las titilaciones por las profundas satisfacciones orgánicas, el talento por la sabiduría y las alucinaciones por la belleza. No quiero extremar los argumentos contra la ex-

citación. Una cierta dosis es saludable; pero, como casi todo, es una cuestión cuantitativa. Demasiado poca, puede producir deseos morbosos; con exceso puede producir el agotamiento. Es, pues, esencial, para vivir felizmente, una cierta capacidad para soportar el aburrimiento, y es una de las cosas que debiera enseñarse a la juventud.

Todos los grandes libros tienen trozos aburridos, y todas las grandes vidas tienen trechos desprovistos de interés. Figurémonos a un editor americano moderno leyendo el Antiguo Testamento como un nuevo manuscrito que llegara a sus manos por primera vez. No es difícil pensar cuáles serían sus comentarios, por ejemplo, acerca de las genealogías. «Mi querido señor —diría—, a este capítulo le falta sal; no va usted a esperar que el lector se interese por una lista de nombres, de los cuales habla usted tan superficialmente. Reconozco que ha comenzado usted su historia con buen estilo, y al principio no me impresionó mal; pero, en conjunto, tiene usted demasiado afán de contarlo todo. Elija lo más llamativo, quite lo superfluo, y tráigame su manuscrito cuando lo haya reducido a dimensiones razonables.» Así hablaría el editor moderno, conociendo el miedo que tiene el lector de hoy a aburrirse. Lo mismo diría acerca de los libros de Confucio, del Corán, de *El capital*, de Marx, y de otros libros sagrados que se han vendido muy bien. No hay que decir esto solamente de los libros sagrados. Las mejores novelas contienen pasajes tediosos. Una novela que centellea desde la primera página hasta la última es seguro que no será un gran libro. Tampoco las vidas de los grandes hombres han sido interesantes fuera de momentos excepcionales. Sócrates pudo asistir a banquetes y sacar un gran partido de sus conversaciones mientras hacía su efecto la cicuta; pero la mayor parte de su vida vivió tranquilamente con Jantipa, dando un paseo por la tarde y encontrándose probablemente pocos amigos en el camino. De Kant se dice que en toda su vida nunca se alejó más de diez millas de Königsberg. Darwin, tras de haber dado la vuelta al mundo pasó el resto de su vida en su propia casa. Marx, después de haber promovido algunas revoluciones, decidió gastar el resto de sus días en el British Museum. De una manera general puede decirse que la vida tranquila es característica de los grandes hombres, y que sus goces no parecen muy incitantes a los ojos

de un profano. No es posible realizar nada de importancia sin un trabajo continuado y absorbente, y así queda muy poca energía para las diversiones activas, excepto las que sirven para recuperar energías físicas perdidas durante las vacaciones, como subir a los Alpes, por ejemplo.

La capacidad para soportar una vida más o menos monótona debiera adquirirse en la niñez. Hay que censurar mucho en este aspecto a los padres que proporcionan a sus hijos demasiadas diversiones pasivas, como teatros y buenas comidas, y no se dan cuenta de la trascendencia que tiene para un niño el que todos sus días sean iguales, con poquísimas excepciones. Los placeres de la niñez debieran ser principalmente los que el niño pudiera procurarse con su esfuerzo y su inventiva en el medio que le rodea. Los placeres excitantes que no implican cansancio físico, como, por ejemplo, el teatro, debieran facilitárseles muy pocas veces. Esta excitación es parecida a la de las drogas, que cada vez exigen más, y la pasividad física durante la excitación es contraria al instinto. Un niño como mejor se desarrolla es como la planta a la que se deja tranquila en su mismo suelo. El exceso de viajes y la demasiada variedad de impresiones no son buenos para el joven, y hacen que cuando sea mayor esté incapacitado para soportar una monotonía provechosa. No quiero decir que la monotonía tenga méritos propios; digo tan sólo que hay un cierto número de cosas buenas que no son posibles sino con un cierto grado de monotonía. Tomemos como ejemplo el *Preludio* de Wordsworth. Es evidente, para cualquier lector, que lo que haya de valor en las ideas y sentimientos de Wordsworth hubiera sido imposible para un joven complicado de la ciudad. Un muchacho o un joven que tiene algún propósito constructivo serio, soporta voluntariamente una gran cantidad de aburrimiento si lo cree imprescindible. Pero los propósitos constructivos pocas veces existen en los muchachos que llevan una vida de distracciones y disipaciones, porque en este caso su pensamiento se dirigirá siempre hacia el placer próximo y no hacia una realización lejana. Por estas razones, una generación que no pueda soportar el tedio, será una generación de hombres pequeños, de hombres indebidamente divorciados del proceso lento de la naturaleza, de hombres en los que

todo impulso vital se marchita lentamente, como si fueran flores cortadas en un vaso.

No me gusta el lenguaje emblemático, y, sin embargo, apenas puedo expresar lo que quiero sin emplear frases más bien poéticas que científicas. Comoquiera que pensemos, somos criaturas de la Tierra; nuestra vida es parte de la vida de la tierra, y nos alimentamos de ella lo mismo que los animales y las plantas. El ritmo de la vida de la tierra es lento; el otoño y el invierno son tan esenciales para él como la primavera y el verano, y el descanso es tan esencial como el movimiento. Para el niño, aún más que para el hombre, es necesario mantener cierto contacto con el flujo y reflujo de la vida terrestre. El cuerpo humano ha sido adaptado a través de los tiempos a este ritmo, y la religión ha expresado algo de él con la fiesta de Pascua Florida. Yo he visto a un niño de dos años que había vivido siempre en Londres salir por primera vez de paseo al campo. Era en invierno, y todo estaba mojado y cenagoso. Para un adulto no había allí ningún encanto, pero el niño se quedó extrañamente extasiado; se arrodilló en la tierra mojada, rozó con su cara la hierba y dio salida a gritos semiarticulados de placer. La alegría que experimentaba era primitiva, sencilla y fuerte. La necesidad orgánica que estaba satisfaciendo es tan profunda, que quienes carecen de ella rara vez están completamente sanos. Muchos placeres, entre los cuales podemos citar el del juego de azar, no encierran elemento alguno de este contacto con la tierra. Esos placeres, en el instante en que cesan, dejan en el hombre una sensación de suciedad e insatisfacción, con hambre de algo que no sabe lo que es. Esos placeres no producen nada que pueda llamarse alegría. En cambio, los que nos ponen en contacto con la vida de la tierra, tienen en ellos algo que satisface profundamente; cuando cesan, la felicidad que habían producido permanece, aunque su intensidad fuera menor que otras diversiones más excitantes. Esta diferencia recorre toda la escala, desde las ocupaciones más sencillas a las más complicadas. El niño de dos años de que hablaba, mostró la forma más primitiva posible de unión con la vida de la tierra.

Pero en esferas más altas podemos encontrar lo mismo en poesía. Lo que da categoría de suprema a la lírica de

Shakespeare, es que está transida de la misma alegría que hizo abrazar la hierba al niño de dos años. Recordemos «Oye, oye la alondra», o «Ven a estas arenas amarillas»; encontraremos en esos versos la expresión civilizada de la misma emoción que hizo prorrumpir en gritos inarticulados al niño de dos años. O pensemos en la diferencia entre el amor y la mera atracción sexual. El amor es una experiencia en la que todo nuestro ser se refresca y renueva como las plantas con la lluvia después de una sequía. En la relación sexual sin amor, no hay nada de esto. Cuando el placer momentáneo ha terminado, hay fatiga, disgusto y una sensación de que la vida es hueca. El amor es una parte de la vida de la tierra; el sexo sin amor, no lo es.

El fastidio especial de las modernas poblaciones urbanas está íntimamente relacionado con su separación de la vida de la tierra. Su vida es cálida, sedienta y polvorienta como una peregrinación en el desierto. Entre los que son suficientemente ricos para elegir su vida, el fastidio especial de que sufren es debido, por muy paradójico que parezca, al miedo que tienen de aburrirse. Al huir del fastidio provechoso caen presas del fastidio embrutecedor. Una vida feliz debe ser en una gran extensión una vida tranquila, porque sólo en una atmósfera de quietud puede vivir la verdadera alegría.

CAPÍTULO V

FATIGA

Hay distintas clases de fatiga, algunas de las cuales constituyen mayor obstáculo que otras a la felicidad. La fatiga puramente física, siempre que no sea excesiva es uno de los mayores motivos de felicidad; incita a un profundo sueño, produce un excelente apetito y da sabor a las diversiones festivales. Pero cuando es excesiva, ocasiona daños. Las aldeanas de las regiones menos adelantadas son viejas a los treinta años por exceso de trabajo. En los comienzos del industrialismo, los niños se malograban en su desarrollo y frecuentemente morían por agotamiento. Todavía ocurre esto en China y en el Ja-

pón, donde el industrialismo es nuevo, y en cierta proporción en los Estados de Sudamérica. El trabajo físico, cuando traspasa ciertos límites, es una atroz tortura y contribuye con mucha frecuencia a hacer la vida casi insoportable. Sin embargo, en los países más adelantados del mundo moderno, la fatiga física ha disminuido mucho gracias al mejoramiento de las condiciones industriales. La fatiga más temible en nuestra época es la fatiga nerviosa. Por extraño que parezca, está muy extendida entre los ricos y tiende a ser mucho menor entre los asalariados, entre los hombres de negocios y entre los trabajadores intelectuales.

Es muy difícil librarse de la fatiga nerviosa en la época presente. En primer lugar, el obrero urbano está expuesto al ruido durante las horas de trabajo, y más todavía al volver desde el trabajo hasta su casa. Es cierto que se acostumbra a no oírlo conscientemente, pero no por ello se fatiga menos a causa del esfuerzo subconsciente que tiene que realizar para no oírlo. Otro motivo de fatiga, del que tampoco nos damos cuenta, es la presencia constante de personas extrañas. El instinto natural del hombre, como el de otros animales, es el de examinar a todo ser extraño de su especie para saber si le debe tratar amigable u hostilmente. Este instinto no tiene más remedio que inhibirse entre los que viajan en el «Metro» a las horas de mayor aglomeración, y el resultado de esta inhibición es el experimentar un odio general difuso contra todos los extraños con quienes se pone en contacto involuntario. Además, la prisa para alcanzar el tren de la mañana, con la dispepsia consiguiente. Por lo tanto, cuando se llega a la oficina, los nervios están deshechos y se tiende a mirar a la raza humana como un estorbo. El jefe, que llega con un humor parecido, no está en disposición muy propicia para sus empleados. El miedo a ser despedido obliga a una conducta respetuosa, pero esta conducta antinatural obliga a nuevos esfuerzos nerviosos. Si los empleados pudieran desahogarse una vez a la semana, y decirle al jefe lo que piensan de él, se aliviaría su tensión nerviosa, pero esto en nada favorecería a su jefe, que también tiene sus preocupaciones. Lo que es para el empleado el miedo a que lo despidan, es para el jefe el miedo a la bancarrota. Es cierto que algunos se hallan libres de estos temores,

pero para conseguir una posición firme, generalmente han tenido que pasar por años de dura lucha, teniendo que abstraerse de todo para preocuparse únicamente de las maquinaciones de sus competidores. El resultado de todo esto es que cuando el éxito llega el triunfador es una ruina nerviosa, y la ansiedad ha arraigado de tal modo en su persona que no puede desprenderse de ella, aun cuando las razones hayan desaparecido. Claro que hay hijos de ricos; pero, por regla general, llegan a tener preocupaciones muy parecidas a las que hubieran tenido de nacer en la pobreza. Jugando y apostando consiguen desagradar a sus padres; durmiendo poco para prolongar sus diversiones, debilitan su organismo, y cuando comienzan a tomar la vida en serio, son tan desgraciados como lo fueron anteriormente sus padres. Voluntaria o involuntariamente, por necesidad o por elección, la mayor parte de los hombres modernos llevan una vida de tortura nerviosa y están continuamente tan cansados que no pueden divertirse sin recurrir al alcohol.

Prescindiendo de algunos ricos que no son más que idiotas, analicemos el caso más corriente de aquellos cuya fatiga se debe al enorme esfuerzo que han de hacer para vivir. En muchos de esos casos la fatiga es producida por las preocupaciones, y las preocupaciones pudieran prevenirse con una filosofía de la vida mejor y con un poco más de disciplina mental. Muchos hombres y mujeres controlan muy deficientemente sus pensamientos. Quiero decir que no cesan de pensar en tópicos molestos cuando no pueden actuar contra ellos. Muchos llevan sus preocupaciones de negocios a la cama, y en las horas de la noche en que debieran reponerse para afrontar las preocupaciones del siguiente día, piensan obsesionadamente en problemas que no pueden resolver por el momento, con esa delectación morbosa que caracteriza a los pensamientos agitados del insomnio. A la mañana siguiente perdura en ellos algo de la inquietud febril de la medianoche, oscureciendo su juicio, agriando su carácter y enfureciéndoles ante el menor contratiempo. El discreto piensa en sus problemas tan sólo cuando hay motivo para ello; cuando no es oportuno, piensa en otras cosas, y por la noche no piensa absolutamente en nada. No quiero insinuar que en las grandes crisis, por ejemplo, cuando la ruina es inminente, o cuando un hombre

tiene motivos para sospechar que su mujer le engaña, sea posible, excepto a unos pocos cerebros excepcionalmente disciplinados, acabar con las preocupaciones en momentos en los que nada puede hacerse. Pero es perfectamente posible acallar las inquietudes habituales, excepto cuando sea necesario afrontarlas. Es sorprendente hasta qué punto puede aumentar la felicidad y la eficiencia un cerebro organizado, que piensa adecuadamente en el momento oportuno, en vez de pensar desordenadamente en todo tiempo. Cuando hay que vencer una dificultad o tomar una decisión, tan pronto como tengamos los datos suficientes, pensemos con detención y decidámonos, y después de decidirnos, no rectifiquemos hasta que tengamos conocimiento de nuevos hechos. Nada es tan agotador ni tan inútil como la indecisión.

Muchas preocupaciones pueden desvanecerse al verificar la poca importancia que tiene la cuestión que nos inquieta. Yo he hablado en público muchas veces; al principio el auditorio me aterrorizaba y el nerviosismo hacía que hablase muy mal; era tal mi temor ante esa prueba, que hubiera preferido que se me rompiese una pierna para excusarme, y al terminar quedaba agotado por la tensión nerviosa. Gradualmente me acostumbré a pensar que no tenía importancia el que hablase bien o mal, porque el mundo no iba a cambiar mucho en cualquiera de los dos casos. Comprendí que cuando menos me preocupaba de hablar bien o mal, hablaba mejor, y gradualmente disminuyó la tensión nerviosa hasta desaparecer casi por completo. Gran número de fatigas nerviosas pueden recibir el mismo tratamiento. Nuestras acciones no son tan importantes como nos figuramos; nuestros éxitos o nuestros fracasos tienen una importancia relativa. Se puede así sobrellevar las mayores desgracias y preocupaciones, que parece van a acabar con nuestra vida, y se disipan con el tiempo hasta hacernos olvidar su acerbidad. Pero por encima de todas estas consideraciones egoístas se halla el hecho de que el yo es una parte del mundo muy pequeña. El hombre que pueda dirigir sus pensamientos y esperanzas hacia algo que trascienda de sí mismo, puede hallar una paz en las inquietudes de la vida que es imposible para el egoísta puro.

Se ha estudiado muy poco lo que pudiera llamarse higiene de los nervios. Es cierto que la psicología indus-

trial ha hecho investigaciones pacientes acerca de la fatiga y ha demostrado con minuciosas estadísticas que si se hace algo durante demasiado tiempo, se acaba por cansarse —resultado que hubiera podido adivinarse sin tanto aparato científico—. El estudio de la fatiga por los psicólogos se refiere principalmente a la fatiga muscular, aunque hay también un cierto número de estudiosos sobre la fatiga en las escuelas de niños. Pero nadie afronta bien el problema. La clase de fatiga más importante es siempre emocional en la vida moderna; la pura fatiga intelectual, como la pura fatiga muscular, tienen como único remedio el sueño. Toda persona que realiza un gran esfuerzo intelectual desprovisto de emoción —por ejemplo, cuentas minuciosas— disipa su fatiga diaria con el sueño. El daño que se atribuye al exceso de trabajo es casi siempre debido a alguna clase de turbación o de ansiedad. Lo molesto de la fatiga emocional es que se confunde con todo. Cuanto más cansado se está, más difícil es contenerla. Uno de los síntomas de la enfermedad nerviosa que se avecina, es la creencia de que el propio trabajo es enormemente importante y de que sería desastroso permitirse el lujo de unas vacaciones. Si yo fuera médico, prescribiría vacaciones a todo el que considerase importante su trabajo. Las enfermedades nerviosas, que aparentemente son producidas por el trabajo, en realidad se deben, en todos los casos que yo conozco personalmente, a alguna perturbación emotiva, que el paciente procura esquivar por medio de su trabajo. Se opone a dejar su trabajo, porque, si lo hace, no tendrá nada que le distraiga de sus preocupaciones, cualesquiera que sean. Naturalmente que la preocupación puede ser el miedo a la bancarrota, y en este caso su trabajo está directamente relacionado con su preocupación, pero aun entonces su preocupación le inducirá a trabajar hasta que su juicio se perturbe y ocurra la bancarrota más pronto que si hubiera trabajado menos. En todo caso, siempre es la perturbación emocional, y no el trabajo, lo que ocasiona la enfermedad.

La psicología de la perturbación es muy complicada. He hablado ya de la disciplina mental, esto es, del hábito de pensar en las cosas a su debido tiempo. Esto tiene su importancia, primero porque posibilita el dedicarse al trabajo diario con menor pérdida de tiempo; segundo, por-

que consigue curar el insomnio, y tercero, porque produce acierto y eficacia en las decisiones. Pero estos métodos no penetran en lo subconsciente ni en lo inconsciente, y cuando el daño es grave, ningún método es muy eficaz si no penetra más abajo del nivel de lo consciente. Los psicólogos han analizado prolijamente la influencia de lo inconsciente sobre lo consciente, pero mucho menos la influencia de lo consciente sobre lo inconsciente. Sin embargo, esta última es de gran importancia en lo que se refiere a la higiene mental y precisa conocerla si las convicciones racionales han de operar en la esfera de lo inconsciente. Esto tiene una aplicación particular a la cuestión de las preocupaciones. Es muy fácil decirse que tal o cual desgracia no sería tan terrible si llegara a suceder; pero mientras ello sea tan sólo una convicción consciente, no operará durante las vigilias nocturnas ni impedirá la aparición de pesadillas. Yo creo que un pensamiento consciente puede penetrar en lo inconsciente si el esfuerzo es intenso y vigoroso. La mayor parte de lo inconsciente está formada de lo que fueron en otro tiempo pensamientos conscientes emotivos hoy ocultos. Es posible seguir el proceso de esta ocultación deliberadamente, y en este aspecto puede sernos muy útil lo inconsciente. Yo he notado, por ejemplo, que si he de escribir sobre un asunto difícil, no hay mejor plan que pensar en ello intensamente —con la mayor intensidad de que soy capaz— durante algunas horas diarias, y luego dar órdenes, por decirlo así, de que el trabajo continúe subrepticiamente. Después de algunos meses vuelvo a mi asunto y encuentro que el trabajo está hecho. Antes de descubrir esta técnica solía perder los meses intermedios preocupándome porque no hacía progreso alguno. No encontraba por ello con más prontitud la solución y perdía meses que ahora puedo dedicar a otras cosas. Análogo procedimiento puede adoptarse respecto a la ansiedad. Cuando algún infortunio nos amenaza, pensemos seria y deliberadamente en lo peor que podía ocurrir. Después de haber afrontado esta posibilidad, podemos encontrar razones suficientes para convencernos de que en definitiva no hubiera sido una catástrofe terrible. Las razones existen siempre, y, en último término, nada de lo que nos ocurra tiene importancia cósmica. Después de pensar insistentemente en la peor posibilidad y de decirnos

con una convicción absoluta: «Bueno, después de todo, la cosa no tiene mucha importancia», notaremos que nuestra preocupación disminuye en una proporción extraordinaria. Es posible que sea preciso repetir el procedimiento varias veces; pero al final, si no hemos eludido afrontar la solución peor, nuestra preocupación desaparece siendo sustituida por un cierto alborozo.

Esto forma parte de una técnica más general para la evitación del miedo. La preocupación es una forma del miedo, y todas las formas del miedo producen fatiga. El que se acostumbra a no tener miedo notará que el cansancio de su vida cotidiana disminuye extraordinariamente. Ahora bien, el miedo, en sus manifestaciones más dañinas, surge cuando hay algún peligro que no podemos afrontar. Hay momentos extraños en que se apoderan de nuestro cerebro pensamientos horribles que varían con las personas, pero casi siempre hay algún miedo oculto. Hay quien teme al cáncer o a la ruina económica; unos temen el descubrimiento de un secreto desgraciado, a otros les atormentan los celos, y no falta quien sufre de noche al pensar que tal vez sean ciertos los cuentos del fuego del infierno que le contaron siendo niño. Probablemente todas estas gentes emplean una técnica equivocada para combatir el miedo, y cuando acude a su imaginación procuran pensar en otra cosa o distraerse con diversiones o trabajo. Pero todas las variantes del miedo se empeoran no afrontándolas. El esfuerzo de desviar el pensamiento es un tributo al horrible espectro cuya mirada queremos evitar; el mejor procedimiento para combatir el miedo es pensar en él tranquila y razonablemente, pero con gran concentración hasta familiarizarnos con él. Al fin, la familiaridad mitiga los terrores, la cosa nos parece estúpida, y desviamos nuestro pensamiento, no como antes por un esfuerzo de la voluntad, sino por falta de interés en el asunto. Cuando nos sintamos inclinados a cavilar por cualquier motivo, el mejor procedimiento es pensar en ello forzando su intensidad, hasta que por fin acabe por desvanecerse su mórbida fascinación.

Uno de los aspectos en que es más defectuosa la moralidad moderna es la cuestión del miedo. Es verdad que se exige a los hombres el valor físico, especialmente en la guerra, pero nada más, y a las mujeres no se les exige ninguna prueba de valor. Una mujer que sea valerosa

tiene que ocultarlo si quiere interesar a los hombres. Tampoco se piensa bien de los hombres que son valientes en algo que no signifique peligro corporal. La indiferencia hacia la opinión pública, por ejemplo, se interpreta como una amenaza, y la gente hace cuanto está de su parte para burlarse de su reputación. Debiera ocurrir todo lo contrario. Toda manifestación de valor, tanto en hombres como en mujeres, debiera admirarse tanto como se admira el valor físico en el soldado. El hecho de que el valor físico sea corriente entre los hombres demuestra que puede conseguirse la clase de valor que la opinión pública demande. Con más valor habría menos preocupaciones y, por lo tanto, menos fatiga; porque una gran proporción de las fatigas nerviosas que agobian a los hombres y mujeres son debidas a miedos conscientes o inconscientes.

Una fuente de fatiga muy usual es el afán de excitaciones. Si durmiera lo bastante, la gente se encontraría bien, pero las horas de trabajo son tristes y siente la necesidad de divertirse durante sus horas de libertad. Lo desagradable es que los placeres más fáciles de obtener, y los más superficialmente atractivos, son los que más desgastan el sistema nervioso. El deseo de excitaciones, cuando traspasa ciertos límites, es una señal de carácter deformado o de insatisfacción instintiva. En los primeros días de un matrimonio feliz muchos hombres no tienen necesidad de excitaciones, pero en la vida moderna el matrimonio se retrasa tanto, que, cuando al fin es económicamente posible, la excitación se ha convertido en un hábito que es difícil dominar por mucho tiempo. Si la opinión pública permitiera que los hombres se casasen a los veintiún años sin aceptar las cargas económicas adscriptas hoy al matrimonio, muchos hombres no irían en busca de placeres tan agobiadores como su trabajo. Sin embargo, el sugerir que esto sea posible se considera inmoral, como puede verse en el caso del juez Lindsey, a quien se ha deshonrado, a pesar de su larga y honorable carrera, por el único crimen de querer libertar a la juventud de las equivocaciones en que incurre gracias a la intolerancia de sus padres. Pero no seguiré hablando de esto, que amplificaré en el capítulo siguiente acerca de la Envidia.

Para el individuo particular que no puede alterar las leyes y las instituciones en que vive, es difícil afrontar

la situación creada y perpetuada por moralistas opresivos. Sin embargo, merece la pena de convencerse de que los placeres excitantes no son el camino para la felicidad, aunque mientras sigan siendo inasequibles otros placeres más satisfactorios, será difícil que un hombre soporte la vida sin ayuda de excitaciones. En esta situación, lo único que puede hacer un hombre discreto es moderarse y no entregarse a placeres agotadores hasta el punto de que alteren su salud o perturben su trabajo. La cura radical para las cuitas juveniles está en el cambio de la moral pública. Al propio tiempo, el joven hará bien en reflexionar que llegará un momento en el que esté en disposición de casarse y que no es prudente vivir de manera que le sea imposible un matrimonio feliz, cosa que puede ocurrir fácilmente con el sistema nervioso alterado y con una incapacidad adquirida para placeres más suaves.

Uno de los peores aspectos de la fatiga nerviosa es que obra como una especie de cortina entre el hombre y el mundo exterior. Las impresiones llegan a él opacas y mudas; no ve en la gente que trata sino engaños y amaneramientos; no le interesa la comida ni el sol, y tiende a concentrarse sobre unas cuantas cosas con absoluta indiferencia para todo lo demás. Tal estado de cosas le imposibilita descansar y aumenta constantemente la fatiga, hasta que se hace imprescindible el tratamiento médico. Todo esto es, en el fondo, un castigo por haber perdido aquel contacto con la tierra de que hablábamos en el capítulo anterior. Pero no es en modo alguno fácil indicar cómo hay que mantener este contacto en las grandes aglomeraciones de nuestras ciudades modernas. Y al llegar aquí bordeamos amplias cuestiones sociales que no es mi intento abordar en este libro.

CAPÍTULO VI

ENVIDIA

Después de las preocupaciones, uno de los factores más importantes de la desgracia es la envidia. Yo diría que la envidia es una de las pasiones humanas más universales y profundas. Se advierte ya en los niños al cumplir

un año, y todo educador debe tratarla con el más respetuoso cuidado. La más ligera apariencia de favorecer a un niño a expensas de otro es instantáneamente observada y sentida. Todo el que trata con niños debe adoptar una justicia distributiva absoluta y rígida. Pero los niños no hacen otra cosa que expresar con un poco más de sinceridad la envidia y los celos (una forma especial de envidia) que las personas mayores. La emoción es tan común en los adultos como en los niños. Fijémonos, por ejemplo, en las criadas: yo recuerdo que cuando una de las nuestras, casada, quedó embarazada y le dijimos que no le convenía llevar cosas de mucho peso, el resultado inmediato fue que ninguna de las otras quiso ya levantar nada pesado, y ese trabajo lo tuvimos que hacer siempre nosotros mismos. La envidia es la base de la democracia. Heráclito dice que se debiera haber ahorcado a todos los ciudadanos de Éfeso por haber dicho: «No puede haber entre nosotros ninguno que sea el primero.» El sentimiento democrático de los Estados griegos, casi en su totalidad, debió de haber sido inspirado por esta pasión. Y lo mismo puede decirse de la democracia moderna. Es cierto que hay una teoría idealista según la cual la democracia es la mejor forma de gobierno, y yo, por mi parte, creo que la teoría es cierta. Pero no hay ninguna rama de política práctica en donde las teorías tengan fuerza suficiente para efectuar grandes cambios; cuando esto ocurre, las teorías que lo justifican son siempre el disfraz de la pasión. Y la pasión que ha reforzado las teorías democráticas es indiscutiblemente la pasión de la envidia. Leamos las memorias de *madame* Roland, a quien se representa comúnmente como una mujer noble inspirada por su amor al pueblo. Notaremos que lo que hizo de ella una demócrata tan ferviente, fue el hecho de que cuando visitaba a algún aristócrata la recibían en la sala de los criados.

Entre la mayor parte de las mujeres respetables, la envidia desempeña un papel muy importante. Si viajamos en el «Metro», y una mujer bien vestida entra en el coche, observemos la mirada de las demás mujeres. Veremos que todas, con la probable excepción de las que van mejor vestidas, la miran con malevolencia y procuran sospechar cosas malignas. La afición al escándalo es una expresión de esta malevolencia general, y lo que se dice contra otras mujeres es inmediatamente creído, aunque tenga las más

fútiles probabilidades. Una moralidad elevadísima ayuda a producir los mismos resultados; se envidia a los que tienen la posibilidad de faltar a ella y se considera virtuoso que se castiguen sus pecados. Esta manifestación particular de virtud es su propia recompensa.

Sin embargo, entre los hombres puede observarse lo mismo exactamente, con la excepción de que las mujeres miran a todas las demás mujeres como sus competidoras, mientras los hombres, por regla general, hacen esto solamente con los de su misma profesión. Lector, ¿has cometido alguna vez la imprudencia de alabar a un artista en presencia de otro artista, o de hablar bien de un político a otro político del mismo partido, o de hacer el elogio de un egiptólogo ante otro egiptólogo? Si lo has hecho, en el noventa y nueve por ciento de los casos habrás producido una explosión de celos. En la correspondencia de Leibniz y Huyghens hay una porción de cartas lamentándose del hecho supuesto de que Newton se había vuelto loco. «¿No es triste —decía el uno al otro— que el genio incomparable de míster Newton se haya apagado por la pérdida de la razón?» Y estos dos hombres eminentes, carta tras carta, derraman lágrimas de cocodrilo con manifiesta fruición. Desde luego que no ocurrió el hecho que ellos hipócritamente comentaban, aunque algunas muestras de su conducta exéntrica dieran origen al rumor.

La envidia es la más desafortunada de todas las peculiaridades de la naturaleza humana; la persona envidiosa no sólo quiere hacer daño, y lo hace siempre que puede con impunidad, sino que ella misma se hace desgraciada a causa de la envidia. En vez de gozar de lo que tiene, sufre de lo que tienen los demás. Si puede, les priva a todos de sus beneficios, lo cual es para él tan deseable como procurárselos para sí mismo. Si se da rienda suelta a esta pasión, es fatal para toda excelencia, y aun para el ejercicio más útil de aptitudes excepcionales. ¿Por qué un médico ha de ir en coche a ver a sus enfermos y un trabajador tiene que ir a su trabajo a pie? ¿Por qué un investigador científico trabaja con calefacción mientras otros tienen que exponerse a las inclemencias de los elementos? ¿Por qué a un hombre que posee algún talento excepcional de gran importancia para el mundo se le ha de dispensar del trabajo molesto de su propia casa? A estas preguntas, la envidia no encuentra respuesta. Afor-

tunadamente, sin embargo, existe en la naturaleza humana una pasión compensadora: la admiración. Quien quiera aumentar la felicidad humana, debe querer aumentar la admiración y disminuir la envidia.

¿Qué remedio hay contra la envidia? Para el santo, el remedio está en su propia carne, aunque entre los mismos santos no sea imposible la envidia hacia otros santos. Yo dudo de que a San Simeón Estilita le hubiera gustado saber que había otro santo que había resistido más tiempo amarrado a otra columna más estrecha todavía. Pero, prescindiendo de santos, el único remedio contra la envidia, en el caso de hombres y mujeres corrientes, es la felicidad, y la dificultad estriba en que la envidia es en sí misma un obstáculo terrible para la felicidad. Yo creo que la envidia se origina en gran parte por contratiempos de la niñez. El niño que nota preferencias por su hermano o hermana adquiere el hábito de la envidia, y cuando más tarde piensa en las injusticias de que es víctima en el mundo, las percibe inmediatamente si existen, y si no, las imagina. Un hombre así es inevitablemente desgraciado y se convierte en una molestia para sus amigos, que no pueden estar siempre pendientes de desaires imaginarios. Habiendo comenzado por creer que nadie le quiere, su conducta posterior da certidumbre a sus sospechas. Otro inconveniente, que produce en la niñez los mismos resultados, es tener padres poco afectivos. Aunque no existan preferencias en favor de uno de los hermanos, un niño puede advertir que hay otras familias en las que los hijos son más queridos de los padres. Esto puede llevarle a odiar a los otros niños y a sus propios padres, y al hacerse mayor puede creerse un Ismael. Hay un cierto número de satisfacciones que constituyen un derecho natural de nacimiento, y los niños que se ven privados de ellas se vuelven raros y amargados.

Pero el hombre envidioso se dirá: «¿A qué conduce decirme que el remedio contra la envidia es la felicidad? No puedo ser feliz mientras tenga envidia, y se me dice que no puedo dejar de ser envidioso hasta que sea feliz.» Pero la vida real no es tan lógica como esto. Con el solo hecho de comprender las causas de la envidia se da un paso importante para curarla. El hábito de pensar por comparaciones es fatal. Cuando no ocurre algo agradable, debiéramos gozarlo plenamente, sin detenernos a pen-

sar que no es tan agradable como algo que le puede ocurrir a algún otro. «Sí —se dice el envidioso—; hoy es un día espléndido de primavera, cantan los pájaros y se abren las flores; pero la primavera de Sicilia es mil veces más hermosa, y los pájaros cantan muchísimo mejor en los árboles del Helicón, y la rosa de Sharon es más hermosa que las de mi jardín.» Y pensando de este modo, el sol es más opaco, el canto de los pájaros se le antoja un gorjeo sin sentido y las flores parece que no valen la pena de mirarlas. Todas las alegrías de la vida las considera con igual criterio. «Sí —se dirá—; la elegida de mi corazón es adorable; yo la quiero, y ella me quiere; pero ¡cuánto más deliciosa debió de haber sido la reina de Saba! ¡Si yo hubiera tenido la suerte de Salomón!» Tales comparaciones son inútiles y no tienen sentido; lo mismo da que la reina de Saba o una vecina nuestra sean la causa de nuestro descontento. Para el hombre discreto, lo que él tiene no deja de ser agradable porque algún otro tenga algo más. En realidad, la envidia es la manifestación de un vicio en parte moral y en parte intelectual, que consiste en no considerar nunca las cosas en sí mismas, sino en sus relaciones. Supongamos que yo gano lo suficiente para cubrir mis necesidades. Yo debería estar contento, pero me entero de que alguien que no es superior a mí gana un salario dos veces mayor que el mío. Inmediatamente, si soy de condición envidiosa, las satisfacciones que debiera tener disminuyen, y comienzo a inquietarme pensando en la injusticia. Para esto el mejor remedio es la disciplina mental, el hábito de no pensar cosas inútiles. Después de todo, ¿hay algo más envidiable que la felicidad? Y si yo me curo de la envidia, seré feliz y, por lo tanto, envidiable. El que tiene doble salario que yo está seguramente disgustado, pensando que alguien tiene dos veces más que él, y así sucesivamente. Si deseamos la gloria, podemos envidiar a Napoleón. Pero Napoleón envidiaba a César, César a Alejandro, y Alejandro probablemente a Hércules, que no ha existido nunca. No podemos, pues, librarnos de la envidia con éxito, porque siempre habrá en la historia o la leyenda alguna persona con más éxito que nosotros. Podemos librarnos de la envidia gozando los placeres que se nos presentan, haciendo nuestro trabajo y evitando comparaciones con personas que, tal vez equivocadamente, suponemos que son más felices que nosotros.

La modestia excesiva está muy relacionada con la envidia. La modestia es considerada como una virtud, pero, por mi parte, yo dudo mucho de que deba aceptarse como tal en sus formas más extremas. La gente modesta necesita toda clase de seguridades, y muchas veces no se atreve a emprender tareas que pudiera realizar perfectamente. La gente modesta cree que está eclipsada por las personas con quienes se reúne habitualmente. Son muy inclinados a la envidia los modestos, y a través de la envidia, a la desgracia y a la mala voluntad. Por mi parte creo que hay mucho que decir acerca de educar a un niño haciéndole creer que es inteligente. Yo creo que ningún pavo real envidie a otro su cola, porque todo pavo real está convencido de que su cola es la más hermosa del mundo. En consecuencia, los pavos reales son aves muy apacibles. Pensemos cuán desgraciada sería la vida de un pavo real si se le hubiera enseñado que es malo tener buena opinión de sí mismo. Siempre que viera a otro pavo real extender su cola, se diría: «Yo no puedo creer que mi cola es mejor que aquélla, porque eso sería orgullo; pero ¡cuánto me gustaría que lo fuera! ¡Ese antipático está tan convencido de su magnificencia! ¡Si le pudiera quitar alguna de sus plumas! Entonces, ya no podría soportar la comparación conmigo.» O quizá le pusiera un lazo para demostrarle que era un mal pavo real, indigno de pertenecer a su clase, y lo denunciara en la asamblea. Gradualmente, establecería el principio de que los pavos reales con colas especialmente finas eran casi siempre malos bichos, y que el gobernante en un reino de pavos reales debiera favorecer a los que tuvieran unas pocas plumas caídas en la cola. Una vez aceptado este principio, haría matar a los pavos reales más hermosos, y ya no quedaría de las colas espléndidas otra cosa que un oscuro recuerdo histórico. Tal es la victoria de la envidia, disfrazada de moralidad. Pero donde todo pavo real se cree tan espléndido como los demás, no hay necesidad de esta represión. Cada pavo real espera ganar el primer premio en la competencia, y cada uno, al admirar a su compañero, cree que ha triunfado.

La envidia, naturalmente, está muy relacionada con la competencia. No se nos ocurre envidiar una fortuna que, desgraciadamente, no se halla a nuestro alcance. En las épocas en que la jerarquía social es inmutable, las clases bajas no envidian a las altas, pues la división entre po-

bres y ricos ha sido dispuesta por Dios. Los mendigos no envidian a los millonarios, aunque envidien, naturalmente, a otros mendigos con más éxito. La inestabilidad del estado social en el mundo moderno y las doctrinas igualitarias de socialismo y democracia han aumentado grandemente la esfera de actividad de la envidia. Por el momento esto es un mal, pero es un mal que hay que tolerar para llegar a un sistema social más justo. En cuanto se piensa razonablemente acerca de las desigualdades, se comprende que son injustas, a menos que se funden en la superioridad del mérito. Y tan pronto como se comprende que son injustas, no hay solución para la envidia consiguiente, fuera de la supresión de la injusticia. En nuestra época desempeña, por lo tanto, la envidia un papel muy importante. El pobre envidia al rico, las naciones pobres a las que no lo son, las mujeres envidian a los hombres y las mujeres virtuosas envidian a las que, sin serlo, permanecen impunes. Aunque es cierto que la envidia es el principal promotor de la justicia entre los diferentes sexos, clases y naciones, no lo es menos que la justicia que pudiera esperarse como resultado de la envidia, es probablemente de la peor especie, pues consiste más bien en disminuir los placeres de los afortunados que en aumentar los de los infelices. Las pasiones que producen estragos en la vida privada arruinan también la vida pública. No hay que esperar que algo tan malo como la envidia produzca buenos resultados. Por lo tanto, los que por razones idealistas desean profundos cambios en nuestro sistema social y un gran aumento de la justicia, deben aspirar a que fuerzas distintas de la envidia sean las productoras de las nuevas transformaciones.

Todas las cosas malas están relacionadas entre sí, y cualquiera de ellas está expuesta a producir otra; la fatiga, de modo especial es, con mucha frecuencia, la causa de la envidia. Cuando un hombre se siente inadaptado para el trabajo que ha de realizar, siente un descontento general, que puede fácilmente convertirse en envidia hacia aquellos cuyo trabajo es menos difícil. Uno de los procedimientos, pues, para disminuir la envidia es disminuir la fatiga. Pero lo que es definitivamente importante es el asegurar una vida satisfactoria para el instinto. Muchas envidias que parecen puramente profesionales, son de origen sexual. El que es feliz en su matrimonio y con sus

hijos, no es probable que envidie mucho a otros hombres por su riqueza o por sus éxitos, mientras tenga lo suficiente para educar a sus hijos a su gusto. Las cosas esenciales para la felicidad humana son sencillas, tan sencillas que las gentes complicadas no pueden sospechar qué es lo que realmente les falta a ellas. Las mujeres de que hablábamos, envidiosas de toda mujer bien vestida, no son seguramente felices en su vida instintiva. La felicidad instintiva es rara en el mundo de habla inglesa, especialmente entre las mujeres. En este aspecto parece que la civilización se ha equivocado de camino. Si es preciso disminuir la envidia, hay que encontrar los medios de remediar este estado de cosas, y si no se encuentran, nuestra civilización está en peligro de ser destruida en una orgía de odio. En épocas antiguas, la gente no odiaba más que a sus vecinos, porque apenas conocía a nadie más. Con la educación actual y con la prensa se sabe de una manera abstracta acerca de grandes masas humanas, con las que no tenemos relación individual. A través de las películas, la gente cree que sabe cómo vive el rico; a través de los periódicos se entera de la perversidad de las naciones extranjeras; a través de la propaganda conoce las prácticas nefandas de los que tienen la piel pigmentada de manera distinta que la suya. Los amarillos odian a los blancos, los blancos odian a los negros y así por el estilo. Se dirá que todo este odio es producido por la propaganda; pero esto es una explicación superficial. ¿Por qué la propaganda tiene mucho más éxito cuando predica el odio que cuando intenta producir sentimientos de amistad? La razón clara es que el corazón humano, tal como lo ha formado la civilización moderna, está más inclinado al odio que a la amistad. Y está más inclinado al odio, porque está insatisfecho, porque siente profunda, aunque tal vez inconscientemente, que ha perdido en cierto modo el sentido de la vida, que quizá otros que no somos nosotros, se han apropiado de las cosas buenas que la naturaleza produce para el placer del hombre. La suma positiva de placeres de la vida moderna del hombre es indudablemente más grande que en las comunidades primitivas; pero la conciencia de las posibilidades ha aumentado todavía más. Siempre que se le ocurre a uno llevar a su hijo al jardín zoológico, se puede observar en los ojos de los monos —cuando no hacen gimnasia o cascan nueces— una extraña tristeza. Uno llega a imaginar que

los monos quisieran ser hombres, pero que no pueden descubrir el secreto para conseguirlo. En el secreto evolutivo han perdido el camino; sus parientes siguieron adelante y los dejaron atrás. Parece que algo de esta tensión y de esta angustia ha penetrado en el alma del hombre civilizado. Sabe que hay algo mejor que él mismo casi al alcance de su mano; pero no sabe cómo ni dónde ir a buscarlo. Desesperado, se lanza contra hombres, compañeros suyos, que están igualmente descarriados y son igualmente infelices. Hemos llegado a un período de la evolución que no es la etapa final. Debemos pasarlo rápidamente, porque, de lo contrario, la mayor parte de nosotros perecerá en el camino, y los demás quedarán perdidos en un bosque de miedos y de dudas. La envidia, pues, deplorable como es y terrible en sus efectos, no es todo el mal. Es, en parte, la expresión de un dolor heroico, el dolor de quienes caminan en la noche a ciegas, quizá hacia un lugar de reposo placentero, tal vez hacia la muerte y destrucción. Para encontrar el buen camino fuera de esta desesperación, el hombre debe ensanchar su corazón, como ha ensanchado su cerebro. Debe aprender a trascender de sí mismo y, al hacerlo, a adquirir la libertad del Universo.

CAPÍTULO VII

EL CONCEPTO DEL PECADO

En el capítulo primero dijimos algo acerca del concepto del pecado; pero ahora queremos insistir más detenidamente, por ser una de las causas psicológicas de desgracia más importantes de la vida adulta.

Hay una psicología religiosa, tradicional del pecado, que ningún psicólogo moderno puede aceptar. Se suponía, especialmente por los protestantes, que la conciencia revela al hombre cuándo es pecaminoso un acto al que es tentado, y que una vez cometido ese acto, puede experimentar una de dos sensaciones aflictivas: o la llamada remordimiento, que no tiene mérito alguno, o la llamada arrepentimiento, que tiene la virtud de extirpar su pecado. En las regiones protestantes, aun muchos de los que perdieron su fe, continuaron durante cierto tiempo aceptando, con

mayores o menores modficaciones, el concepto ortodoxo del pecado. En nuestros días, merced en parte al psicoanálisis, sucede lo contrario; no solamente los heterodoxos rechazan la antigua doctrina del pecado, sino que muchos que se consideran ortodoxos hacen lo mismo. La conciencia ha dejado de ser algo misterioso, que, por serlo, podía ser considerada como la voz de Dios. Sabemos que la conciencia ordena actuar de manera distinta en partes diferentes del mundo, y que, de un modo general, suele estar de acuerdo con las costumbres raciales. ¿Qué es, pues, lo que ocurre realmente cuando la conciencia le remuerde al hombre?

La palabra conciencia encierra sentidos diferentes, el más sencillo de los cuales es el temor a ser descubierto. Estoy seguro de que tú, lector, has vivido una vida perfectamente honorable; pero si preguntas a alguien que haya actuado de manera que sería castigado si fuera descubierto, notarás que cuando el descubrimiento es inminente, la persona en cuestión se arrepiente de su crimen. No creo que esto pueda afirmarse del ladrón profesional, que cuenta con algún tiempo en la cárcel como riesgo de su profesión; pero sí de lo que pudiéramos llamar delincuente respetable, como el director de un Banco, que desfalca en un momento de apuro o del clérigo que cae en la tentación del pecado carnal. Estos hombres pueden olvidar su crimen mientras parece que no hay peligro de su descubrimiento; pero cuando se les descubre o están en peligro inminente de ello, quisieran haber sido más virtuosos, y adquieren la percepción clara de la enormidad de su pecado. Muy relacionado con éste se halla el miedo de perder la fama. El que hace trampas en el juego o no paga sus deudas de honor no tiene fuerza alguna para oponerse a la desaprobación general cuando se le descubre. En ello se diferencia del innovador religioso, del anarquista y del revolucionario, todos los cuales creen que cualquiera que sea su destino actual, el porvenir es suyo y ha de honrarles tanto como les odia en el presente. Tales hombres, a pesar de la hostilidad de la multitud, no se sienten culpables; pero quien acepta por completo la moralidad social y actúa contra ella, se siente muy desgraciado al desprestigiarse, y el miedo a este desastre o el dolor que le produce su aparición, pueden ocasionar fácilmente el que considere sus actos como pecaminosos.

Pero el concepto del pecado en sus formas más importantes es algo más profundo. Es algo que tiene su raíz en lo inconsciente, y que no aparece a la conciencia como el miedo al desprestigio. Hay en la conciencia ciertos actos con el rótulo de pecado, sin razón visible para la introspección. Cuando un hombre comete tales actos, se siente a disgusto, sin saber por qué. Quisiera ser de los que pueden abstenerse de lo que consideran pecado. Admira moralmente sólo a quienes cree puros de corazón. Reconoce, con mayor o menor sentimiento, que no pueda ser santo, porque su concepción de la santidad no podría realizarse probablemente en una vida corriente. En consecuencia, va por la vida creyéndose culpable, convencido de que lo mejor no se ha hecho para él, y de que sus mejores momentos son aquellos en que se entrega a la penitencia.

La raíz de esto, en casi todos los casos, se halla en la enseñanza moral que recibe el hombre antes de los seis años en las faldas de su madre o de su nodriza. Aprendió que no se debe jurar y que se debe emplear un lenguaje muy pulcro; que sólo los hombres malos beben, y que el tabaco es incompatible con la más alta virtud. Aprendió que no se debe mentir nunca. Y aprendió sobre todo que el interés por las cosas sexuales es una abominación. Todo esto lo aprendió de su madre, como si lo hubiera recibido del mismo Dios. El mayor placer de su vida era que su madre lo tratara con cariño, o su nodriza, y ello sólo podía conseguirse cuando estaban convencidas de que no había faltado al código moral. Así, pues, toda conducta que su madre o su nodriza desaprobaban, a él le parecía horrible. Gradualmente, al hacerse mayor, se olvidó de dónde procedía ese código moral y cuál era el castigo que se le daba por faltar a él, pero no por eso abandonó el código moral, ni dejó de seguir creyendo que algo terrible iba a ocurrir si lo infringía.

Una gran parte de esta enseñanza moral infantil está desprovista de fundamentos racionales, y no puede ser aplicada a la conducta habitual de los hombres corrientes. Un hombre que emplea lo que se llama mal lenguaje, no es, desde un punto de vista racional, peor que quien no lo emplea. Sin embargo, casi todo el mundo, al imaginarse un santo, le parecerá esencial que no tuviese la costumbre de jurar. Considerado razonablemente, no tiene sentido. Lo mismo puede decirse del alcohol

y del tabaco. Con respecto al alcohol, nadie tiene recelos contra él en las regiones del Sur, y no sería piadoso pensar lo contrario, ya que Nuestro Señor y los Apóstoles bebieron vino. En cuanto al tabaco, es más fácil sostener una posición negativa, puesto que todos los grandes santos vivieron antes de que el tabaco fuera conocido. Pero tampoco aquí hay un argumento racional. La suposición de que ningún santo fume está fundada, en último término, en la probabilidad de que ningún santo haga cosa alguna sólo por el placer que le proporcione. Este elemento ascético en la moralidad corriente ha llegado a ser casi inconsciente, pero opera en todos los aspectos que hacen irracional a nuestro código moral. En una ética racional debiera ser laudable proporcionar una satisfacción a cualquiera, sin excluir a uno mismo, siempre que no haya una molestia equivalente para uno mismo o para los demás. El hombre virtuoso ideal, si nos hubiéramos liberado del ascetismo, sería el que permitiese gozar de todas las cosas buenas, siempre que no produjeran un mal mayor que el goce. Hablemos nuevamente de la mentira. Yo no niego que se miente demasiado en el mundo, y que sería preferible para todos que aumentase la veracidad; pero tampoco niego, y creo que ninguna persona razonable, que la mentira se justifique nunca. En cierta ocasión que me paseaba por el campo vi una zorra que estaba rendida y hacía un último esfuerzo por seguir corriendo. Pocos minutos después aparecían los cazadores. Me preguntaron si había visto a la zorra, y les contesté afirmativamente. Me volvieron a preguntar la dirección que había tomado, y yo mentí. No creo que me hubiera portado mejor diciéndoles la verdad.

Pero donde más daño produce la enseñanza moral infantil es en la cuestión sexual. Si un niño recibe la educación convencional de nodrizas o de padres rígidos, la relación entre el pecado y los órganos sexuales se establece tan definitivamente a los seis años de edad, que ya no se puede deshacer por completo en el resto de la vida. Este sentimiento se refuerza, naturalmente, con el complejo de Edipo, pues con la mujer más amada en la niñez, es imposible toda clase de libertades sexuales. El resultado es que muchos hombres adultos creen que la mujer está degradada por el sexo, y no pueden respetar a la mujer propia, a menos que les repugne el intercam-

bio sexual. Pero el hombre cuya mujer es fría, buscará instintivamente satisfacción en otra parte. Mas su satisfacción instintiva, si la encuentra momentáneamente, estará envenenada por la sanción del pecado, de manera que no podrá ser feliz en ninguna relación con mujer, ni en el matrimonio, ni fuera de él. A la mujer le ocurre lo propio si se le ha aconsejado enfáticamente ser lo que se llama *pura*. Instintivamente se retrae en sus relaciones con su marido, y le horroriza obtener de ellas placer alguno. Actualmente, sin embargo, esto es mucho menos frecuente en las mujeres que hace cincuenta años. Y diría que hoy, entre las gentes educadas, la vida sexual de los hombres está más amargada por el sentido del pecado que la de las mujeres.

Hoy la gente comienza a estar mucho más enterada —aunque no haya trascendido a las autoridades públicas— de los defectos de la educación sexual tradicional de los niños. La verdadera regla es muy sencilla: hasta que el niño esté próximo a la pubertad, no hay por qué enseñarle moralidad sexual alguna, y hay que evitar el que crea que las funciones naturales del cuerpo son repugnantes. Cuando se aproxime la época en que sea necesaria la instrucción moral, asegurémonos de que es razonable, y de que podemos apoyar cuanto digamos en razones sólidas. Pero en este libro no pretendo hablar de educación. En este libro quiero hablar de lo que debe hacer el adulto para reducir al mínimo los malos efectos de una educación imprudente con su irracional concepto del pecado.

El problema es el mismo que hemos afrontado en capítulos anteriores, o sea: el de obligar a lo inconsciente a que se entere de las creencias razonables que gobiernan nuestro pensamiento consciente. Los hombres no deben dejarse dominar por sus humores, creyendo tan pronto una cosa como otra. El sentido del pecado se agudiza especialmente en momentos en que lo consciente se debilita por cansancio, por enfermedad, por la bebida o por cualquier otro motivo. Lo que el hombre cree en esos momentos (exceptuando los de la embriaguez), se imagina que es una revelación de su inteligencia. «Si el diablo enfermara, sería santo.» Pero es absurdo suponer que en los momentos de debilidad se tiene mayor penetración que en los momentos de vigor. En los momentos de debilidad es difícil resistir a sugestiones infantiles; pero no

hay razón alguna para considerar preferibles dichas sugestiones a las creencias del hombre adulto en plena posesión de sus facultades. Muy al contrario, lo que cree el hombre deliberadamente, en pleno dominio de sus facultades, debiera ser la norma de sus creencias en todo tiempo. Es completamente posible vencer las sugestiones infantiles de lo inconsciente y hasta dominar el contenido de lo inconsciente, empleando una técnica adecuada. Siempre que comencemos a sentir remordimiento por un acto que nuestra razón nos indique que no es malo, examinemos la causa de nuestra sensación de remordimiento y convenzámonos, en detalle, de que son absurdas. Hagamos que nuestras ideas conscientes sean tan vivas y firmes, que impresionen a nuestro inconsciente lo bastante para luchar con las impresiones que nuestra madre o nuestra nodriza nos dejaron en la infancia. No nos conformemos con una alternativa de momentos de racionalidad e irracionalidad. Examinemos detenidamente lo irrazonable, dedicidos a no respetarlo, y no permitamos que nos domine. Siempre que advirtamos en nuestro inconsciente pensamientos o sentimientos absurdos, examinemos su raíz y rechacémoslos. No consintamos seguir siendo criaturas infelices, influidas unas veces por la razón y otras por fatuidades infantiles. No nos asuste la irreverencia hacia los que nos guiaron en la niñez. Entonces nos parecían fuertes y discretos, porque éramos débiles e infantiles; ahora, que no somos ni lo uno ni lo otro, debemos analizar su aparente vigor y discreción, y decidir si merecen la reverencia que les concedimos por fuerza de la costumbre. Preguntémonos seriamente si el mundo es mejor gracias a la enseñanza moral tradicional que se da a la juventud. Pensemos en la cantidad de supersticiones positivas que contribuyen a la formación convencional de un hombre virtuoso, y pensemos en que mientras todos los peligros imaginarios fueran defendidos por prohibiciones increíblemente fútiles, no se mencionaran siquiera los verdaderos peligros morales. ¿Cuáles son las acciones verdaderamente perniciosas a que están abocados la mayor parte de los hombres? La práctica astuta de los negocios que no castiga la ley, la crueldad de los empleados con la mujer y con los hijos, la malevolencia con los competidores, la ferocidad en los conflictos políticos, éstos son los pecados verdaderamente perniciosos

que son corrientes en los ciudadanos respetables y respetados. Por medio de estos pecados el hombre extiende la miseria a su alrededor y contribuye a destruir la civilización. Sin embargo, nada de esto le hace, al sentirse enfermo, creerse un réprobo que ha perdido todo derecho a la piedad divina. No es esto lo que le produce pesadillas nocturnas en las que se le aparece su madre dirigiéndole miradas de reproche. ¿Por qué su moralidad subconsciente está tan divorciada de la razón? Porque la ética profesada por los que le dirigieron en su infancia era estúpida, porque no se fundaba en nigún estudio de los deberes del individuo para la sociedad, porque estaba formada por antiguos resabios de tabús irracionales y porque contenía en su interior elementos morbosos derivados de la enfermedad espiritual que atormentó al moribundo Imperio romano. Nuestra moralidad nominal ha sido formulada por curas y por mujeres esclavizadas mentalmente. Ya es hora de que los hombres que han de intervenir en la vida normal del mundo comiencen a rebelarse contra tanta necedad enfermiza.

Pero si la rebelión ha de producir la felicidad individual y ha de capacitar al hombre para vivir consistentemente con una norma y no vacilar entre dos, es necesario que piense y sienta profundamente lo que su razón le dicta. Muchas personas, cuando se han desprendido superficialmente de las supersticiones de la niñez, creen que les queda nada por hacer. No se dan cuenta de que las supersticiones acechan en el fondo todavía. Cuando se ha llegado a una convicción racional es preciso afirmarla, aceptar sus consecuencias, buscar interiormente las ideas que pudieran sobrevenir en desacuerdo con las nuevas convicciones, y cuando vuelve a aparecer y a fortalecerse el sentido del pecado, no creer en él como una revelación y un llamamiento a cosas más altas, sino como una enfermedad y una flaqueza, a menos que sea originada por algún acto que la ética racional condenaría. No quiero dar a entender que el hombre debería carecer de moralidad; lo único que quiero decir es que no debiera tener una moralidad supersticiosa, lo cual es completamente distinto.

Pero aun en el caso de que un hombre falte a su propio código moral, yo dudo de que el sentido del pecado sea el mejor método para llegar a hacer una vida mejor.

Hay en el sentido del pecado algo de abyecto, algo de falta de respeto a sí mismo. El hombre razonable considerará sus propios actos indeseables de igual modo que los de los demás, como actos producidos por determinadas circunstancias y que pueden evitarse, o por la comprensión plena de que son indeseables, o, cuando ello sea posible, evitando las circunstancias que los originaron.

No cabe duda de que el sentido del pecado, en vez de ser causa de una vida recomendable, es precisamente todo lo contrario. Hace al hombre desgraciado y le obliga sentirse inferior. Al ser desgraciado, está predispuesto a quejarse con exceso de otras gentes, y con ello se incapacita para gozar del placer de las relaciones personales. Al sentirse inferior, sentirá recelos contra los que cree superiores. Admirará con dificultad y envidiará fácilmente. Se convertirá en una persona más bien desagradable, y se encontrará cada vez más solitario. Una actitud generosa y expansiva hacia las gentes no sólo es agradable para los demás, sino que es una inmensa fuente de felicidad para su poseedor, puesto que le hace ser querido por todos. Pero esta actitud es muy difícil para quien está atormentado por su concepto del pecado. Es un resultado del equilibrio y de la confianza en sí mismo; requiere lo que puede llamarse integridad mental, entendiendo por ella que los diversos estratos de la naturaleza humana, lo consciente, lo subconsciente y lo inconsciente, trabajen juntos en armonía en vez de estar entregados a perpetua guerra. En muchos casos es posible producir tal armonía por una educación adecuada, pero cuando la educación ha sido defectuosa, el proceso es más difícil. Éste es el proceso ensayado por los psicoanalistas, pero yo creo que en la inmensa mayoría de los casos el paciente puede realizar por sí mismo el trabajo que sólo en casos extremos requiere la ayuda de un técnico. No digamos: «Yo no tengo tiempo para dedicarme a esos trabajos psicológicos; mi vida está muy ocupada con otros asuntos y no tengo más remedio que abandonar a mi inconsciente con sus tretas.» Nada disminuye tanto, no sólo la felicidad, sino la eficiencia, como una personalidad dividida contra sí misma. El tiempo empleado en concertar la armonía entre las diferentes partes de la propia personalidad, es tiempo útilmente empleado. No quiero decir que se debiera dedicar una

hora diaria, por ejemplo, a estudiarse a sí mismo. A mi entender, éste no es en modo alguno, el mejor método, puesto que aumenta la concentración, la cual es una parte de la enfermedad que hay que curar, pues una personalidad armoniosa se proyecta hacia el exterior. Lo que sí quiero decir es que se debiera reflexionar acerca de lo que se cree racionalmente, y no permitir que ideas contrarias irracionales se alojen en nosotros, aunque sea brevemente. Hay que razonar consigo mismo en los momentos en que uno se inclina al infantilismo, y el razonamiento, si es enérgico, debe ser breve.

Hay muchas personas que desdeñan la racionalidad, y lo que acabo de decir les parecerá desatinado y sin importancia. Existe la idea de que la racionalidad, si se la deja libre, mata las emociones más profundas. Esta creencia me parece que se debe a un concepto completamente equivocado de las funciones de la razón en la vida humana. No corresponde a la razón el engendrar emociones, y una parte de su función debiera ser el encontrar la manera de evitarlas cuando son un obstáculo al bienestar. Una parte de las funciones de la psicología racional es encontrar procedimientos para disminuir el odio y la envidia. Pero es equivocado suponer que al disminuir estas pasiones disminuiremos al propio tiempo la intensidad de las pasiones que la razón no condena. En el amor apasionado, en el cariño paternal, en la amistad, en la benevolencia, en la devoción por el arte y por la ciencia, la razón no quiere quitar nada. El hombre racional, cuando siente una o todas esas emociones, se alegra de sentirlas y no hace nada para disminuir su intensidad, porque todas estas emociones son partes de la vida buena, de la vida que procura la felicidad propia y la felicidad ajena. Las pasiones en sí mismas no son racionales y mucha gente irracional siente tan sólo las pasiones más insignificantes. No hay por qué temer que la vida sea triste al hacerse racional. Por el contrario, como la racionalidad consiste fundamentalmente en la armonía interna, el hombre que la consigue es más libre en la contemplación del mundo y en el empleo de sus energías para la acción externa que quien está constantemente preocupado por conflictos exteriores. Nada es tan triste como encerrarse dentro de sí mismo; nada tan exultante como dirigir la atención y la energía al exterior.

Nuestra moralidad tradicional ha sido excesivamente concentrada, y el concepto del pecado forma parte de este inmoderado enfoque de la atención hacia sí mismo. Para los que nunca han ido más allá de puntos de vista subjetivos a causa de esta moralidad defectuosa, la razón puede ser innecesaria. Pero para quienes han adquirido una vez la enfermedad, la razón es necesaria para efectuar la cura. Y quizá sea la enfermedad una etapa necesaria en el desarrollo mental. Yo me inclino a creer que el hombre que la ha vencido con la ayuda de la razón, ha llegado a un nivel más alto que quien no ha tenido la experiencia de la enfermedad ni de la cura. El odio a la razón, que es corriente en nuestra época, es debido en gran parte al hecho de que los actos de la razón no se conciben de una manera bastante fundamental. El hombre, dividido contra sí mismo, busca emoción y distracción; busca pasiones fuertes, no por razones sólidas, sino porque de momento le sacan de sí mismo y le evitan la necesidad dolorosa de pensar. Toda pasión para él es una forma de intoxicación, y como no cree en la felicidad fundamental, el único remedio posible del dolor está en la intoxicación. Y esto es un síntoma de una enfermedad profunda. Cuando tal enfermedad no existe, la mayor felicidad es una consecuencia de la posesión absoluta de las propias facultades. Los goces más intensos se experimentan cuando el cerebro está más activo y se olvidan menos cosas. Ésta es una de las mejores piedras de toque de la felicidad. La felicidad que necesita una intoxicación cualquiera es espuria y no satisfactoria. La felicidad que satisface plenamente va acompañada del pleno ejercicio de nuestras facultades y de la total verificación del mundo en que vivimos.

CAPÍTULO VIII

MANÍA PERSECUTORIA

En sus manifestaciones más extremas, la manía persecutoria es una forma clasificada de locura. Hay quienes se imaginan que alguien los quiere matar, o meter en la cárcel, o hacerles un daño grave. Con frecuencia

el afán de protegerse contra perseguidores imaginarios les lleva a actos de violencia que obliga a limitar su libertad. Como muchas otras formas de demencia, no es más que la exageración de una tendencia no muy rara entre personas que pasan por normales. No me propongo analizar las formas externas, porque ello corresponde a la psiquiatría. De lo que quiero hablar es de sus formas mitigadas, porque con mucha frecuencia son un motivo de desgracia, y porque, no llegando a producir la locura, el enfermo puede afrontarlas siempre que diagnostique bien su perturbación y se convenza de que su origen está dentro de sí mismo y no en la supuesta malevolencia u hostilidad de los demás.

Es muy corriente un cierto tipo de personas que, según ellos, son víctimas constantes de la ingratitud, la malevolencia o la traición. Muchos de ellos son agradables y despiertan profunda simpatía entre quienes no los conocen muy a fondo. No suelen ser inverosímiles los incidentes aislados que nos cuentan. Los malos tratos de que se quejan suelen a veces ser reales. Lo que acaba por respetar sospechas al oírles, es la multiplicidad de malas personas que han tenido la desgracia de tratar. Según la ley de las probabilidades, las distintas personas que hagan una vida social determinada tienen análogas posibilidades de recibir decepciones entre sus conocidos. Si una persona de una cierta clase recibe, según él, desconsideraciones generales, lo más probable es que la culpa sea suya, y que, o imagina agravios que no ha recibido, o se conduce inconscientemente de manera que produce una iritación irreprimible. La gente experimentada, por lo tanto, desconfía de los que, según ellos no reciben más que desdenes en la vida, y al no simpatizar con ellos, confirman a esos desgraciados en su impresión de que todo el mundo está contra ellos. Es una perturbación de difícil tratamiento, pues se agudiza tanto por la simpatía como por la antipatía. La persona predispuesta a la manía persecutoria, cuando nota que se cree un relato de su mala suerte, lo embellecerá hasta traspasar las fronteras de lo creíble, y si, por otra parte, advierte que no es creído, ya tiene otro ejemplo de la peculiar insensibilidad humana para con él. La enfermedad hay que afrontarla por la comprensión, y esta comprensión hay que transmitirla al paciente para que tenga éxito.

Me propongo en este capítulo sugerir algunas reflexiones generales para que todos puedan descubrir en sí mismo los elementos de la manía persecutoria (de la cual casi todo el mundo padece en mayor o menor grado), y una vez descubiertos, pueda eliminarlos. Ésta es una parte importante de la conquista de la felicidad, pues es completamente imposible ser feliz creyendo que todo el mundo nos trata mal.

Una de las formas más universales de irracionalidad es la actiud que adopta casi todo el mundo ante una conversación maliciosa. Pocas personas pueden resistir frases intencionadas acerca de sus relaciones o acerca de sus amigos, y cuando lo que se dice es contra ellos mismos, se indignan fieramente. Parece que no se les ha ocurrido nunca que, así como ellos murmuran de todo el mundo, todo el mundo murmura de ellos. Ésta es una forma suave de la actitud que, exagerada, conduce a la manía persecutoria. Nosotros aspiramos a que todo el mundo nos profese el cariño afectuoso y el respeto profundo que sentimos hacia nuestra propia persona. No se nos ocurre que no podemos esperar de los otros más de lo que pensamos de ellos, y la razón está en que nuestros propios méritos son grandes y manifiestos, mientras que los de los demás, si existen, sólo son visibles para quien los mire con buenos ojos. Cuando nos enteramos de que Fulano ha dicho algo horrible acerca de nosotros, nos acordamos de las noventa y nueve veces que nos hemos abstenido de hacer crítica justa y merecida de él, y nos olvidamos de la vez que en un momento de incontención declaramos la verdad de nuestro pensamiento acerca de su persona. Y nos decimos: ¿Es éste el premio a nuestra indulgencia? Sin embargo, desde este punto de vista, nuestra conducta es exactamente la misma que la suya nos parece; tampoco él sabe nada de las veces que nos callamos; él se ha enterado únicamente de la única vez que hablamos. Si por arte de magia pudiéramos enterarnos de los pensamientos ajenos, me parece que la primera consecuencia sería la disolución de casi todas nuestras amistades; el segundo efecto, sin embargo, sería excelente, pues como un mundo sin amigos sería intolerable, nos acostumbraríamos a estimarnos los unos a los otros sin necesidad del velo de ilusión que nos oculta el hecho de que nos creamos los unos a los otros absolu-

tamente perfectos. Sabemos muy bien que nuestros amigos tienen sus defectos, pero en definitiva son gente agradable que nos gusta. Sin embargo, nos parece intolerable que ellos tengan la misma impresión respecto a nosotros. Queremos que piensen que, a diferencia del resto de los mortales, no tenemos defectos. Cuando nos vemos obligados a admitir que también nosotros los tenemos, tomamos demasiado en serio este hecho evidente. No hay razón para que nadie se crea perfecto ni para molestarse demasiado por el hecho de no serlo.

La manía persecutoria tiene siempre sus raíces en un concepto demasiado exagerado de los propios méritos. Supongamos que yo soy un escritor dramático; para toda persona imparcial debe ser evidente que yo soy el mejor autor dramático de la época. Sin embargo, por cualquier razón mis obras se representan muy poco, y cuando se representan, no tienen éxito. ¿Cómo se explica cosa tan extraña? Es indudable que empresarios, críticos y actores se han conjurado contra mí por uno u otro motivo. Claro que en gran parte tengo yo la culpa: no he querido cultivar a la gente influyente del teatro, no he adulado a los críticos, mis obras encierran verdades insoportables para los que se sienten aludidos. Y, es natural, nadie quiere reconocer mi mérito extraordinario.

Existe también el inventor que no ha podido conseguir que alguien estudie las ventajas de su invento; a los fabricantes rutinarios no les interesa ninguna innovación, y los pocos que son progresivos pagan a inventores propios que consiguen impedir el paso del genio sin autorización; las sociedades cultas, por muy extraño que parezca, pierden sus manuscritos o los devuelven sin leerlos; las personas a quienes se dirige se encierran en un mutismo extraño.

Hay el tipo de hombre que ha recibido un agravio real fundado en un hecho positivo, pero que generaliza a la luz de su experiencia y llega a la conclusión de que en su infortunio se encierra la clave del universo: descubre, por ejemplo, algún escándalo en la policía secreta, que el Gobierno tiene interés en ocultar. Apenas puede conseguir que se haga público su descubrimiento, y los hombres aparentemente más inteligentes no quieren mover un dedo para remediar el daño que a él le llena de indignación. Los hechos son como él los cuenta. Pero los de-

saires le han hecho tanta impresión, que cree que todas las personas importantes están ocupadas única y exclusivamente en ocultar los crímenes a los cuales deben su posición. Algunos de estos casos son particularmente obstinados, por la verdad parcial de su apreciación; lo que han vivido personalmente les ha hecho, como es natural, más impresión que muchas otras cuestiones en las que no han tenido una experiencia directa. Ello les da un sentido equivocado de la proporción y hace que concedan demasiada importancia a hechos que son más bien excepcionales que típicos.

Otra víctima de manía persecutoria que no escasea es un cierto tipo de filántropo que está haciendo constantes favores a las gentes contra su voluntad y se asombra y horroriza al ver que no se lo agradecen. Nuestros motivos para hacer el bien pocas veces son tan puros como suponemos. El afán de poder es insidioso, tiene muchos disfraces y suele ser con frecuencia un placer propio lo que obtenemos, al hacer lo que se nos figura el bien de los demás. No es raro tampoco que aparezca otro elemento. «Hacer bien» a la gente consiste principalmente en privarles de algún placer: bebida, juego, ociosidad, etc. En este caso aparece un elemento que es típico de nuestra moralidad social, y es la envidia a quienes pueden cometer faltas de que nosotros debemos abstenernos si queremos que nuestros amigos nos respeten. Los que votan, por ejemplo, una ley para que no se fumen cigarrillos (tales leyes existen en algunos Estados norteamericanos), son no fumadores, para quienes el placer que otros obtienen del tabaco es una fuente de dolor. Si confían en que los que fueron espíritus malos del tabaco vayan en una comisión para darles las gracias por haberlos librado de tan odioso vicio, es posible que sufran una desilusión. Y tal vez piensen entonces que han dado sus vidas en beneficio público y que quienes tenían más motivos de agradecimiento hacia sus actividades benéficas, son los que menos lo demuestran.

Antes podía apreciarse una actitud parecida en las señoras respecto a las criadas de servicio por cuya moralidad velaban. Pero en estos días el problema del servicio se ha agudizado tanto, que esta manifestación de simpatía por las criadas ha disminuido mucho.

En la alta política ocurre lo propio. El estadista que ha ido gradualmente concentrando el poder en su persona para poder realizar los altos y nobles propósitos que le decidieron a abandonar sus comodidades y a entrar en la arena de la vida pública, se asombra de la ingratitud de la gente cuando se vuelve contra él. No se le ocurre nunca que su intervención pudo haber tenido algún motivo distinto del interés público o que el placer de figurar haya inspirado sus actividades. Las frases usuales en los discursos o en la prensa de partido se han convertido gradualmente para él en la verdad, y confunde la retórica del partido con el análisis genuino de motivos. Disgustado y desilusionado, se retira del mundo después de que el mundo se ha retirado de él, y lamenta haberse dedicado nunca a tarea tan ingrata como la del bienestar público.

Estos ejemplos me sugieren cuatro máximas generales que serán un preventivo adecuado contra la manía persecutoria si su verdad se practica convenientemente. La primera es: ten en cuenta que tus razones no son siempre tan altruistas como te parecen. La segunda: no sobreestimes tus propios méritos. La tercera: no creas que los demás van a interesarse por tu persona tanto como tú mismo. Y la cuarta: no supongas que hay mucha gente que se preocupa de ti lo bastante para tener especial interés en perseguirte. Diré por orden algunas palabras acerca de cada una de estas máximas. La duda acerca de nuestros motivos es particularmente necesaria para el filántropo y para el hombre de acción, que tiene sus ideas acerca de cómo debiera ser el mundo o una parte de él, y creen, unas veces con acierto y otras equivocadamente, que al realizar su programa, el mundo o una parte de él sería dichoso. No se dan cuenta cabal de que los individuos afectados por su actuación tienen el mismo derecho a opinar acerca del mundo que desean. Un hombre de tipo ejecutivo está completamente convencido de que su visión es verdadera y la de los contrarios falsa. Pero su convicción subjetiva no aporta prueba alguna de que sea objetivamente cierta. Además su convicción es muchas veces la máscara del placer que le produce el contemplar innovaciones que él ha motivado. Y además del afán de poder, hay otro motivo: la vanidad, que opera enérgicamente en estos casos. Al idea-

lista desinteresado que aspira a ir al Parlamento (de esto hablo por experiencia) le asombra el cinismo de los electores, que creen que sólo desea la gloria de escribir en las cartas, después de su nombre, las iniciales «M. P.» (miembro del Parlamento). Cuando la elección se ha realizado y tiene tiempo para pensarlo, se le ocurre que, después de todo, tal vez tuvieran razón sus cínicos electores. Las causas idealistas mueven a ponerse extraños disfraces, y, por lo tanto, no es inoportuno un choque de cinismo realista para nuestros hombres públicos. La moralidad convencional inculca un grado de altruismo de que apenas es capaz la naturaleza humana, y los que se enorgullecen de su virtud se imaginan con frecuencia que han alcanzado este ideal inasequible. La inmensa mayoría de las acciones, aun las de las personas más nobles, tienen motivos egoístas, y no hay que lamentarse de ello, pues si fuera de otro modo, la raza humana no podría sobrevivir. Un hombre que se preocupara de que comieran los demás olvidándose de comer él mismo, moriría. Puede naturalmente tomar el alimento estrictamente necesario para lanzarse a la lucha contra el mal, pero es posible que no pudiera digerir los alimentos así tomados, puesto que no se estimularía bastante el flujo de la saliva. Es, pues, preferible que el hombre coma porque le guste la comida, a que pierda las horas de comer inspirándose en el deseo del bienestar público.

Y lo que se dice de la comida puede aplicarse a todo lo demás. Todo lo que haya que hacer no puede hacerse convenientemente sin una cierta satisfacción, y la satisfacción es difícil sin algún motivo egoísta. Yo incluiría entre los motivos egoístas los que se refieren a personas biológicamente relacionadas con uno mismo, como el impulso de defensa de la mujer y de los niños contra sus enemigos. Este grado de altruismo es una parte de la naturaleza humana, pero el grado inculcado en las éticas convencionales no lo es, y pocas veces se consigue plenamente. La gente que quiere tener una alta opinión de su excelencia moral tiene, pues, que convencerse a sí misma de que ha conseguido un grado de desinterés que es muy posible que no sea real, y de aquí que los esfuerzos para conseguir la santidad estén relacionados con la propia decepción en un grado que conduzca fácilmente a la manía persecutoria.

La segunda de nuestras máximas, en cuanto al error de sobrestimar nuestros propios méritos, está explicada, por lo que se refiere a la moral, con lo que ya hemos dicho. Los méritos, como la moral, no debieran sobrestimarse. El escritor cuyas obras nunca tienen éxito, debiera admitir tranquilamente la posibilidad de que son malas y no debiera rechazarla como absolutamente insostenible. Al advertir que esta hipótesis está de acuerdo con los hechos, debiera, como un filósofo inductivo, adoptarla. Es cierto que hay en la Historia casos de mérito no reconocido, pero son muchos menos que los casos de incapacidad reconocida. Si un hombre es un genio a quien su época no quiere reconocer como tal, deberá persistir en su camino, a pesar de la indiferencia. Si, por otra parte, es una persona sin talento, henchida de vanidad, hará bien en desistir. No hay manera de distinguir a cuál de estas dos categorías pertenece el que está aquejado del impulso de producir obras maestras desconocidas. Si se pertenece a una categoría la persistencia es heroica; si a la otra, ridícula. Cien años después de muerto se podrá adivinar a qué categoría se pertenece. Entretanto, hay una prueba a la que nos podemos someter —que no es infalible, pero sí de un valor considerable—, si sospechamos que somos genios, aunque nuestros amigos crean lo contrario. La prueba es ésta: ¿producimos porque sentimos la necesidad imperiosa de expresar ideas o sentimientos o actuamos solamente buscando los aplausos? En el artista genuino, aunque existe habitualmente un ferviente deseo de aplauso, es de índole secundaria, en el sentido de que, aunque el artista aspira a producir un trabajo que sea aplaudido, no alterará su estilo aun en el caso de que el aplauso no se produzca. En cambio, el que busca el aplauso con motivo primario carece de fuerza interior que le impulse a una determinada forma de expresión, y puede, por lo tanto, dedicarse a un trabajo totalmente distinto. En el caso de no ser aplaudido por su arte, haría bien en renunciar a él. Y, hablando de una manera más general, cualquiera que sea nuestra aspiración en la vida, si notamos que los demás no aprecian nuestras cualidades en tan alto grado como nosotros mismos, no estemos muy seguros de que se equivocan. De lo contrario, podemos llegar a creer que existe una conspiración para impedir que se reconozcan nuestros mé-

ritos y ello es seguro que nos haría desgraciados. Reconocer que nuestros méritos no son tan grandes como habíamos supuesto, puede ser doloroso por un momento, pero es un dolor que pasa, y más tarde es posible ser feliz de nuevo.

Nuestra tercera máxima era no esperar demasiado de los demás. Solía ser corriente entre mujeres inválidas el confiar en que, por lo menos, una de sus hermanas se sacrificase por completo en cumplir con deberes de nodriza aun después de haberse casado. Ello significa esperar de los demás un grado de altruismo que es contrario a la razón, puesto que lo que pierde el altruista es más de lo que gana el egoísta. En todas nuestras relaciones con otras gentes, especialmente con las que son más íntimas y más queridas, es importante y no siempre fácil de recordar, que ellas miran la vida desde su propio ángulo óptico y en cuanto se relaciona con su propio *ego*, no desde nuestro ángulo y en lo que se refiere a nuestro propio yo. No hay que esperar que ninguna persona se desvíe de las normas de su vida en beneficio de otro individuo. Puede existir en ocasiones un cariño tan profundo, que los mayores sacrificios parezcan naturales; pero si no son naturales, no debieran hacerse, y a nadie se debe censurar porque no los haga. Muchas veces la conducta que censura la gente en los demás, no es otra cosa que la saludable reacción del egoísmo natural frente a la rapacidad codiciosa de una persona cuyo *ego* se extiende más allá de sus propios límites.

La cuarta máxima mencionada consiste en convencernos de que los demás emplean menos tiempo en pensar en nuestra persona que nosotros mismos. La víctima insana de la manía persecutoria se imagina que toda clase de gente, que tiene naturalmente sus intereses y sus distracciones, se ocupa mañana, tarde y noche en hacer daño al pobre lunático. De manera análoga, la víctima relativamente sana de la manía persecutoria ve en toda clase de acciones una referencia a sí misma que no existe de hecho. Tal idea es, desde luego halagadora para su vanidad. Si fuese un hombre de positiva importancia, podía ser cierta. Los actos del Gobierno inglés durante muchos años se encaminaron principalmente a aniquilar a Napoleón. Pero cuando una persona corriente se imagina que los demás están pensando constantemente en ella,

está camino de la locura. Supongamos que pronunciamos un discurso en un banquete y que aparecen en los periódicos fotografías de otros oradores, pero no la nuestra. ¿Cómo se explica esto? Desde luego, no es porque los otros oradores tuvieran más importancia, sino porque los editores dieron orden de que no apareciésemos nosotros. ¿Y por qué habían de dar tales órdenes? Pues porque nos temen, porque significamos mucho. De este modo la omisión de nuestra fotografía transforma un suceso insignificante en un sutil elogio. Pero esta decepción no puede conducir a ninguna felicidad sólida. En el fondo, sabemos que los hechos son distintos, y para ocultarlos de nosotros mismos tenemos que inventar nuevas hipótesis fantásticas. El esfuerzo para querer crearlas llegará al fin a ser demasiado grande. Y como, además, llevan implícita la creencia de que somos objeto de una amplia hostilidad, salvaguardarán nuestra propia estimación, infiltrándonos la dolorosa sensación de que somos extraños para el mundo. Ninguna satisfacción basada en la propia decepción es sólida, y por muy desagradable que sea la verdad, es mejor afrontarla de una vez para siempre, acostumbrarnos a ella y decidirnos a orientar nuestra vida de acuerdo con ella.

CAPÍTULO IX

EL MIEDO A LA OPINIÓN PÚBLICA

Muy pocos pueden ser felices sin que aprueben su manera de vivir y su concepto del mundo las personas con quienes tienen relación social y muy especialmente las personas con quienes viven. Es una característica de las sociedades modernas el hallarse divididas en sectores que difieren profundamente en su moral y en sus creencias. Este estado de cosas comenzó con la Reforma, o, mejor dicho, con el Renacimiento, y desde entonces ha seguido en aumento. Había protestantes y católicos que no estaban de acuerdo en teología ni en muchas cuestiones prácticas. Había aristócratas cuya actuación era distinta a la de la burguesía. Después aparecieron los transigentes y los librepensadores, que no se reconocían obligados a

las prácticas religiosas. En nuestros días, a través del continente europeo, hay una profunda división entre socialistas y los que no lo son, que invade no sólo la política, sino casi todos los aspectos de la vida. En los países de habla inglesa las divisiones son muy numerosas. En algunos sectores se admira el arte, mientras en otros se cree que es algo demoniaco, sobre todo si es moderno. En unos círculos se considera la devoción al Imperio como suprema virtud, en otros como un vicio y en algunos como una manifestación de estupidez. Hay gentes convencionales que consideran el adulterio como uno de los peores crímenes, pero hay grandes núcleos a quienes les parece excusable y hasta digno de elogio. Entre los católicos está totalmente prohibido el divorcio, mientras los no católicos lo aceptan como un alivio necesario.

Merced a todas estas diferencias de apreciación, una persona de determinados gustos y condiciones puede considerarse prácticamente como un descastado dentro de un cierto ambiente, y en otros ser admitido como un ser humano perfectamente natural. Muchas desgracias proceden de esto, especialmente entre los jóvenes. Un hombre o una mujer joven pueden tener ideas que están en el ambiente, pero que constituyen un anatema en el medio especial en que viven. Es fácil que al joven le parezca que el único medio en que se desenvuelve su vida sea representativo de todo el mundo. Apenas pueden creer que en un sitio distinto o entre gentes diferentes, las ideas que no se atreven a expresar por miedo a que parezcan abominables, se aceptarían como tópicos de nuestra época. Y así, por ignorancia del mundo se sufren molestias innecesarias, a veces en la juventud y a veces durante toda la vida. El aislamiento no es sólo una fuente de dolor, sino que motiva una gran pérdida de energía en la tarea innecesaria de mantener la independencia mental frente a contornos hostiles, y en el noventa y nueve por ciento de los casos produce una cierta timidez al llevar las ideas a sus conclusiones lógicas. Las hermanas Brontë no encontraron con quien congeniar hasta después de la publicación de sus libros. Ello no afectó a Emilia, que tenía un ademán altivo y un temperamento heroico, pero sí influyó en Charlotte, cuya actitud, a pesar de su talento, fue en gran parte la de una institutriz. Blake, como Emilia Brontë, vivió en un extremo aisla-

miento mental, pero pudo, como ella, anular sus efectos deplorables, pues nunca dudó de que tenía razón frente a sus críticos. Su actitud frente a la opinión pública está expresada así:

«La única persona que he conocido sin que me produjera náuseas fue Fuseli, y era mitad turco y mitad judío. Así, pues, queridos amigos cristianos, ¿cómo os va?»

La Conquista... —Edimex Abril 15 Gallegos Galera 31.

Pero no son muchos los dotados de tanta fuerza interior. Casi todo el mundo necesita para su felicidad un ambiente de simpatía. Para la mayor parte, desde luego, cualquier ambiente en que se encuentren les es simpático. Se saturan en su juventud de prejuicios corrientes y se adaptan por instinto a las ideas y a las costumbres que encuentran a su alrededor. Pero para una gran minoría, en la que figuran todos los que tienen algún mérito intelectual o artístico, esta actitud de aquiescencia es imposible. El que nace, por ejemplo, en una pequeña ciudad de provincia se ve rodeado desde su primera juventud de una hostilidad hacia todo lo que es necesario para la excelencia mental. Si quiere leer libros serios, los otros muchachos le desprecian y los profesores le advierten que esas lecturas son perturbadoras. Si le interesa el arte, sus compañeros le tachan de afeminado y las personas mayores de inmoral. Si se inclina por alguna carrera que, aunque sea respetable, no es usual en el círculo a que pertenece, se le dice que se quiere dar importancia y que lo que estaba bien para su padre debía también estarlo para él. Si manifiesta alguna tendencia a criticar el credo religioso o la filiación política del padre, es muy probable que ello le ocasione grandes molestias. Por todas estas razones, la adolescencia es una edad muy desgraciada para al mayor parte de jóvenes de ambos sexos. Para sus compañeros más vulgares puede ser una época alegre y divertida, pero no para ellos, que quieren algo más serio, que no pueden encontrar ni entre las personas mayores ni entre los compañeros del medio social en que han nacido.

Cuando estos jóvenes pasan a la Universidad, es probable que encuentren personas afines y que vivan unos años muy felices. Si tienen suerte, al dejar la Universidad, pueden obtener un puesto que les dé mayores posibilidades de elegir compañeros afines; un hombre in-

teligente que viva en una ciudad tan grande como Londres o Nueva York, generalmente encuentra un núcleo de personas con las cuales no necesita ser hipócrita ni cohibido. Pero si su profesión le obliga a vivir en alguna población pequeña y si además necesita del respeto de las gentes, como en el caso de un médico o de un abogado, puede verse obligado durante toda su vida a ocultar sus gustos y sus convicciones con la mayor parte de personas con quienes convive diariamente. Este caso se repite principalmente en América a causa de la gran extensión del país. En los sitios más remotos del Norte, Sur, Este y Oeste, se encuentran personas solitarias que saben por los libros que hay lugares donde no se encontrarían solos, pero que no tienen la oportunidad de cambiar de residencia, y, por lo tanto, pocas posibilidades de entablar una conversación de su gusto. En esas circunstancias es muy difícil una felicidad verdadera para quienes no tengan el temple magnífico de Blake o de Emilia Brontë. Para hacerla posible, hay que encontrar algún procedimiento, a fin de que la tiranía de la opinión pública desaparezca o se mitigue y los miembros de una minoría inteligente puedan conocerse unos a otros y gozar de su compañía.

En muchos casos, una timidez innecesaria aumenta las dificultades. La opinión pública es siempre más tiránica contra los que la temen manifiestamente, que contra quienes se encuentran indiferentes para con ella. Un perro ladra más ruidosamente y muerde más pronto a los que le tienen miedo que a los que le tratan con desprecio, y al rebaño humano le ocurre algo parecido. Si le demostramos miedo, ve la posibilidad de una buena caza, mientras que si somos indiferentes, dudan de su poder y tienden a dejarnos solos. Prescindo, naturalmente, de las formas extremas de provocación. Si sostenemos en Kensington ideas que son convencionales en Rusia, o en Rusia ideas que son convencionales en Kensington, tenemos que afrontar las consecuencias. No pienso en estos extremismos, sino en ataques más benignos a lo convencional, tales como no vestir correctamente, pertenecer a alguna iglesia o abstenerse de leer buenos libros. Estos lapsos, si se cometen alegre y confiadamente, no de una manera provocadora, sino con espontaneidad, los tolerará la más convencional de las sociedades. Gradual-

mente puede adquirir la reputación de hombre original, a quien se toleran cosas que a ningún otro se permitirían. Es cuestión, en gran parte, de carácter y de simpatía. La gente convencional se indigna contra quienes rompen todo convencionalismo, porque ven en ellos una crítica de su propia personalidad. Y perdonarían muchas despreocupaciones al que tuviera la jovialidad y simpatía suficientes para convencer hasta al más estúpido de que no pretende criticarles.

Este método de librarse de la censura es, sin embargo, imposible para muchos de aquellos cuyos gustos y opiniones les enajenan las simpatías del rebaño. Su falta de simpatía les hace sentirse a disgusto y adoptar una actitud de lucha, aunque exteriormente se resignan a evitar todo conflicto. Los que están en desacuerdo con las convenciones del medio en que actúan, tienden a hacerse raros, a enojarse y a perder el buen humor expansivo. Esas mismas personas, transportadas a otro ambiente en que sus ideas no sean extrañas, parece que cambian por completo de carácter. De serios, tímidos y recelosos, se convierten en alegres y seguros de sí mismos, cambian su irritación por la suavidad y la dulzura, y en vez de ser reconcentrados, son sociables y expansivos.

En cuanto sea posible debe, pues, procurarse que los jóvenes que se encuentran en desacuerdo con el ambiente elijan una profesión o una carrera que les dé la posibilidad de camaradería, aun a costa de que se mermaran sus ingresos. Muchas veces ellos no se dan cuenta de que esto es posible, pues su conocimiento del mundo es muy limitado, y pueden creer con facilidad que los prejuicios a que están acostumbrados son universales. En esto las personas mayores debieran ayudar mucho a los jóvenes, puesto que es esencial una experiencia considerable del mundo.

Es corriente en esta época de psicoanálisis creer que cuando un joven está en desacuerdo con su ambiente, la causa es un desorden psicológico. Yo creo que esto es una completa equivocación. Supongamos, por ejemplo, que un joven tiene unos padres que creen que la doctrina de la evolución es abominable. Con excepción de la inteligencia, nada puede motivar el desacuerdo en este caso. El desacuerdo con el ambiente es, desde luego, una desdicha, pero no lo es siempre tan grande como para ser

evitada a toda costa. Cuando el ambiente es estúpido, o cruel, o lleno de prejuicios, es meritorio el desacuerdo. Y estas características se dan, en cierto grado, casi en todas partes. Galileo y Képler tuvieron lo que se llama en el Japón pensamientos peligrosos, y lo propio les ocurre a los hombres más inteligentes de nuestro tiempo. No es deseable que el sentido social esté tan fuertemente desarrollado como para hacer que estos hombres teman la hostilidad social que pueden provocar sus opiniones. Lo deseable es encontrar el medio de que esa hostilidad sea, en lo posible, benigna e ineficaz.

En el mundo moderno, la parte más importante de este problema surge en la juventud. Si un hombre elige la carrera que le conviene, y tiene la suerte de actuar en un medio propicio, podrá evitar, en la mayor parte de los casos, la persecución social; pero mientras sea joven y sus méritos no se hayan contrastado, se expone a estar a merced de gentes ignorantes, que se consideran capaces de juzgar en asuntos de los que no saben absolutamente nada, y que se consideran ofendidos ante la posibilidad de que un joven sepa más que ellos, con toda su experiencia del mundo. Muchos que han conseguido librarse de la tiranía de la ignorancia, han tenido que luchar tanto y durante tanto tiempo de represión, que acaban por amargarse y debilitar sus energías. Existe la idea cómoda de que el genio logra siempre abrirse camino, y apoyándose en ella, mucha gente cree que no es muy perjudicial la persecución del talento juvenil. Pero no hay razón alguna para aceptar esta creencia. Es como la teoría de que el asesinato acaba por descubrirse. No cabe duda de que todos los asesinos que conocemos han sido descubiertos; pero ¿quién puede adivinar los que han quedado impunes? Del mismo modo, todos los hombres geniales que conocemos triunfaron, a pesar de las dificultades que encontraron; pero no hay razón para no suponer que haya habido muchos otros malogrados en su juventud. Además, no hay que tener en cuenta el genio, sino también el talento, que es tan necesario para la sociedad. Y no se trata sólo de que surja de cualquier manera, sino de que surja sin que se le hostilice ni se debilite su energía. Por todas estas razones, el camino de la juventud debe estar bien expedito.

Aunque es deseable que el viejo trate con respeto las aspiraciones de la juventud, no es de desear que el joven respete de igual modo las aspiraciones de los viejos. La razón es sencilla, porque en ambos casos lo que importa es la energía de los jóvenes, no la energía de los viejos. Cuando el joven pretende regular las vidas de los viejos como, por ejemplo, en el caso de oponerse al nuevo casamiento de un padre viudo, está tan equivocado como los viejos que pretenden regular las vidas de los jóvenes. Jóvenes y viejos juntamente, tienen derecho, a partir de la edad de la discreción, a elegir y hasta a equivocarse. No debe aconsejarse a los jóvenes que cedan ante las presiones de los viejos en ningún asunto vital. Supongamos, por ejemplo, que un joven quiere dedicarse al teatro, y que sus padres se oponen a su deseo bajo el pretexto de que es una profesión inmoral o socialmente inferior. Pueden hacer toda clase de presiones para conseguirlo; pueden decirle que lo abandonarán si no les obedece; pueden decirle que ha de arrepentirse con toda seguridad dentro de unos años; pueden mencionar una larga lista de jóvenes atolondrados, que hicieron lo que él pretende, y que acabaron mal. Pueden, desde luego, tener razón al pensar que el teatro no es buena carrera para él; puede ser que no tenga condiciones para la escena o que su voz sea desagradable. En este caso, sin embargo, ya se encargará de desengañarle muy pronto la gente de teatro, y le quedará tiempo para dedicarse a otra profesión. Los argumentos de los padres no debían ser una razón suficiente para abandonar su empeño. Si, a pesar de todo lo que le digan, lleva a cabo su intención, los padres no tienen más remedio que ceder, mucho antes de lo que él o ellos mismos se imaginan. En cambio, si los profesionales le desengañan, la cuestión es muy distinta, pues la opinión profesional deben respetarla siempre los principiantes.

Yo creo que, de un modo general, prescindiendo de la opinión de los técnicos, se concede demasiada importancia a la opinión ajena, lo mismo en asuntos de mucha que de poca monta. Debemos respetar la opinión pública, en tanto o en cuanto la necesitamos, para no ir a la cárcel o morirnos de hambre; pero ir más allá, supone una sumisión voluntaria a una tiranía innecesaria, y puede perturbar nuestra felicidad en muchos aspectos. Fijé-

monos, por ejemplo, en los gastos. Muchas personas gastan su dinero de manera completamente distinta a sus propias inclinaciones, solamente por creer que el respeto de sus conocidos depende de la posesión de un buen automóvil o de lo bien que da de comer a sus invitados. No cabe duda que una persona que puede indiscutiblemente tener un coche y prefiere viajar o tener una buena biblioteca, acaba por ser más respetado que quien hace lo mismo que todo el mundo. En esto no se burla deliberadamente de la opinión pública; sigue influido por ella aunque de un modo distinto. Pero el ser completamente indiferente hacia ella es al mismo tiempo una prueba de vigor y una fuente de felicidad. Y una sociedad compuesta de hombres y mujeres que no se preocupan demasiado de convencionalismos, es mucho más interesante que la sociedad en que todos se comportan de igual modo. Al desarrollar individualmente el carácter de cada persona, se conservan las diferencias típicas, y merece la pena conocer a nuevas gentes, porque no son meras repeticiones de las ya conocidas. Ésta ha sido una de las ventajas de la aristocracia, pues a los que eran nobles de nacimiento se les toleraba una conducta excéntrica. En el mundo moderno estamos perdiendo esta fuente de libertad social y, por lo tanto, se hace deseable una comprensión más deliberada de los peligros de la uniformidad. No quiero decir que la gente debiera ser deliberadamente excéntrica, porque ello es tan poco interesante como el convencionalismo. Quiero decir tan sólo que la gente debiera ser natural y seguir sus inclinaciones espontáneas, siempre que no fueran claramente antisociales.

En el mundo moderno, gracias a la rapidez de las comunicaciones, la gente depende menos que antes de sus vecinos más próximos. Los que poseen un automóvil pueden considerar como vecino a todo el que viva en un radio de veinte millas. La costumbre de conocer a los vecinos inmediatos ha desaparecido en las grandes poblaciones, pero todavía persiste en pequeñas ciudades y en el campo. Ha llegado a ser una costumbre sin sentido, pues ya no es necesario depender de los vecinos para tener compañía. Cada vez es más posible elegir nuestros amigos, teniendo en cuenta las afinidades y no la cercanía. La felicidad se consigue en la compañía de personas con gustos y opiniones semejantes. Es de supo-

ner que el intercambio social se ha de desarrollar cada vez más con estas características, y hay que esperar que la soledad que hoy aflige a tanta gente no convencional, disminuya hasta desaparecer casi por completo. Esto aumentará indudablemente su felicidad; pero disminuirá, desde luego, el placer sádico del hombre convencional, que dispone hoy a su antojo del no convencional. No creo, sin embargo, que tengamos mucho interés en perpetuar este placer.

El miedo a la opinión pública, como toda otra manifestación de miedo, es opresiva, e impide todo desarrollo. Es difícil hacer nada de importancia mientras persista este miedo, y es imposible adquirir la libertad espiritual, en que la verdadera felicidad consiste, porque es esencial para la felicidad que nuestra manera de vivir surja de nuestros impulsos más profundos y no de los gustos y deseos accidentales de los que son, por casualidad, nuestros vecinos o nuestros amigos. El miedo a los vecinos inmediatos ha disminuido indiscutiblemente; pero ha surgido otra especie de miedo, y es el miedo a lo que puedan decir los periódicos. Éste es casi tan terrorífico como todo lo relacionado con la persecución de las brujas medievales. Cuando un periódico elige a una persona tal vez inofensiva para hacer de ella una víctima propiciatoria, los resultados pueden ser terribles. Afortunadamente, éste es un destino del que se libra la mayor parte de la gente, gracias a su insignificancia; pero como la publicidad es cada vez más perfecta en sus métodos, habrá un peligro creciente en esta nueva forma de persecución social. Éste es un asunto demasiado grave para ser afrontado con desdén por el individuo que es su víctima: y comoquiera que se piense del gran principio de la libertad de prensa, yo creo que habrá que aumentar las penalidades contra la difamación y habrá que hacer algo para impedir que se haga la vida imposible para individuos inocentes, aun en el caso de que hayan hecho o dicho cosas que, publicadas maliciosamente, los hagan impopulares. El remedio definitivo para este mal es, sin embargo, el aumento de la tolerancia en el público. El mejor camino para aumentar la tolerancia es multiplicar el número de individuos realmente felices, y no fundar, por lo tanto, el placer mayor en hacer daño a nuestros semejantes.

S E G U N D A P A R T E

LAS CAUSAS DE LA FELICIDAD

CAPÍTULO X

TODAVÍA ES POSIBLE LA FELICIDAD

Hasta aquí hemos hablado del hombre desgraciado. Ahora vamos a dedicarnos a la tarea más agradable de estudiar al hombre feliz.

A juzgar por la conversación y por los libros de algunos amigos míos, la felicidad en el mundo moderno es casi imposible. Pero a juzgar por la introspección, por los viajes fuera de Inglaterra y por las conversaciones con mi jardinero, la cuestión cambia de aspecto. Ya he hablado del infortunio de mis amigos literarios en el capítulo anterior; en éste pasaré revista a las gentes felices que he encontrado en el curso de mi vida.

La felicidad es de dos clases, aunque existen desde luego grados intermedios. A estas dos clases de felicidad yo las llamaría natural e imaginativa, o animal y espiritual, o de corazón y de cabeza. La denominación a elegir depende, naturalmente, de la tesis que se quiera demostrar. Por el momento, no me interesa demostrar nada, sino simplemente describir. Tal vez la manera más sencilla de definir la diferencia entre estas dos clases de felicidad sea decir que la una es asequible a todo el género humano, y la otra solamente a quienes saben leer y escribir. Cuando yo era muchacho, conocí a un hombre totalmente feliz, cuyo oficio era el de pocero. Era extraordinariamente alto y musculoso; no sabía leer ni escribir, y cuando el año 1885 votó en unas elecciones a diputados, se enteró por primera vez de que existía el Parlamento. Su felicidad no era debida a motivos intelectuales, no se basaba en la creencia en la ley natural

ni en la perfectibilidad de las especies, ni en la socialización de la producción, ni en el triunfo final de los adventistas del séptimo día, ni en ninguna de las creencias que los intelectuales consideran necesarias para su vida. Se basaba en el vigor físico, en la suficiencia del trabajo y en vencer obstáculos no insuperables en forma de roca. La felicidad de mi jardinero es del mismo tipo; está empeñado en una guerra sin cuartel contra los conejos, de los cuales habla como se habla en Scotland Yard (1) de los bolcheviques; los considera siniestros, insidiosos y feroces, y es de opinión que sólo quien sea tan astuto como ellos puede llegar a descubrirlos. Como los héroes del Valhalla, que empleaban todo el día en cazar un jabalí salvaje, al que mataban todas las tardes, y revivía milagrosamente todas las mañanas, mi jardinero puede matar a su enemigo todos los días, sin temor alguno de que desaparezca al día siguiente. A pesar de tener más de setenta años, trabaja todo el día y va y viene en bicicleta desde su casa, que está a 16 millas; pero la fuente de su alegría es inagotable, y son «sus conejos» los que la alimentan.

Se dirá que estos placeres sencillos no son accesibles a gentes superiores como nosotros. ¿Qué placer puede experimentarse en declarar la guerra a seres tan insignificantes como los conejos? La objeción, a mi entender, no puede ser más trivial. Un conejo es mucho mayor que el bacilo de la fiebre y, sin embargo, personas de alto rango encuentran una satisfacción en combatirlos. Placeres exactamente iguales a los de mi jardinero, por lo menos en su aspecto emocional, son asequibles a las gentes más cultivadas. La diferencia establecida por la educación se refiere exclusivamente a las actividades que hay que desplegar para obtener estos placeres. La satisfacción de realizar algo presenta tales dificultades, que el éxito parece a primera vista dudoso, hasta que por fin se consigue. Al que se tiene en poco, le asombra constantemente su éxito, mientras que al que se estima en mucho le sorprende constantemente su fracaso. La sorpresa del primero es agradable, mientras la del segundo

---

(1) Nombre de una callejuela de Londres, donde se instalaron las primeras oficinas de la Jefatura de Policía. Por extensión, la policía de Londres.

es desagradable. Lo prudente, pues, es no ser demasiado orgulloso ni demasiado modesto en nuestros proyectos.

Entre los sectores más cultivados de la sociedad, los más felices son hoy los hombres de ciencia. Muchos de los más eminentes son emocionalmente sencillos, y obtienen de su trabajo una satisfacción tan profunda como la de comer y aun la de casarse. Los artistas y literatos consideran obligado el ser desgraciados en su matrimonio; pero los hombres de ciencia es muy probable que sean capaces de gozar de esta felicidad doméstica ya pasada de moda. La razón de ello estriba en que lo mejor de su inteligencia está completamente abstraído en su trabajo, y no les permite trasladarse a regiones en donde no tienen función alguna que realizar. Son felices en su trabajo porque la ciencia moderna es progresiva y potente y porque nadie duda de su importancia, ni ellos mismos ni los profanos. No tienen, pues, necesidad de emociones complejas, por no encontrar obstáculos de ninguna clase para sus emociones sencillas. La complejidad de las emociones es como la espuma de un río. La producen los obstáculos que interrumpen la suave corriente fluida. Pero mientras su energía vital no se interrumpe, ninguna onda enarca su superficie, y su fuerza para sin ser notada por quien no la observe atentamente.

Todas las condiciones necesarias para la felicidad se realizan en el hombre de ciencia. Es de una actividad que potencia sus posibilidades hasta el máximo, y consigue resultados cuya importancia no sólo la reconoce él mismo, sino la masa de público, aunque no esté capacitada para comprenderlo. En esto es más afortunado que el artista. Cuando el público no puede comprender un cuadro o un poema, se convence de que son detestables uno y otro. Cuando no puede comprender la teoría de la relatividad, se convence —justamente— de que su educación ha sido imperfecta. Como consecuencia, se glorifica a Einstein al mismo tiempo que los mejores plásticos se mueren de hambre en las buhardillas, y el físico es feliz mientras son desgraciados los pintores. Pocos hombres pueden ser genuinamente felices, teniendo que llevar una vida que requiere una constante afirmación de sí mismo frente al escepticismo de la masa, a menos de que se encierren en su círculo y olviden la frialdad del mundo exterior a ellos. El hombre de ciencia no necesita de ter-

tulias, pues todo el mundo lo admira, con excepción de sus colegas. El artista, por el contrario, se encuentra en la desagradable situación de ser despreciado o despreciable. Si su talento es de primer orden, le pueden ocurrir dos cosas igualmente desagradables: la primera, si utiliza su talento; la segunda, si lo anula. No ha ocurrido siempre lo mismo ni en todas partes. Ha habido épocas en que los grandes artistas, aun siendo muy jóvenes, eran admirados. Julio II, aunque a veces tratase mal a Miguel Ángel, nunca dudó de su talento como pintor. El millonario moderno, aunque inunde de dinero a artistas maduros que han perdido ya sus facultades, nunca supone que su trabajo es tan importante como el suyo. Tal vez estas circunstancias contribuyen a que, por regla general, los artistas sean menos felices que los hombres de ciencia. Yo creo que las personas más inteligentes de Occidente tienden a ser desgraciadas por no encontrar adecuado empleo a sus mejores facultades. No es éste el caso de los países orientales. Los jóvenes inteligentes de hoy son probablemente más felices en Rusia que en ninguna otra parte de la Tierra. Tienen entre sí un nuevo mundo que crear y una fe ardiente para su realización. A los viejos los han asesinado, o se mueren de hambre, o están en el destierro, o los han desinfectado previamente para que no puedan, como en los países de Occidente, obligar a la juventud a que elija entre hacer daño o no hacer nada. Para los occidentales decadentes, la fe de Rusia puede ser ingenua; pero ¿qué hay que decir contra ella? Rusia está creando un nuevo mundo, el nuevo mundo con que sueña, el mundo que hará casi seguramente al ruso medio más feliz que antes de la revolución. No será tal vez su mundo el mundo que haga felices a los refinados intelectuales de Occidente; pero el intelectual refinado de Occidente no tiene que vivir en él. Así, pues, por toda clase de razones prácticas, la fe de la joven Rusia está justificada y el acusarla de tosquedad sólo puede justificarse desde un punto de vista teórico.

En la China, en la India y en el Japón circunstancias políticas externas perturban la felicidad de la inteligencia joven; pero no existe, como en Occidente, ningún obstáculo de carácter interno. Están en función actividades que a los jóvenes les parecen de importancia, y mientras estas actividades tengan éxito, los jóvenes son

felices. Ellos creen que tienen que desempeñar un papel importante en la vida nacional, y tienen proyectos que, aunque difíciles, no les parece imposible realizar. El cinismo, que es frecuente encontrar en la juventud más educada de Occidente, es una consecuencia de la mezcla de *confort* y de pobreza. La pobreza lleva al pueblo a creer que nada vale la pena, y el *confort* hace soportable la tristeza de ese razonamiento.

En Oriente los estudiantes pueden confiar en influir en la opinión pública más que nosotros en el moderno Occidente; pero tienen muchas menos posibilidades que nosotros de tener grandes ingresos. Al no ser pobre ni rico, se hace reformador o revolucionario, pero no cínico. La felicidad del reformador o del revolucionario depende del curso de los acontecimientos públicos; pero, aun en el caso de ser ejecutado, goza de mayor felicidad de la que es posible a un rico cínico. Me acuerdo de un joven chino que vino a mi escuela para fundar otra parecida en una región reaccionaria de la China. Él suponía que como premio le cortarían la cabeza; pero gozaba de una felicidad tranquila, que yo no puedo menos de envidiar.

No quiero decir que esta felicidad de alto vuelo sea la única posible. Sólo es accesible a una minoría, pues requiere una capacidad y una amplitud de miras que no abundan. No son los hombres de ciencia los únicos que pueden gozar con su trabajo, ni sólo los jefes políticos los que pueden saborear el placer de ser paladines de una causa. El placer del trabajo es accesible a todo el que quiera desarrollar una aptitud especial, siempre que no necesite en su trabajo el aplauso de las gentes. Conocí a un hombre que había perdido las dos piernas siendo muy joven, y que siguió viviendo con una felicidad serena una larga vida, gracias a una obra que escribió en cinco volúmenes sobre las enfermedades de las rosas.

No he tenido el gusto de conocer a muchos conquiliólogos; pero todos aseguran que el estudio de las conchas es muy interesante para los que se dedican a él. Conocí una vez a un hombre que era el mejor cajista del mundo, y que estaba constantemente solicitado por los que se dedican a inventar tipos artísticos; su satisfacción no procedía tanto del respeto sincero de personas verdaderamente competentes cuanto del placer real que le producía el ejercicio de su habilidad, semejante al que el baile pro-

duce a los buenos bailarines. He conocido también cajistas expertos en la composición de tipos matemáticos, o de escritos nestorianos, cuneiformes y de otras especialidades verdaderamente difíciles. No sé si en su vida privada eran felices; pero en sus horas de trabajo, su instinto constructivo estaba completamente satisfecho.

Se oye decir con frecuencia en esta época de maquinismo, que hoy tiene mucha menor aplicación que en otro tiempo la destreza del artesano. No estoy seguro de que ello sea cierto; el obrero actual experto trabaja en cosas completamente distintas de las que ocupaban la atención de los gremios medievales, pero todavía es muy importante e imprescindible en la economía maquinista. Existen hoy los constructores de instrumentos científicos y máquinas delicadas, los dibujantes, los mecánicos de aviación, los chóferes y muchos otros que pueden desarrollar su actividad en numerosas direcciones. El agricultor o el aldeano, en regiones relativamente primitivas, no es, por lo que yo he podido observar, tan feliz como un chófer o un maquinista. Cierto que el trabajo del campesino que trabaja su propia tierra es variado; labra, siega, cosecha. Pero está a merced de los elementos, y no se le oculta su dependencia, mientras que el hombre que trabaja en un mecanismo moderno tiene conciencia de su poder y adquiere la convicción de que el hombre es dueño y señor, y no esclavo de las fuerzas naturales. Cierto que su trabajo es muy poco interesante para un gran número de obreros, cuya misión se reduce a vigilar la máquina y a repetir mecánicamente una y otra vez la misma operación, con la menor variedad posible; pero cuanto más falto de interés sea el trabajo, más fácil es que sea una máquina la que lo realice. La finalidad definitiva de la producción maquinista —de la que todavía estamos muy lejos— es un sistema en el cual todo lo que carece de interés será realizado por la máquina, reservándose los seres humanos el trabajo que supone variedad e iniciativa. En un mundo así, el trabajo será menos monótono y depresivo que lo ha sido nunca desde la aparición de la agricultura. Al dedicarse a la agricultura, la humanidad decidió someterse a la monotonía y al aburrimiento, para disminuir las posibilidades de perecer de hambre. Cuando los hombres vivían de la caza, su trabajo era placentero, como puede comprobarse hoy por el hecho de que los ri-

cos todavía se dedican a estas ocupaciones ancestrales para divertirse. Pero con la introducción de la agricultura, la humanidad entró en un largo período de insignificancia, de miseria y de demencia, del cual comienza ahora a librarse, gracias a la aportación benéfica de la máquina. Por mucho que hablen los sentimentales del contacto con la naturaleza y del sentido común de los aldeanos filosóficos de Hardy, el único deseo de los campesinos jóvenes es encontrar trabajo en las ciudades para poder huir de la esclavitud del aire y del tiempo y de las oscuras noches invernales, en el ambiente humano y seguro de la fábrica y del cine. La camaradería y la cooperación son elementos esenciales en la felicidad de la mayor parte de los hombres, y ello puede encontrarse en la industria mucho más acabadamente que en la agricultura.

La fe en algo es un motivo de felicidad para gran número de gentes. No pienso tan sólo en los revolucionarios, socialistas y nacionalistas de las naciones oprimidas, sino en convicciones más insignificantes. Yo he conocido personas convencidas de que los ingleses eran las diez tribus perdidas, casi invariablemente felices, y para quienes creen que los ingleses eran solamente de las tribus de Efraín y Manasés, la dicha no reconoce límites. No quiero inducir al lector a que adopte este credo, pues yo no puedo abogar por ninguna felicidad basada en lo que me parecen creencias falsas. Por la misma razón, no puedo inducir al lector a creer que los hombres deben vivir sólo de nueces, aunque, según mis observaciones, esta creencia asegura invariablemente una perfecta felicidad. Pero es fácil encontrar algún incentivo que no sea fantástico, y los que consiguen interesarse en algo, tienen una ocupación para sus horas de ocio y un completo antídoto contra la idea de que la vida no tiene sentido.

No muy distinta de la adhesión a causas oscuras es la absorción en un tema. Uno de los más eminentes matemáticos de hoy divide su tiempo en partes iguales entre las matemáticas y la colección de sellos. Yo supongo que los sellos le consuelan cuando no puede progresar en las matemáticas. La dificultad de demostrar proposiciones en la teoría de los números no es la única preocupación que se puede disipar coleccionando sellos, ni son los sellos las únicas cosas que pueden coleccionarse. La imaginación tiene ancho campo en la porcelana anti-

gua, cajas de rapé, puntas de flechas y utensilios de sílice. Es verdad que la mayor parte de nosotros somos demasiado importantes para dedicarnos a placeres tan sencillos. Todos nos hemos dedicado a ellos en la niñez; pero los hemos juzgado, por cualquier motivo, indignos de un hombre hecho y derecho. Ésta es una equivocación completa; todo placer que no perjudique a un tercero tiene su valor. En cuanto a mí, colecciono ríos; me gusta haber recorrido el Volga y el Yangtsé, y siento mucho no haber visto el Amazonas y el Orinoco. Por sencillas que sean estas emociones, no me avergüenzo de ellas. Pensemos en la profunda alegría del aficionado al *base-ball*, que lee ávidamente los periódicos y se emociona al oir sus resultados en la radio. Me acuerdo del día en que hablé con uno de los más conocidos literatos norteamericanos, un hombre a quien suponía, por sus libros, melancólico. Pero ocurrió que en aquel momento comunicaba la radio los resultados más decisivos del *base-ball;* se olvidó de mí, de la literatura y de todas las tristezas de su vida, y vociferó, lleno de alegría, al saber que habían vencido los suyos. Desde aquel incidente yo pude leer sus libros sin sentirme deprimido por los infortunios de sus personajes.

Los caprichos y las manías, en muchos casos, no son un germen de felicidad fundamental, sino un medio de huir de la realidad, de olvidar por un momento algún contratiempo difícil de afrontar. La felicidad fundamental depende, sobre todo, de lo que pudiéramos llamar un interés amistoso por las personas y las cosas.

El interés amistoso por las personas es una variante del cariño, pero no del cariño que quiere poseer y busca siempre una correspondencia categórica. Este último es, con frecuencia, un motivo de desgracia. Lo que contribuye a la felicidad es observar a la gente y encontrar placer en sus rasgos individuales, procurar ayudar en sus intereses a las personas con quienes nos ponemos en contacto, sin el deseo de influir en ellas ni de asegurarnos su entusiasta admiración. La persona cuya actitud hacia los demás sea genuinamente de este tipo será una fuente de felicidad y un recipiente de recíproca simpatía. Sus relaciones con los demás, serias o ligeras, satisfarán sus conveniencias y sus afectos, no le amargará la ingratitud, porque apenas sufre de ella, y no se entera

cuando existe. La misma idiosincrasia que desesperaría a otro es para él motivo de alegre diversión. Conseguirá, sin esfuerzo, resultados inasequibles para otro después de larga porfía. Al ser feliz, será un compañero agradable, y esto, a su vez, aumentará su felicidad. Pero todo esto debe ser sincero, no debe proceder de la idea de sacrificio inspirado por el sentido del deber. El sentido del deber es útil para el trabajo, pero ofensivo en las relaciones personales. La gente desea que la quieran, no que la soporten con resignación paciente. El querer a muchas personas espontáneamente y sin esfuerzo es, tal vez, la mayor fuente de felicidad personal.

Hablé ya en el párrafo anterior de lo que llamo interés amistoso por las cosas. Esta frase quizá parezca forzada; tal vez se diga que es imposible sentir amistad hacia las cosas. Sin embargo, hay algo análogo a la amistad en el interés que un geólogo tiene por las rocas, o un arqueólogo por las ruinas, y este interés debiera ser un elemento en nuestra actitud hacia individuos y colectividades. Es posible tener un interés más bien hostil que amistoso por las cosas. Puede haber quien coleccione hechos relativos a las arañas porque las odia y quisiera que desaparecieran. Este interés no puede producirle la misma satisfacción que le producen al geólogo sus rocas. El interés hacia las cosas, aunque es quizá menos valioso como elemento de nuestra felicidad cotidiana que una actitud amistosa hacia nuestros conocidos, es, sin embargo, muy importante. El mundo es amplio y nuestros poderes limitados. Si toda nuestra felicidad ha de depender exclusivamente de las circunstancias personales, es probable que pidamos a la vida más de lo que puede darnos. Y pedir demasiado es el mejor camino para obtener lo menos posible. El que pueda olvidar sus preocupaciones interesándose sinceramente en algo, por ejemplo, en el Concilio de Trento o en la historia de la vida de las estrellas, notará que al volver de su excursión a ese mundo impersonal, ha adquirido un reposo y una calma que le capacitan para afrontar de buen humor toda molestia, y al mismo tiempo habrá gozado de una felicidad genuina, aunque sea temporal.

El secreto de la felicidad es éste: que tus intereses sean lo más amplios posible y que tus reacciones hacia

cosas y personas interesantes sean amistosas en vez de ser hostiles.

El examen preliminar de las posibilidades de felicidad lo haremos en capítulos sucesivos, y procuraremos sugerir algún procedimiento para librarse de las fuentes psicológicas de la desgracia.

CAPÍTULO XI

ENTUSIASMO (1)

En este capítulo me propongo tratar de lo que me parece el signo más universal y distintivo de los hombres felices: del entusiasmo.

Tal vez la mejor manera de comprender lo que queremos significar con esta palabra sea observar el distinto comportamiento de las gentes ante la comida. Para unos la comida no es más que una molestia; por excelentes que sean los alimentos, no les atraen. Éstos son los que están acostumbrados a comer cosas excelentes como lo más natural del mundo. Nunca han sabido lo que es comer con hambre verdadera, y han llegado a considerar las horas de la comida como actos convencionales dictados por las costumbres de la sociedad en que viven. Como tantas cosas, las comidas son fastidiosas, pero no hay que insistir en ello, porque no podemos vivir sin comer. Hay inválidos que comen por obligación, porque el doctor les ha dicho que es necesario tomar algún alimento para conservarse. Existen los gastrónomos, que comienzan con apetito, pero que encuentran que nada está tan bien condimentado como quisieran. Se dan los glotones, que caen sobre los manjares vorazmente, comen demasiado y se desarrollan pletóricos y estertorosos. Finalmente debemos mencionar los que comienzan con excelente apetito, les gusta lo que comen y lo hacen moderadamente. Los que contemplan la fiesta de la vida, adoptan actitudes similares ante las cosas aceptables que se les ofrecen. El

(1) La palabra inglesa *zest* no tiene equivalente en nuestra lengua. La traducimos a lo largo de este capítulo con diferentes palabras sinónimas.

hombre feliz corresponde a la última categoría. Lo que el apetito es con relación a la comida, es el entusiasmo con relación a la vida. El hombre a quien le fastidian los alimentos puede compararse con la víctima de la infelicidad byroniana. El inválido que come por obligación es el equivalente del escéptico, y el glotón, del voluptuoso. El gastrónomo corresponde al aburrido, que condena por antisépticos la mitad de los placeres de la vida. Por muy extraño que parezca, todos estos tipos, con excepción del glotón, miran con desdén a las personas de buen apetito y se consideran a sí mismos como seres superiores. Les parece vulgar saborear la comida porque se tiene hambre, o gozar de la vida porque ofrece una variedad de espectáculos interesantes o experiencias sorprendentes. Desde la altura de su desilusión miran hacia abajo despreciativamente a las almas sencillas. No comparto esta actitud. Todo desencanto me parece una enfermedad que determinadas circunstancias pueden hacer inevitable, pero que no por ello debe dejar de curarse lo más pronto posible, en vez de considerarla como una forma elevada de sabiduría. Supongamos que a uno le gustan las fresas y a otro no; ¿por qué ha de ser superior este último? No existe prueba abstracta e impersonal de que las fresas sean buenas ni de que sean malas. Para el que le gustan, son buenas; para el que no le gustan, no lo son. Pero aquel a quien le gustan, goza de un placer de que carece el otro, y en este aspecto su vida es más agradable y está mejor adaptada al mundo en que ambos viven. Lo que es cierto en este ejemplo trivial, lo es igualmente en asuntos de mayor importancia. A quien le gusta el fútbol, es, en este aspecto, superior al que no le interese ese espectáculo. El que goza con la lectura es todavía superior al que no lee, porque las oportunidades de leer son mucho más frecuentes que las de ver partidos de fútbol. Cuantas más cosas interesen a un hombre, mayores posibilidades de felicidad tiene y menos expuesto se halla a cualquier accidente, pues si una le falta, puede dedicarse inmediatamente a otra. La vida es demasiado breve para interesarnos en todo, pero está bien que nos interesemos por todo cuanto puede hacernos pasar el tiempo. Todos estamos expuestos a la enfermedad del introvertido, quien ante el múltiple espectáculo del mundo que se abre a su mirada vuelve la cabeza y

se fija solamente en su vacío interno. Pero no se nos ocurre pensar que hay algo grande en la desgracia del introvertido.

Una vez había dos máquinas de hacer salchichas, perfectamente construidas para transformar el cerdo en los más deliciosos embutidos. Una de ellas conservó su interés por el cerdo y produjo innumerables salchichas; la otra se dijo: «¿Qué me importa a mí el cerdo? Mi propio esfuerzo es más interesante que cerdo alguno.» Despreció al cerdo y se dedicó a analizar su estructura. Privada de su alimento natural, su interior cesó en sus funciones, y cuanto más se estudió, se encontró más estúpida y vacía. Toda la estructura perfecta con la cual se efectuaba anteriormente la deliciosa transformación, continuaba, y, sin embargo, llegó a olvidarse de lo que era capaz de hacer. Esta segunda máquina era como el hombre que ha perdido el entusiasmo, mientras la primera semejaba al que lo ha conservado. El cerebro es una extraña máquina que puede combinar los materiales que se le ofrecen de las más asombrosas maneras, pero sin materiales del mundo externo es impotente, y al revés de la máquina de salchichas, debe adaptar los materiales a sí misma, pues los acontecimientos se convierten en experiencias sólo cuando nos interesamos en ellos; si no nos interesan, no nos sirven de nada. Así, pues, el hombre cuya atención se vuelve hacia dentro no encuentra nada que le atraiga, mientras aquel cuya atención se proyecta hacia afuera puede encontrar dentro, en los raros momentos en que examine su alma, una cantidad de elementos variados e interesantes que se mezclan y resuelven en bellos e instructivos ejemplares.

Las variantes del interés son innumerables. Recordemos que Sherlock Holmes recogió un sombrero que se encontró en la calle. Después de examinarlo durante un momento, comprendió que su poseedor se había caído a consecuencia de una borrachera y que su mujer iba perdiéndole el cariño que le tuvo. La vida no puede ser aburrida para quien los objetos casuales ofrecen tal riqueza de interés. Pensemos en las distintas cosas que pueden llamar nuestra atención durante un paseo por el campo. A unos les pueden interesar los pájaros, a otros la vegetación, a éstos la agricultura, a aquéllos la geología, etc. Cada una de tales cosas se hace interesante en cuanto

nos interesa, y como a todo lo demás le ocurre lo propio, el que se interese por algo está mejor adaptado al mundo que aquel a quien no le preocupa nada.

¡Cuán extraordinariamente distintas son las actitudes de hombres diferentes para con su prójimo! Unos, a través de un largo viaje, no observarán en absoluto a sus compañeros, mientras que otros los analizarán de arriba abajo, perfilando sus caracteres, adivinando sagazmente su condición y tal vez descubriendo los secretos más ocultos de algunos de ellos. Hay unos que todo lo encuentran aburrido, otros que con la mayor facilidad y rapidez entablan amistad con las personas con quienes se ponen en contacto, a menos que exista alguna razón poderosa para lo contrario. Hablemos nuevamente de viajes; unos recorrerán muchos países, yendo siempre a los mejores hoteles, comiendo lo mismo que comerían en sus casas, encontrándose con los mismos ricos ociosos en todas partes, hablando de los mismos tópicos de que hablan en la mesa de su casa. A la vuelta, su única impresión es de descanso por haber acabado con el fastidio de una locomoción cara. Hay otros que adondequiera que vayan ven lo que es característico, se ponen en contacto con las gentes típicas, observan lo que es de interés histórico o social, comen los alimentos del país, aprenden sus maneras y su idioma y vuelven a su casa con un nuevo bagaje de recuerdos agradables para las noches invernales. En todas estas situaciones el que tiene gusto por la vida lleva ventaja a quien no la tiene. Hasta las mismas experiencias desagradables tienen para él su aplicación. Yo me alegro de haber percibido el olor de los chinos y de los pueblos sicilianos, aunque no aseguro que me agradara mucho entonces. A las personas arriesgadas les atraen los naufragios, los motines, los temblores de tierra, los incendios y toda clase de experiencias desagradables siempre que no afecten a su salud. Cuando presencian un temblor de tierra, se dicen, por ejemplo: «¡Toma, pues esto es un temblor de tierra!», y se alegran de añadir una cosa más a su conocimiento del mundo. No sería cierto decir que tales personas no están a merced de la fatalidad, porque al perder su salud perderían probablemente su humor, aunque esto no sea completamente seguro. Yo he conocido a quienes se estaban muriendo después de años de lentos sufrimientos y conservaban su humor casi

hasta el final. Algunas enfermedades acaban con el humor; otras, no. Yo no sé si la bioquímica será capaz de distinguir entre ellas. Tal vez cuando esté más perfeccionada podremos tomar comprimidos que nos aseguren interés por todo; pero hasta que ese día llegue, tenemos que confiar en la observación corriente de la vida para juzgar de los motivos que inducen a unos a interesarse por todo, y que mueven a otros a no interesarse por nada.

El interés puede ser general y particular. Puede llegar a ser verdaderamente muy particular. Los lectores de Borrow pueden recordar un personaje de *Lavengro*. Había perdido a su mujer, a la que había querido mucho, y durante cierto tiempo creyó que la vida carecía de sentido. Pero siendo comerciante en té, para soportar la vida, estudió por sí mismo las inscripciones chinas de las cajas de té que pasaban por sus manos. Esto acabó por dar un nuevo aliciente a su vida y comenzó a estudiar ávidamente todo lo relacionado con la China. Yo he conocido personas que estaban completamente aburridas por el esfuerzo de encontrar todo lo referente a la herejía gnóstica, y otras cuya principal ocupación consiste en coleccionar los manuscritos y las primeras ediciones de Hobbes. Es completamente imposible predecir lo que ha de interesar a un hombre, pero la mayor parte son susceptibles de interesarse vivamente en algo, y en cuanto este interés surge, desaparece el fastidio de la vida. Sin embargo, nada produce tanta satisfacción como un interés general por la vida misma, pues aunque otras ocupaciones tengan atractivos, no pueden llenar por completo la vida de un hombre, y existe el peligro de agotar el tema que absorbe nuestra atención.

Entre los asistentes al banquete de que hablábamos, figuraba el gastrónomo de quien no hicimos un elogio. El lector puede creer que el hombre celosamente interesado por la vida que ensalzamos no difiere esencialmente del gastrónomo. Y debemos hacer una distinción precisa entre estos dos tipos.

Sabido es que los antiguos consideraban la moderación como una de las virtudes esenciales. Bajo la influencia del Romanticismo y de la Revolución francesa, este ideal comenzó a debilitarse y se admiró el desenfreno y hasta las pasiones destructoras y antisociales de los héroes by-

ronianos. Los antiguos, sin embargo, estaban en lo cierto. En una vida saludable debe existir el equilibrio entre actividades diferentes, y ninguna de ellas debe acelerarse hasta el punto de impedir el desarrollo de las demás. El glotón lo sacrifica todo al placer de comer, y con ello disminuye la felicidad total de su vida. Muchas otras pasiones, aparte de la gula, pueden ser excesivas. La emperatriz Josefina era insaciable en cuanto a los trajes. Napoleón comenzó pagando las cuentas de la modista constante y progresivamente. Acabó por decirla que debía moderarse y que en lo sucesivo no pagaría sino las cuentas razonables. Cuando llegó la cuenta siguiente, Josefina dudó por el momento, pero pronto se le ocurrió una estratagema. Se dirigió al ministro de la Guerra y le pidió que pagase la cuenta con los fondos destinados al Ejército. Como el ministro supuso que de no hacerlo sería sustituido, accedió a su petición, y el resultado de ello fue que los franceses perdieron Génova. Aunque no estoy documentado para demostrar la veracidad de este incidente, tal es, por lo menos, lo que se cuenta en algunos libros. Y para nuestro propósito, lo mismo da que la anécdota sea falsa o verdadera, pues nos sirve para demostrar hasta dónde puede llegar la pasión por los trajes en una mujer que tiene la posibilidad de satisfacerla. El ejemplo de los dipsómanos y de los ninfómanos viene a demostrar lo mismo. Porque es evidente que todos nuestros gustos y deseos deben armonizarse en la estructura general de nuestra vida. Para producir la felicidad, deben ser compatibles con la salud, con el cariño de las personas que queremos y con el respeto de la sociedad en que vivimos. No todas las pasiones pueden tolerarse dentro de esos límites. El soltero a quien le guste el ajedrez no necesita contenerse; pero si tiene mujer e hijos y carece de fortuna propia, está obligado a jugar con moderación. Al dipsómano y al glotón, aunque no tengan obligaciones sociales, les perjudica su vicio, porque quebranta su salud y les proporciona horas de desgracia a cambio de minutos de placer. Hay cosas esenciales a la felicidad, como la salud, el dominio de nuestras facultades, los ingresos suficientes para cubrir nuestras necesidades y ciertos deberes sociales perentorios para con nuestras mujeres y nuestros hijos. Quien sacrifique todo esto al ajedrez es tan vituperable como

el dipsómano. No le condenamos con tanta severidad porque este tipo es mucho menos frecuente y porque se necesitan condiciones especiales para abstraerse en un juego intelectual. La fórmula griega de la moderación es aplicable a estos casos. El que puede hacer compatible con su trabajo el juego del ajedrez es afortunado; pero el que lo abandona todo por jugar a ese juego ha perdido la virtud de la moderación. Se cuenta de Tolstoi que en sus años juveniles le fue concedida una cruz militar por su comportamiento en los campos de batalla, y que cuando llegó el momento de presentarse a recogerla estaba tan absorto jugando al ajedrez, que decidió renunciar a ella. No le censuraremos por esto, pues probablemente a Tolstoi le tenían sin cuidado las condecoraciones militares, pero en una persona más insignificante tal acto hubiera sido una tontería.

Como limitación a la doctrina que hemos establecido, debiera admitirse que algunos actos, por su nobleza, pueden justificar todo sacrificio. A quien pierde su vida en defensa de su patria no se le echa en cara que deje sin bienes de fortuna a su mujer y a sus hijos. El que se dedica a experimentos científicos, para inventar o descubrir algo, no es criticado por la pobreza en que mantiene a su familia si sus esfuerzos son coronados por el éxito. Pero si no lleva a cabo la invención o descubrimiento que esperaba, la opinión pública le señala como chiflado, lo cual no es justo, pues en empresas de esa índole nadie puede estar seguro de antemano del éxito. En el primer milenio de la Era Cristiana se ensalzaba al hombre que abandonaba su familia para dedicarse a la santidad; hoy le exigiríamos que se preocupase de la manutención de los suyos.

Creo que existe una profunda diferencia psicológica entre el glotón y el hombre de buen apetito. El que se deja dominar por un deseo a expensas de los demás está casi siempre abrumado por alguna preocupación y procurando librarse de un espectro. En el caso del dipsómano no hay duda; la gente bebe para olvidar. Si no tuvieran espectros en su vida, no les parecería la embriaguez más agradable que la sobriedad. Como decía un chino: «Mí no bebe por beber; mí bebe por haber bebido.» Esto es típico de todas las pasiones excesivas y unilaterales. No se busca el placer en la cosa misma,

sino en el olvido. Hay, sin embargo, una gran diferencia en buscar el olvido de una manera estúpida o mediante el ejercicio de facultades deseables. El amigo de Borrow, que aprendió chino para soportar la pérdida de su mujer, buscaba el olvido, pero mediante una actividad que no era perjudicial, sino, por el contrario, beneficiosa para su inteligencia y su cultura. Contra estas formas de escape nada hay que objetar; pero es distinto el caso de quien busca el olvido en la bebida, o en el juego, o en otra excitación improductiva. Es cierto que hay casos dudosos. ¿Qué diríamos del que arriesga enormemente su vida en aeroplanos o en cumbres de montañas porque la vida se le ha hecho indeseable? Si su riesgo es beneficioso para la colectividad, le admiraremos; de lo contrario, lo clasificaremos muy poco por encima del jugador y del borracho.

La curiosidad sincera, no la que en el fondo busca el olvido, es inherente a la naturaleza humana, a menos que circunstancias adversas la hayan hecho desaparecer.

Los niños se interesan por todo lo que ven y oyen; están constantemente afanados por el ansia de conocimiento, no del conocimiento escolar, naturalmente, sino del conocimiento que consiste en familiarizarse con los objetos que atraen su atención. Los animales conservan su curiosidad en la edad adulta siempre que no estén enfermos. El gato, en una habitación desconocida, no se queda tranquilo hasta que no ha olido todos los rincones en busca de algún ratón imaginario. El hombre normal conserva su interés por el mundo exterior y gracias a ello la vida le atrae, a menos que se le coarte su libertad. El hombre pierde su afán en los países civilizados, en gran parte por las restricciones a su libertad, restricciones que son necesarias a su régimen de vida. El salvaje caza cuando tiene hambre, y al cazar obedece a un impulso natural. El que a una hora determinada va todas las mañanas a su trabajo, procede fundamentalmente por el mismo impulso, que es el de asegurar su vida; pero en este caso su impulso es indirecto y es una consecuencia de abstracciones, creencias y actos volitivos. En el momento en que el hombre sale para su trabajo no tiene hambre, puesto que ya ha desayunado. Comprende sencillamente que volverá a tener hambre y que el ir a su trabajo es el me-

dio de satisfacer su hambre futura. Los impulsos son irregulares y los hábitos en la sociedad civilizada tienen que ser regulares. Entre los salvajes hasta las empresas colectivas son impulsivas y espontáneas. Cuando la tribu va a la guerra, el ruido del tambor les enardece militarmente y la excitación gregaria comunica a cada individuo la necesaria actividad. Las empresas modernas no pueden realizarse de este modo. Cuando tiene que salir un tren en un momento preciso es imposible inspirar a los mozos, al maquinista o al encargado de señales, por medio de una música bárbara. Hacen su trabajo porque tiene que hacerse; sus motivos son, pues, indirectos; su impulso no es hacia la actividad, sino a la recompensa ulterior de la actividad. Muchos aspectos de la vida social adolecen de igual defecto. Hay muchas personas que hablan entre sí, no por el placer de hablar, sino pensando en los beneficios que les ha de reportar la cooperación. En todos los momentos de su vida el hombre está abrumado por las restricciones de su impulso; si está alegre, no debe ir cantando ni bailando por las calles, y si está triste, no está bien que se siente en las aceras a llorar, obstruyendo el tránsito. En su juventud, se coarta su libertad en la escuela, y cuando es adulto, en las horas de trabajo. Por ello es difícil conservar su interés, porque la restricción continua produce fastidio y aburrimiento. Sin embargo, la sociedad civilizada es imposible sin grandes restricciones al impulso natural, puesto que el impulso natural no produce sino las formas más elementales de cooperación social y no las formas complejas que exige la organización económica moderna. Para vencer estos obstáculos se necesita salud y energía superabundante, o tener la buena suerte de trabajar en algo que interese por sí mismo. Las estadísticas demuestran que la salud ha mejorado notablemente en todos los países civilizados durante los cien años últimos, pero la energía es más difícil de apreciar, y yo dudo de que el vigor físico sea tan grande como lo fue en otro tiempo. Este problema es en gran parte un gran problema social, y en este aspecto no he de analizarlo en este libro. Tiene, sin embargo, un aspecto personal y psicológico que ya hemos discutido en su relación con la fatiga. Algunos hombres conservan su interés, a pesar de las desventajas

de la vida civilizada, y sería mucho mayor su número si estuvieran libres de los conflictos psicológicos en que se gasta la mayor parte de su energía. El celo exige una energía más que suficiente para el trabajo, y éste, a su vez, necesita que la máquina psicológica trabaje suavemente.

Entre las mujeres, menos hoy que antiguamente, pero todavía demasiado, el entusiasmo es menor por una concepción equivocada de la respetabilidad. Se miraba mal que las mujeres manifestasen un interés decidido por un hombre, o que fuesen demasiado expresivas en público. Al aconsejarlas que no se interesasen por los hombres, se les acostumbraba con frecuencia a no interesarse en nada más que en cierta actitud de corrección. Aconsejar la inactividad y el apartamiento de la vida es contrario al celo, lo mismo que aconsejar una cierta reconcentración en sí mismas, característica de las mujeres muy respetables, especialmente cuando no están muy educadas. Por regla general no les interesa el *sport* como a los hombres ni les preocupa la política; su actitud es de afectado alejamiento ante los hombres, y ante las mujeres, de velada hostilidad, basada en la convicción de que las demás mujeres no son tan respetables como ellas. Presumen de que se bastan a sí mismas; es decir, que su falta de interés por los demás la interpretan como si fuera una virtud. No hay que censurarlas por ello; no hacen más que aceptar el código moral vigente entre las mujeres durante miles de años. Son, sin embargo, víctimas lamentables de un sistema de represión moral cuya iniquidad son incapaces de apreciar. A esa clase de mujeres todo lo que es mezquino les parece bien, y todo lo que es generoso les parece mal. En su medio social hacen cuanto pueden para matar la alegría, y en política son partidarias de la legislación represiva. Afortunadamente, este tipo de mujeres es cada día más escaso, pero todavía es más influyente de lo que se cree entre las gentes emancipadas. A quienes duden de que esto sea cierto, yo les recomiendo que recorran las casas de huéspedes en busca de alojamiento y que tomen nota de las patronas con quienes se encuentren. Observarán que viven con un concepto de su dignidad femenina que equivale a una destrucción de todo celo por la vida, y que a causa

de ello, sus inteligencias y sus corazones se han empequeñecido y malogrado. Pensando desapasionadamente, no existe diferencia alguna entre la bondad masculina y femenina, o, por lo menos, la diferencia es mucho menor de lo que tradicionalmente se preconiza. Lo mismo para los hombres que para las mujeres, el entusiasmo es el secreto de la felicidad y de bienestar.

CAPÍTULO XII

AFECTO

Una de las causas más importantes de la pérdida de amor a la vida es la sensación de no ser queridos; por el contrario, la convicción de que se nos quiere es el mayor de los estímulos. Son diversas las razones que pueden producir en un hombre la convicción de que nadie le quiere. Puede uno creerse tan horrible que no tenga la posibilidad de ser querido; puede ocurrir que ya en la niñez se le haya tratado con menos solicitud que a la mayor parte de los niños, y puede tratarse de una persona a la que, efectivamente, nadie quiere. Pero en este último caso la explicación hay que buscarla en la falta de confianza en sí propio, producida por haber sido desgraciado en la niñez. La persona que se sienta desdeñada puede adoptar diversas actitudes. Tal vez haga esfuerzos desesperados para ganar afectos por medio de actos excepcionales de bondad. Es, sin embargo, muy probable que esta táctica no le dé resultado satisfactorio, porque los motivos de su bondad son fácilmente perceptibles, y la naturaleza humana es de tal condición que da su simpatía con mayor facilidad precisamente a quienes con menos ahínco la demandan. Por lo tanto, quien procura ganar amistades con actos de bondad se desilusiona ante la experiencia de la ingratitud humana. Nunca se le ocurre pensar que los afectos que procura comprar son de más valor que los beneficios materiales que ofrece en compensación, y, sin embargo, este supuesto constituye la base de sus acciones. Hay otras personas que al sentirse desdeñadas se vengan desatando revoluciones en el mundo o mojando su pluma en hiel, como

Dean Swift. Ésta es una reacción heroica ante la desgracia, que requiere la enorme cantidad de energía que supone el enfrentarse un hombre con el mundo. Pocos son capaces de llegar hasta esas alturas; la mayor parte de hombres y mujeres, al convencerse de que no les quiere nadie, caen en una desesperación tímida alterada por accesos ocasionales de envidia y de malicia. Por regla general, las vidas de tales personas son menos concentradas, y la falta de afectos les da una sensación de inseguridad, de la que procuran escapar instintivamente refugiándose absoluta y totalmente en el hábito. Porque quienes se hacen esclavos de una rutina monótona, actúan generalmente por miedo a la frialdad ambiente y por la convicción de que no han de tropezar con ella siguiendo el camino que han recorrido siempre.

Los que afrontan la vida con una actitud de seguridad son mucho más felices que los tímidos, siempre que su exceso de confianza no les conduzca al desastre. Y en muchísimos casos, aunque no en todos, la sensación de seguridad ayuda a librarse de peligros a que otros sucumbirían. Cuando se anda sobre un precipicio o sobre una tabla estrecha, es mucho más fácil caerse con miedo que sin él. Y lo mismo puede decirse de la vida. El hombre impávido puede fracasar, pero es más fácil que salga incólume a través de peligros que atormentarían a una persona tímida. Esta beneficiosa confianza en sí mismo puede adoptar innumerables formas. Hay unos que no temen al mar, otros al aire y otros a las montañas. Pero la actitud de seguridad ante la vida procede generalmente de la costumbre de encontrar siempre los afectos necesarios. De este hábito mental, considerado como un estímulo, quiero hablar en este capítulo. Lo que produce esta sensación de seguridad no es el afecto activo, sino el pasivo, aunque en muchas ocasiones suele ser recíproco. Hablando estrictamente, no es sólo el afecto, sino la admiración, lo que produce estos resultados. Las personas que viven de la admiración pública, como los actores, predicadores, oradores y políticos, necesitan incesantemente del aplauso. Cuando reciben el premio de la aprobación pública que ansían, su vida está llena de estímulos; cuando ello no sucede, viven descontentos y reconcentrados. La simpatía difusa de la multitud es para ellos lo que para otros el cariño concentrado de unos po-

cos. El niño a quien sus padres quieren, acepta su cariño como una ley natural. Apenas piense en ello, aunque tenga mucha importancia, hará su felicidad. A él le interesan el mundo, las peripecias que le ocurren diariamente y las aventuras maravillosas que le aguardan cuando sea mayor. Pero detrás de todo esto, que le atrae externamente, está la sensación de que el cariño paterno le protege contra toda desventura. El niño a quien le falta, por cualquier razón, el cariño paterno, se hace tímido y reservado, desconfiado y miedoso, y sin aptitud alguna para explorar el mundo alegremente. Tal vez comience a meditar a una edad demasiado temprana sobre la vida, la muerte y el destino humano, y se haga reconcentrado y melancólico, y busque luego consuelos irreales en algún sistema de filosofía o teología. El mundo es un lugar de confusión en el que las cosas agradables y desagradables se suceden al azar. Y el deseo de encontrar en él una norma o un sistema inteligible es en el fondo una manifestación de miedo, una agorafobia o terror a los sitios públicos. Dentro de las cuatro paredes de su biblioteca, el estudiante tímido se siente a salvo. Si puede convencerse a sí mismo de que el universo está igualmente coordinado, se sentirá casi seguro al aventurarse por las calles. Una persona así, si hubiera tenido más afectos, no hubiera temido tanto al mundo y no hubiera necesitado inventar un mundo ideal como sustitutivo.

Sin embargo, no todo afecto excita a la aventura. El afecto que se da debe ser fuerte y no tímido, y debe perseguir más bien la excelencia que la seguridad, aunque ésta no debe serle en modo alguno indiferente. La madre o nodriza tímida que está constantemente atemorizando al niño ante los peligros que le amenazan, que cree que todos los perros pueden morderle y que todas las vacas son toros feroces, puede producir en él un miedo igual al suyo y puede hacerle creer que no tiene seguridad sino a su lado. Para una madre que tiene el sentido de posesión excesivamente desarrollado, puede ser agradable esta actitud del niño; es posible que le agrade más su dependencia que su capacidad para afrontar el mundo. En este caso, los resultados para su hijo son, a la larga, peores que si estuviera desprovisto de todo afecto. Los hábitos mentales que se forman en la niñez

es muy probable que persistan durante toda la vida. Muchas personas, al enamorarse buscan un lugar de refugio donde puedan tener la seguridad de ser admirados sin ser admirables y ensalzados sin se acreedores al elogio. Para muchos hombres el hogar es un refugio de la verdad y desean una compañera para descansar en ella de sus miedos y timideces. Buscan en sus mujeres lo que tuvieron en una madre ignorante, y se extrañan, sin embargo, de que sus mujeres les consideren como niños grandes.

Es difícil definir cuál sea el mejor de los afectos, pues no hay duda de que ha de haber siempre en ellos una parte de protección. No podemos permanecer indiferentes ante las desgracias de las personas que amamos. Creo, sin embargo, que el temor a la desgracia, como opuesto a la simpatía por la desgracia, debiera desempeñar un papel poco importante en los afectos. El miedo de que ocurra a los demás algo desagradable es muy poco diferente del miedo a que nos ocurra a nosotros mismos. Además, con mucha frecuencia no es otra cosa que un afán de posesión simulada. Se cree que al hacerlos temerosos podremos adquirir un completo dominio sobre ellos. Ésta es, desde luego, una de las razones por las cuales les han gustado a los hombres las mujeres tímidas: porque al protegerlas se las domina. La cantidad de atenciones que deben dispensarse a una persona sin perjuicio para uno mismo, depende de su carácter; la persona que es fuerte y osada puede soportarlas sin molestias, pero con una persona tímida las atenciones no deben prodigarse.

Los afectos recibidos tienen una función doble. Hemos hablado ya de ella al tratar de la seguridad, pero en la vida adulta tienen un propósito esencialmente biológico en el parentesco. La incapacidad de inspirar amor sexual es una gran desgracia tanto para los hombres como para las mujeres, puesto que les priva de una de las mayores alegrías que puede ofrecer la vida. Esta privación produce casi siempre la introversión y destruye todo estímulo vital. Con mucha frecuencia, sin embargo, una niñez desgraciada produce como consecuencia defectos de carácter que motivan el fracaso posterior para hacerse amar. Esto es más triste, probablemente, respecto a los hombres que a las mujeres, porque de un modo general las mujeres tienden a amar a los hombres por su ca-

rácter, al paso que los hombres tienden a amar a las mujeres por su aspecto. Hay que decir que en esto los hombres se muestran inferiores a las mujeres, porque las cualidades que los hombres admiran en las mujeres son, en conjunto, menos deseables que las que las mujeres admiran en los hombres. No estoy, sin embargo, convencido de que sea más fácil adquirir un buen carácter que un buen aspecto, pero es cierto que las mujeres se esfuerzan más para ser bellas que los hombres para adquirir un buen carácter. Hemos hablado ya del afecto pasivo. Hablemos ahora del afecto activo. Éste es de dos clases diferentes, una de las cuales es tal vez la expresión más importante del gusto por la vida, mientras que la otra es la manifestación del miedo. La primera me parece admirable; la segunda, todo lo mejor que puede producir es un consuelo. Si navegamos en un barco con tiempo espléndido, cerca de una costa bella, admiramos el paisaje y gozamos de él. Este placer se deriva totalmente de mirar hacia el exterior y no tiene relación alguna con necesidades imperiosas de nuestra propia persona. Si, en cambio, naufraga nuestro barco y tenemos que ganar la costa a nado, seguimos amando el paisaje, pero de distinto modo, porque él representa la seguridad ante las olas, y su belleza o fealdad pasa a un término secundario. El mejor afecto es equivalente a la sensación de quien navega con seguridad en su navío, y el afecto de menor categoría es el equivalente al náufrago que nada hacia la costa. El mejor de los afectos sólo es posible cuando el hombre se siente seguro o por lo menos indiferente a los peligros que le cercan; el otro es producido por la sensación de inseguridad. Cuando la sensación de inseguridad actúa, el afecto es mucho más subjetivo y egoísta, pues a la persona querida se la aprecia por los servicios que nos presta y no por sus cualidades intrínsecas. No quiero decir, sin embargo, que esta clase de afecto no desempeñe en la vida un papel de legítima importancia. En realidad, casi todos los afectos son de carácter mixto, y como nos quitan la sensación de inferioridad, nos animan a interesarnos por la vida en momentos de miedo y de confusión. Pero, aun reconociendo su importancia, hay que decir que este afecto no es tan excelente como el otro, pues se funda en el miedo, y el miedo es dañino, y además, porque es más egoísta. En

el mejor de los afectos, el hombre aspira a una felicidad nueva y no a huir de una desgracia inveterada.

El mejor tipo de afecto es recíprocamente vital; recibe el cariño con alegría y lo da sin esfuerzo, y encuentra el mundo más interesante a causa de la existencia de esta felicidad recíproca. Existe, sin embargo, y con alguna profusión, un tipo de afecto que absorbe la vitalidad ajena, que recibe lo que se le da y que no ofrece nada en cambio. Ciertas gentes de gran vitalidad pertenecen a este tipo de vampiros. Extraen la vitalidad de una víctima tras otra, y mientras ellos prosperan y son atractivos, las personas de quienes viven, palidecen oscura y tristemente. Estas personas utilizan a las demás como medios para lograr sus fines y nunca las consideran como fines en sí mismos. No se interesan fundamentalmente en las personas a quienes creen amar por el momento; les interesa tan sólo el estímulo de sus propias actividades, aunque sean de índole impersonal. Evidentemente, ello procede de algún defecto en su naturaleza, que es tan difícil diagnosticar como curar. Suelen ser con frecuencia muy ambiciosos y su carácter yo diría que procede de una apreciación parcial de lo que constituye la felicidad humana. El afecto, en el sentido de un genuino interés recíproco de dos personas, no sólo persiguiendo cada una de ellas su propia felicidad, sino aspirando al bien común, es uno de los elementos más importantes de la felicidad real, y el hombre cuyo *ego*, encerrado en muros de acero, no puede expansionarse, pierde lo mejor que puede ofrecer la vida, aunque tenga los mayores éxitos en su profesión. La ambición, que excluye el afecto en sus propósitos, es generalmente el resultado de algún disgusto o de algún odio contra el género humano producido por una juventud desgraciada, por injusticias de la vida posterior o por una cualquiera de las causas que conducen a la manía persecutoria. El *ego* desmesurado es una posición de la que el hombre debe huir si quiere gozar del mundo plenamente. La capacidad para los afectos genuinos es una de las señales de que el hombre ha escapado de esta prisión de sí mismo. El afecto pasivo no basta; debe ser activo al propio tiempo, y sólo cuando se conciertan en proporción aproximada rinden sus mayores posibilidades.

Los obstáculos psicológicos y sociales para el brote del afecto recíproco son un grave mal que ha atormentado y atormenta al mundo todavía. A la gente le cuesta trabajo admirar por miedo a equivocarse, y le cuesta trabajo querer, por temor a que le haga sufrir la persona elegida o la censura de los demás. Se predica la cautela en nombre de la moralidad y de la sabiduría, y el resultado es que la generosidad y la aventura se descorazonan. Todo esto tiende a producir timidez y odio contra el género humano, pues muchas personas pierden en su vida lo que es necesidad fundamental y lo que para el noventa por ciento constituye una condición indispensable de una actitud alegre y expansiva frente al mundo. No hay que suponer que los llamados inmortales sean en este aspecto superiores a quienes no lo son. En las relaciones sexuales es frecuente que no exista un afecto positivo y no es raro que exista una positiva hostilidad. Tal es el caso de quienes no se entregan graciosamente y pretenden huir de su soledad permaneciendo intactos y, por lo tanto, estériles. Esas experiencias no tienen valor fundamental. No digo que deba huirse de ellas en absoluto, porque podrían perderse ocasiones de encontrar un afecto más profundo y valioso; pero sí afirmo que las únicas relaciones sexuales que tienen valor real son las que no admiten reticencia alguna, aquellas en las que la personalidad mutua se funda en una nueva personalidad colectiva. De todas las formas de cautela, la cautela amorosa es probablemente fatal para la verdadera felicidad.

CAPÍTULO XIII

LA FAMILIA

De todas las instituciones que hemos recibido del pasado, ninguna se halla hoy tan desorganizada y desquiciada como la familia. El cariño de los padres por los hijos y de los hijos por los padres es capaz de constituir uno de los más importantes motivos de felicidad; pero, de hecho, en el noventa por ciento de los casos, las relaciones entre padres e hijos constituyen actualmente una fuente de desgracia para ambas partes, y en el noventa

y cinco por ciento de los casos un motivo de desgracia para una de las dos partes. Este fracaso de la familia para proporcionar la satisfacción fundamental que en principio es capaz de producir, constituye una de las causas más profundas del descontento reinante en nuestra época. El adulto que desee estar en buenas relaciones con sus hijos o proporcionarles una vida feliz, debe reflexionar profundamente acerca de la paternidad y actuar prudentemente en consecuencia. El asunto de la familia es muy vasto para que tratemos de él en este libro en aspectos que no se refieren directamente a la conquista de la felicidad. Y aun dentro de este aspecto, sólo nos referiremos a las mejoras que están al alcance individual, prescindiendo de alteraciones en la estructura social.

Ésta es, naturalmente, una gran limitación, porque las causas de la desgracia familiar en nuestros días son de naturaleza psicológica, económica, social, política y educativa. Por lo que se refiere a los sectores acomodados de la sociedad, dos son las causas que conjuntamente han inducido a la mujer a considerar la maternidad como una carga mucho más pesada que en épocas anteriores. Estas causas son de una parte, el acceso de las mujeres a las profesiones y carreras, y de otra, la crisis del servicio doméstico. Antiguamente, las mujeres se encaminaban al matrimonio para huir de la vida insoportable de las solteronas. La solterona tenía que vivir en el hogar en dependencia económica, primero con respecto a su padre, y más tarde con relación a un hermano predispuesto contra ella. Ni tenía ocupaciones para pasar el tiempo ni libertad para divertirse fuera de las paredes de la casa familiar. No tenía posibilidades ni inclinación hacia las aventuras sexuales, que le parecían una abominación fuera del matrimonio. Si, a pesar de sus guardianes, perdía su virtud, seducida por las artes de un don Juan cualquiera, su situación era insostenible. De ella se habla detenidamente en *El vicario de Wakefield:*

«La única solución para ocultar su culpa, para esconder su vergüenza de todas las miradas, para conseguir el arrepentimiento de su amante y su compasión, era la muerte.»

La solterona de hoy no piensa en la muerte ante tales circunstancias. Si ha recibido una educación adecuada, no encuentra dificultad alguna para vivir cómodamente

y vivir con independencia de la aprobación paterna. Al perder los padres su poder económico sobre los hijos, han tenido buen cuidado de no desaprobarlos moralmente; a nada conduce regañar a una persona que no está dispuesta a tolerarlo. La mujer joven que tiene una profesión y no se casa, puede vivir muy agradablemente, siempre que no piense en tener hijos y que sea de una belleza o talento corriente. Pero si desea tener hijos, no tiene más remedio que casarse y verse obligada casi siempre a perder su empleo. Entonces tiene que descender bastante del nivel de vida a que se había acostumbrado, pues es muy posible que los ingresos de su marido no sean mayores que los de ella, teniendo que sostener a toda la familia. Después de haber gozado de independencia, se ve obligada a pensar mucho en los gastos más insignificantes. Por todas estas razones, esta clase de mujeres duda mucho antes de decidirse al matrimonio. La que, sin embargo, se decide, tiene que afrontar un problema que anteriormente no existía: la escasez y mala calidad del servicio doméstico. A consecuencia de ello, se encuentra ligada a su casa, obligada a realizar un sinnúmero de faenas indignas de su educación y de sus aptitudes, o, en el caso de que renuncie a ellas, pierde su humor regañando a criadas negligentes.

Por lo que se refiere al cuidado físico de sus hijos, si se ha tomado el trabajo de estudiar puericultura, comprende que es imposible, sin grave peligro de un desastre, encomendar sus hijos a nodrizas o confiar a otras personas las precauciones más elementales en materia de higiene y de limpieza, a menos que pueda pagarse el lujo de una nodriza que haya adquirido un título costoso. Abrumada bajo el peso de detalles triviales, puede darse por muy satisfecha si no pierde todo su atractivo y la mayor parte de su inteligencia. Con mucha frecuencia, por el mero hecho de cumplir con su deber, tales mujeres se hacen insoportables para sus maridos y para sus hijos. Cuando vuelve el marido de su trabajo, la mujer aburre si habla de sus preocupaciones diarias, y si no habla de ellas, es una inconsciente. En las relaciones con sus hijos, los sacrificios que ha hecho por ellos no se le olvidan nunca y es casi seguro que ha de pedir una recompensa mayor de la que puede esperar, aparte de que el hábito constante de atender a detalles insignificantes

la hará quejumbrosa y estrecha de entendimiento. Ésta es la más perniciosa de todas las injusticias que tiene que sufrir: el perder el amor de su familia por haber cumplido con sus deberes para con ella, pensando que si los hubiese desdeñado, viviendo alegre y atractiva, tal vez hubiese conservado su cariño (1).

Estas molestias son esencialmente económicas, y hay que mencionar otra igualmente grave. Me refiero a las dificultades de encontrar casa, a consecuencia de la concentración de la población en las ciudades grandes. En la Edad Media, las ciudades eran tan rurales como el campo de hoy. Los niños cantan todavía esta canción de cuna:

Encima de la torre de San Pablo
hay un árbol de manzanas.
Los chiquillos de la ciudad
van con largos palos a tirarlas,
y luego corren de seto en seto
hasta llegar al puente de Londres.

La torre de San Pablo ha desaparecido, y yo no sé en qué fecha desaparecieron los setos entre San Pablo y el puente de Londres. Hace muchos siglos que los niños de Londres no pueden divertirse como se cuenta en estos versos; pero hasta hace poco tiempo, la mayor parte de la población vivía en el campo. Las ciudades no eran muy grandes, era muy fácil salir de ellas y era muy corriente que muchas tuvieran jardines. Ahora hay en Inglaterra una enorme preponderancia de la población urbana sobre la rural. En América esta preponderancia es todavía pequeña, pero aumenta rápidamente. Ciudades como Londres y Nueva York son tan enormes que se necesita mucho tiempo para salir de ellas. Los que viven en la ciudad tienen que conformarse, por lo común, con un piso junto al cual no hay una pulgada de tierra, y con un espacio mínimo para los que tienen poco dinero. Si hay niños, la vida en un piso es dura. No hay habitaciones para que jueguen, y los padres no pueden verse libres de sus ruidos. En consecuencia, los hombres de carrera y pretensiones tienden cada vez más a vivir en

---

(1) Este problema en lo que afecta a las clases profesionales, ha sido desarrollado con gran penetración y sagacidad por Jean Aylin en su libro *The Retreat foom Parenthoad.*

los suburbios. Ello es indiscutiblemente deseable, desde el punto de vista de los hijos; pero aumenta considerablemente la fatiga de los padres y disminuye mucho su participación en la vida familiar.

Pero no es mi intención discutir temas tan amplios y tan alejados del problema que ahora nos interesa: lo que puede hacer el individuo para ser feliz. Nos acercamos a este problema al analizar las dificultades psicológicas que existen hoy en las relaciones de los padres con sus hijos y que constituyen una parte de los problemas planteados por la democracia. Antiguamente había esclavos y señores; los señores mandaban y tenían cariño a sus esclavos, porque contribuían a su felicidad. Tal vez los esclavos odiaban a sus poseedores, aunque ello no era tan corriente como las doctrinas democráticas aseguran. Pero en el caso de que el odio existiera, los señores no se daban cuenta de él y seguían siendo felices. Con la aceptación general de las teorías democráticas, todo esto ha cambiado; los esclavos han perdido su conformidad, y los señores han comenzado a dudar acerca de sus derechos. Se inició la lucha y comenzó la perturbación en ambas partes. No digo esto como argumento contra la democracia, porque estas perturbaciones son inevitables en toda evolución de importancia. Pero tampoco hay que negar el hecho de que en los poderíos de transición el mundo es desgraciado.

El cambio operado en las relaciones entre padres e hijos es un caso particular de la extensión general de la democracia. Los padres no están ya seguros de sus derechos para con sus hijos; los hijos no creen ya que tienen el deber de respetar a sus padres. La virtud de la obediencia, que antes no admitía discusión, hoy ha pasado de moda, y es muy justo que así sea. El psicoanálisis ha aterrorizado a los padres conscientes ante el daño que pueden hacer a sus hijos inconscientemente. Si les besan, puede surgir el complejo de Edipo, y si no les besan, pueden sentir furiosos celos. Si les mandan hacer ciertas cosas, pueden despertar en ellos el sentido del pecado; si no lo hacen, los niños pueden adquirir hábitos indeseables. Cuando ven a sus hijos chuparse el dedo, se imaginan una enormidad de cosas, pero no saben qué hacer para impedirlo. La paternidad, que solía ser un ejercicio triunfante del poder, ha devenido tímida, an-

siosa y llena de dudas conscientes. Los antiguos placeres han desaparecido, y precisamente en los momentos en que a causa de la libertad de las mujeres solteras, la madre ha tenido que sacrificarse mucho más que antes al dedicarse a la maternidad. En estas circunstancias, las madres inconscientes exigen a sus hijos demasiado, y las madres conscientes, demasiado poco. Las madres conscientes reprimen su cariño instintivo y se hacen tímidas; las madres inconscientes buscan en sus hijos una compensación por las alegrías de que han tenido que privarse. En ambos casos, la parte afectiva del niño se apaga o se estimula con exceso. Y en ninguno de los casos existe la felicidad sencilla y natural que es la bendición de la familia.

En vista de tales preocupaciones, ¿cómo asombrarse del descenso de la natalidad? El descenso general de la natalidad ha llegado a un punto que demuestra que la población comenzará pronto a disminuir; pero en las clases acomodadas hace tiempo que se registra este fenómeno, no sólo en Inglaterra, sino en todas las naciones más civilizadas. No hay muchas estadísticas acerca de la natalidad entre las gentes acomodadas; pero hay dos hecho que merecen señalarse en el libro citado de Jean Aylin. En Estocolmo, durante los años 1912-1922, la fecundidad de las mujeres con alguna profesión era de una tercera parte con relación a la población total, y entre las cuatro mil graduadas de Wellesley College (Estados Unidos), en el período de 1896 a 1913, el número de niños es de unos tres mil, siendo necesario para prevenir la disminución de la población ocho mil niños, y que ninguno de ellos se muriera. No cabe duda de que la civilización producida por las razas blancas tiene esta singular característica: que los hombres y las mujeres que la adoptan se hacen estériles. A mayor civilización, mayor esterilidad; los menos civilizados son los más fecundos, y entre estos dos extremos hay una gradación continua. En la actualidad, los sectores más inteligentes de las naciones occidentales se están extinguiendo. Dentro de muy pocos años, las naciones occidentales disminuirán su población total, a menos que llenen sus huecos con la inmigración de países menos civilizados. Y tan pronto como los emigrados adquieran la civilización de su país adoptivo, se harán a su vez comparativamente estériles.

Es evidente que una civilización de estas condiciones es inestable; a menos que pueda obligársele a reproducirse, más tarde o más temprano tiene que morir y dejar paso a otras civilizaciones en las cuales el instinto de paternidad es lo bastante fuerte para impedir el descenso de la población.

Los moralistas oficiales de los países de Occidente, han procurado resolver este problema mediante ruegos y razones sentimentales. Dicen que es obligación de todo matrimonio tener tantos hijos como Dios quiera, aun cuando no puedan ser sanos y felices. Por otra parte, los curas predican acerca de las alegrías sagradas de la maternidad, y pretenden que una familia numerosa, con niños enfermos y pobres, es una fuente de felicidad. El Estado refuerza estos argumentos diciendo que necesita carne de cañón, porque, ¿cómo van a funcionar estas ingeniosas y refinadas armas destructivas si no quedan individuos suficientes a quienes destruir? Por muy extraño que parezca, los padres aceptan estas razones aplicadas a los demás; pero las rechazan al aplicarlas a sí mismos. La psicología de los curas y de los patriotas es desconcertante. Los curas pueden tener éxito mientras pueden amenazar con el fuego del infierno; pero tales amenazas no las toma hoy en serio sino una minoría. Y no hay otra amenaza que pueda controlar la conducta en asunto tan esencialmente privado. En cuanto al Estado, sus razones son demasiado feroces. Puede haber quien esté de acuerdo en proveer carne de cañón; pero a ninguno le atrae la perspectiva de que sean sus hijos los elegidos. Por consiguiente, todo lo que el Estado puede hacer es fomentar la ignorancia de los pobres, esfuerzo que, según demuestran las estadísticas, no tiene éxito alguno, excepto en las naciones más atrasadas de Occidente. Muy pocos hombres o mujeres se decidirán a tener hijos por la convicción de que es un deber social, aun cuando no fuese tan dudosa la existencia de tal deber. Cuando hombres y mujeres tienen hijos, los tienen por creer que son un elemento de felicidad o porque ignoran los procedimientos para no tenerlos. Esto último ocurre todavía con frecuencia, pero en progresión francamente descendente. Y ni la Iglesia ni el Estado pueden hacer nada para contener esta tendencia. Es necesario, pues,

si las razas blancas quieren sobrevivir, que la paternidad vuelva a ser para los padres un motivo de felicidad.

Si consideramos la naturaleza humana, prescindiendo de las circunstancias actuales, es evidente que la paternidad es capaz de proporcionar psicológicamente la felicidad más grande y duradera de la vida. Esto, no cabe duda que es más cierto con respecto a las mujeres que a los hombres; pero en los mismos hombres es más frecuente de lo que se suele suponer. Se da por supuesto en casi todas las literaturas anteriores a la actual. Hécuba se preocupa de sus hijos más que de Príamo; Mac Duff se interesa más por sus hijos que por su mujer. En el Antiguo Testamento, a hombres y mujeres les apasiona el dejar descendientes; en China y el Japón esta tendencia persiste todavía. Se dirá que este deseo es debido al culto por los antepasados; pero yo creo que lo cierto es precisamente lo contrario, que el culto de los antepasados es un reflejo del interés que se tenga en la persistencia de la familia.

Volviendo a las mujeres con profesión, de que hablábamos más arriba, es evidente que el deseo de tener hijos debe de ser muy fuerte, pues si así no fuera, ninguna haría los sacrificios que son necesarios para ello. En cuanto a mí, hablando personalmente, la alegría de la paternidad constituye la felicidad más grande de mi vida. Yo creo que cuando por virtud de las circunstancias, hombres o mujeres tienen que renunciar a este placer, queda insatisfecha una de las necesidades más profundas y se produce una sensación de desasosiego y descontento, cuya causa puede permanecer totalmente desconocida. Para ser feliz en este mundo, especialmente cuando la juventud se ha ido, es preciso no sentirse como individuo aislado que ha de desaparecer pronto, sino como una parte de la corriente vital que fluye desde el primer germen hacia un futuro remoto y desconocido. Como sentimiento consciente, implica una apreciación intelectual y supercivilizada del mundo, pero como emoción vaga e instintiva, es natural y primitiva. Un hombre capaz de llevar a cabo grandes empresas y de dejar la huella de su paso en generaciones sucesivas, puede encontrar en el trabajo la satisfación equivalente de este instinto; pero para los hombres y mujeres que no tengan dotes excepcionales, los hijos son el único recurso. Los que han dejado que se atrofie su

instinto de procreación, se separan de la corriente de la vida, y al hacerlo, corren grave peligro de agostarse. Para ellos, a menos que sean excepcionalmente impersonales, la muerte es el fin de todo. No les interesa el mundo que ha de sustituirles, y por ello sus actos son triviales y desprovistos de importancia. Para hombres y mujeres que tengan hijos y nietos y cariño hacia ellos, el futuro es importante, no sólo moral e imaginativamente, sino de un modo instintivo y natural. Y el hombre cuyo interés se extiende más allá de su vida personal, está capacitado para mayores desenvolvimientos. Como Abraham, encontrará satisfacción en la idea de que sus descendientes han de heredar la tierra prometida, aunque ello haya de ocurrir después de muchas generaciones. Y este concepto de la vida le salva de la trivialidad que amortigua todas sus emociones.

La familia se basa, naturalmente, en el hecho de que los padres sientan por sus propios hijos un cariño especial, distinto del que se tienen entre sí y del que sienten hacia los otros niños. Es cierto que algunos padres tienen poco o ningún afecto paternal, y es cierto, asimismo, que algunas mujeres son capaces de querer a hijos ajenos casi tanto como a los propios. Sin embargo, es cierto, de un modo general, que el afecto paterno es un cariño especial que los seres humanos normales sienten hacia sus propios hijos y no hacia otros. Esta emoción la hemos heredado de nuestros antepasados animales. En este aspecto, Freud no parece muy biológico, pues cualquiera que observe un animal hembra con su prole, notará que su actitud hacia ella es completamente distinta de la que adopta ante el macho con el que tiene relaciones sexuales. Y estas mismas normas, instintivamente diferentes, existen entre los seres humanos. Si no existiera esta emoción especial, no haría falta hablar de la familia como una institución, pues los hijos podrían estar al cuidado de gentes profesionales. Sin embargo, el cariño especial que los padres sienten por los hijos, siempre que no estén atrofiados sus instintos, es de valor, tanto para los padres como para los hijos. El valor del afecto paterno para los hijos reside en el hecho de que es más seguro que cualquier otro afecto. Los amigos se quieren por sus cualidades y los amantes por sus atractivos; si las cualidades o los atractivos disminuyen, la

amistad y el amor pueden desvanecerse. Pero precisamente en los momentos de infortunio, de enfermedad o de desgracia es cuando se puede contar más con los padres verdaderos. A todos nos agrada que se nos admire por nuestras cualidades, pero la mayor parte somos bastante modestos para comprender que esa admiración es precaria. Nuestros padres nos quieren porque somos sus hijos, y éste es un hecho inalterable, así que con ellos nos sentimos más seguros que con cualquier otro. En épocas de éxito, ello puede carecer de importancia; pero en épocas de fracaso es un consuelo y una seguridad que no podemos encontrar en otra parte.

En todas las relaciones humanas es muy fácil conseguir la felicidad para una de las partes; pero es mucho más difícil que la consigan las dos partes. Es posible que el carcelero goce vigilando al preso, que el amo goce intimidando a su empleado, que el gobernante goce gobernando a sus súbditos con mano dura, y que el padre a la antigua goce recomendando la virtud de su hijo por medio de la vara. Pero todos ellos son placeres parciales; la situación no es tan agradable para la otra parte. Hemos llegado a comprender que no son satisfactorios los placeres desiguales; creemos que toda relación humana debe ser satisfactoria para ambas partes. Esto es particularmente cierto en las relaciones de los padres con los hijos, con el resultado de que los padres obtienen menos satisfacciones de sus hijos que antiguamente, y que, recíprocamente, los hijos sufren menos al ser educados por sus padres que en generaciones anteriores. No creo que haya alguna razón positiva para que los padres gocen menos con sus hijos que en otras épocas, aunque es cierto que ello ocurre en la actualidad. Ni creo tampoco que haya razón alguna para que los padres fracasen al aumentar la felicidad de sus hijos. Pero se requiere para ello, como para todas las relaciones de igualdad a que el mundo moderno aspira, una cierta ternura y delicadeza, un cierto respeto hacia la personalidad ajena, que no está muy de acuerdo con la lucha de la vida corriente. Debemos considerar la felicidad paternal en su esencia biológica y en esta actitud hacia los otros, de que hablamos, como esencial en un mundo que cree en la igualdad.

La raíz primitiva del placer de la paternidad es doble. De un lado, la sensación de que se exterioriza una parte

de nuestro propio cuerpo, prolongando su vida más allá de la muerte del resto, asegurando así la inmortalidad del plasma germinal. Del otro, una mezcla íntima de poder y de ternura. La nueva criatura está desamparada, y existe el impulso de subvenir a sus necesidades, impulso que complace no sólo al amor del padre por su hijo, sino a su deseo de poder. Mientras el niño no pueda valerse por sí mismo, el cariño del padre hacia él no es altruista, puesto que es parecido a la protección de una porción vulnerable de sí mismo.

Pero desde muy tierna edad surge el conflicto entre el amor paterno y el deseo de la felicidad del niño, pues aunque la autoridad sobre el niño es, hasta cierto punto, completamente natural, es, sin embargo, deseable que el niño aprenda cuanto antes a ser independiente en todos los aspectos posibles, lo cual no es agradable para el instinto paternal de poder.

Algunos padres no se dan cuenta de este conflicto y siguen siendo tiranos hasta que los niños se hallan en posición de rebelarse. Otros, en cambio, conscientes de él, se encuentran invadidos de emociones contradictorias. En este conflicto, la felicidad paterna se desvanece. Después de todos los trabajos que se han tomado por su hijo se encuentran con que es completamente distinto de lo que habían esperado. Querían que fuera militar, y se encuentran con un pacifista, o, como en el caso de Tolstoi, querían que fuera pacifista y se alista en la milicia. Pero no es solamente en esta época de la vida cuando se tropieza con dificultades. Si damos de comer a un niño que puede hacerlo por sí mismo, preferimos nuestra influencia a su bienestar, aunque creamos que procedemos bien librándole de molestias. Si hacemos que tenga demasiado miedo a los peligros, actuamos probablemente por el deseo de que dependa de nosotros. Si le demostramos un cariño que aspira a la reciprocidad, es que pretendemos asegurarlo por medio de sus emociones. Valiéndose de procedimientos muy distintos, el impulso posesorio de los padres puede desviar a los hijos si los motivos no son puros y la inteligencia no vigila. Los padres modernos, sabedores de estos peligros, se descorazonan a veces al educar a sus hijos, y el resultado es peor que si les permitieran equivocaciones espontáneas, pues nada perturba tanto a un niño como la falta de

seguridad y confianza en sí mismo por parte del adulto. Mejor, pues, que ser precavido es ser de recta intención. El padre que desea sinceramente el bienestar de su hijo más que la influencia sobre él, no necesita de libros de psicoanálisis para saber lo que debe hacer y lo que debe evitar, pues no le engañará su instinto. Y en este caso, la relación del padre con el hijo será agradable desde el principio al fin, sin que tenga que rebelarse el hijo ni sentirse el padre decepcionado. Pero ello exige desde el principio, por parte del padre, el respeto a la personalidad del hijo; un respeto que no ha de ser solamente una norma intelectual o moral, sino algo profundamente sentido, con una convicción casi mística, que imposibilita todo afán de propiedad y posesión. Esta actitud no es solamente deseable con respecto a los hijos, sino que es muy necesaria en el matrimonio y en la amistad, aunque en la amistad es más difícil. En un mundo mejor, penetrará en las relaciones políticas de los distintos grupos, aunque esta posibilidad se halla tan distante, que no hay necesidad de insistir en ello. Pero siendo universalmente necesaria esta actitud de benevolencia, es mucho más urgente con los niños, por su desamparo, por su pequeñez y debilidad, que desprecian las gentes vulgares.

Pero volviendo a los problemas a que este libro se refiere, no pueden obtener la alegría plena de la paternidad, en el mundo moderno, sino aquellos que adopten sinceramente esta actitud de respeto hacia los niños de que estoy hablando. Porque no les interesa su poder sobre ellos y no tienen temor a las desilusiones que sufren padres despóticos cuando sus hijos adquieren libertad. Y para el padre que adopta esta actitud, hay más alegría en la paternidad que la que tenía el déspota en el apogeo de su autoridad paterna. Porque el amor que consigue libertarse de toda tendencia hacia la tiranía puede proporcionar un placer más exquisito, más dulce, más capaz de transformar el bajo metal de la vida diaria en el oro puro del éxtasis místico, que toda otra emoción asequible al hombre que lucha por conservar su ascendencia en este mundo movedizo.

Aunque yo conceda mucha importancia a la emoción paterna, no sostengo que las madres deban agotar todas sus posibilidades en favor de sus hijos. Este convencionalismo tenía explicación en la época en que todo lo que

se sabía de puericultura eran los escasos conocimientos anticientíficos que las madres trasmitían a las hijas. Hoy hay muchas cosas en el cuidado de los niños que se hacen mucho mejor por especialistas. En lo que se refiere a lo que se llama su «educación», esto está admitido. No hay que pedir a una madre que enseñe a su hijo el cálculo integral, por mucho cariño que le tenga. En lo que se refiere a la adquisición de conocimientos intelectuales, todo el mundo está de acuerdo en que pueden adquirirlos mejor de quienes los poseen, que de la madre que carece de ellos. Pero en otros aspectos de la educación no se admite esto porque no se reconoce la experiencia necesaria. No cabe duda de que hay cosas que nadie puede hacer como la madre, pero a medida que el niño crece aumenta el número de cosas que pueden hacerlas mejor otras personas.

Si esto fuera generalmente admitido, las madres se evitarían una gran cantidad de trabajo fastidioso para ellas, porque son incompetentes para realizarlo. Una mujer que ha conseguido sobresalir en una profesión, debiera estar libre para dedicarse a ella a pesar de la maternidad, en interés suyo y en interés social. No podría hacerlo durante los últimos meses del embarazo y durante la lactancia, pero un niño de nueve meses ya no debe constituir una barrera insuperable para las actividades profesionales de la madre. Si la sociedad exige de la madre sacrificios irrazonables, la madre que no sea excepcionalmente santa esperará de su hijo compensaciones mayores de las que tiene derecho. Las madres de quienes se dice convencionalmente que se sacrifican, suelen ser, en una gran mayoría de casos, excepcionalmente egoístas con respecto a sus hijos, porque por muy importante que sea en la vida la paternidad, no debe considerarse como toda la vida, y el padre insatisfecho es probable que sea un padre emocionalmente avaro. Importa, pues, tanto a los hijos como a la madre que la maternidad no les aparte de otras ocupaciones e intereses. Si tiene vocación real para cuidar a los niños y la cantidad de conocimientos que le permitan cuidar bien a los propios, su aptitud debiera ser aprovechada encargándole que se cuidase, al mismo tiempo que de los propios, de un grupo de niños ajenos. Es justo que los padres que cumplen el mínimum de sus obligaciones con el Estado, puedan exponer su

opinión acerca de cómo y por quién deben ser educados sus hijos. Pero no debiera exigirse convencionalmente a la mujer que haga por sí misma lo que otra puede hacer mejor. Las madres que se sienten desconcertadas e incompetentes con sus propios hijos, cosa que es frecuente, no debieran dudar en enviarlos a que los cuidaran mujeres con la suficiente aptitud y entrenamiento para ello. No hay instinto bajado del cielo que enseñe a las mujeres lo que hay que hacer con sus hijos, y la solicitud excesiva es una simulación del afán de posesión. Muchos niños se malogran psicológicamente por una ignorante y sentimental educación materna. Siempre se ha admitido que los padres no pueden ocuparse mucho de sus hijos, y, sin embargo, los hijos pueden querer a sus padres tanto como a sus madres. La relación de madre a hijo se parecerá en lo sucesivo cada vez más a la relación del padre, si las mujeres han de libertarse de una esclavitud innecesaria y los niños han de beneficiarse del progreso en los conocimientos científicos acerca de la educación física y mental de los primeros años infantiles.

CAPÍTULO XIV

TRABAJO

Tal vez sea difícil precisar si el trabajo debe catalogarse entre los motivos de felicidad o desgracia. Hay ciertamente muchas clases de trabajo muy desagradable, y el exceso de trabajo siempre es perjudicial. Creo, sin embargo, que siempre que no sea excesivo, el trabajo más desagradable es menos penoso para la mayor parte de las gentes que la ociosidad. En el trabajo hay una amplia gradación, desde la mera liberación del aburrimiento hasta los más profundos goces, según la índole del trabajo y las aptitudes del trabajador. La mayor parte del trabajo que tiene que realizar casi todo el mundo, no es interesante por sí misma, pero aun en este caso son muchas sus ventajas. La primera es que llena muchas horas del día sin que tengamos que preocuparnos de lo que hemos de hacer. La mayor parte de la gente, cuando tiene que elegir el empleo de su tiempo, duda en deci-

dirse por algo lo bastante agradable para que valga la pena. Y cuando se deciden, les inquieta el pensar que podían haber elegido algo más agradable. El empleo inteligente del tiempo es una de las conquistas más recientes de la civilización, y actualmente pocos han llegado a ocupar este nivel. Además, el hecho de la elección es en sí mismo fastidioso. Excepto para algunas personas de iniciativa excepcional, es positivamente agradable que se nos diga lo que hemos de hacer a cada hora del día, siempre que lo ordenado no sea muy molesto. Muchos ricos ociosos padecen un aburrimiento indecible como premio a su liberación del trabajo. A veces pueden consolarse con la caza mayor en África o volando alrededor del mundo; pero el número de estas sensaciones es limitado, especialmente cuando ya no se es joven. Por lo tanto, los ricos más inteligentes trabajan casi tanto como si fueran pobres, y las mujeres ricas, por su parte, se ocupan de innumerables fruslerías de cuya importancia trascendental están firmemente convencidas.

El trabajo es, pues, deseable ante todo y sobre todo como preventivo del aburrimiento, porque el aburrimiento del trabajo necesario y desprovisto de interés no tiene comparación con el aburrimiento de quien no sabe cómo emplear su tiempo. A esto hay que añadir la ventaja de que el trabajo nos hace saborear mejor los períodos de descanso. Siempre que el trabajo no sea abrumador, el placer del descanso que le sigue es mucho mayor que el que obtiene el perezoso.

La segunda ventaja de algunos trabajos retribuidos y de otros gratuitos, es que nos proporciona posibilidades de éxito y es el mejor auxiliar de la ambición. En muchas clases de trabajo el éxito se mide por los ingresos, y mientras continúe el régimen capitalista, ello es inevitable. Este índice no puede aplicarse a las manifestaciones más nobles del trabajo. En el deseo que el hombre tiene de aumentar sus ingresos, interviene tanto el afán de éxito como las mayores comodidades que procura. Por muy desagradable que sea un trabajo, se hace soportable si contribuye a crearnos una reputación en un círculo amplio o en un círculo limitado. La continuidad en el propósito es a la larga uno de los elementos de felicidad más importantes y la mayor parte de los hombres la consiguen por medio de su trabajo. En este

aspecto, las mujeres que se ocupan de su casa son mucho menos afortunadas que los hombres o que las mujeres que trabajan fuera de su casa. La mujer doméstica no cobra sueldos, no tiene posibilidad de prosperar, vive sin que su marido se preocupe de lo que hace, y no es estimada por su trabajo en la casa, sino por otras cualidades muy distintas. Esto no tiene aplicación para las mujeres que son lo suficientemente ricas para tener casas magníficas y bellos jardines que sean la envidia de sus vecinos; pero estas mujeres son relativamente pocas, y a la mayor parte el trabajo de su casa no les puede proporcionar tanta satisfacción como consigue otra clase de trabajo a hombres y mujeres de profesión.

La satisfacción de matar el tiempo y de proporcionar un cauce, aunque sea modesto, a la ambición, se encuentra en la mayor parte de los trabajos, y bastan para hacer más felices a los que trabajan que a quienes no tienen nada que hacer. Pero cuando el trabajo es interesante, puede producir una satisfacción mayor que la mera liberación del tedio. Entre los trabajos interesantes puede establecerse una jerarquía. Comenzaré con los que son regularmente interesantes y terminaré con los que merecen absorber todas las energías de un gran hombre.

Dos son los elementos que hacen el trabajo interesante: primero, el ejercicio de una aptitud; segundo, la construcción. Todo el que tiene una aptitud especial goza ejercitándola hasta que llega al dominio o a no poder mejorarse a sí mismo. Este impulso de la actividad comienza en la niñez más temprana. Hay una gran cantidad de trabajos que producen un placer análogo al de los juegos de habilidad. El trabajo de un abogado o de un político debe de producir en forma más agradable, algo del placer que se obtiene al jugar al bridge. Porque no es sólo el ejercicio de una habilidad, sino el vencer a un hábil enemigo. Aun cuando no exista el elemento de competencia, es agradable la realización de cosas difíciles. El que puede hacer rizos con su aeroplano encuentra en ello un placer tan grande, que por hacerlos es capaz de exponer su vida. Yo creo que un hábil cirujano, a pesar de las circunstancias dolorosas en que realiza su trabajo, encuentra placer en la precisión exquisita de sus operaciones. Análogo placer, aunque menos intenso, puede obtenerse en muchos trabajos más humildes. Yo he

oído hablar de lampistas a quienes encanta su trabajo, aunque no he conocido personalmente a ninguno. Todo trabajo puede ser agradable siempre que la habilidad requerida sea variada o susceptible de mejora indefinida. Si tales condiciones faltan, dejará de ser interesante cuando se adquiera la máxima habilidad. El que corre en una carrera de tres millas cesará de encontrar placer en repetirlo cuando consiga batir su propio «record». Afortunadamente, hay una cantidad considerable de trabajo en el cual nuevas circunstancias exigen habilidad, y el hombre puede seguir perfeccionándose por lo menos hasta la edad madura. En algunas clases de trabajo inteligente, en política por ejemplo, parece que la mejor edad del hombre está entre los sesenta y los setenta años, porque para ello es esencial una gran experiencia de la vida. Por tal razón, los políticos que han tenido éxito pueden ser más felices a los setenta años que cualquier otro hombre de edad análoga. Los únicos que pueden hacerles competencia en este aspecto, son los grandes hombres de negocios.

Hay, sin embargo, otro elemento en el trabajo más calificado, todavía más importante como fuente de felicidad que el ejercicio de una aptitud. Este elemento es la constructividad. En algunos trabajos, no en muchos, desde luego, al terminarlos, queda algo edificado como un monumento. Podemos distinguir la construcción de la destrucción por el criterio siguiente: En la construcción, los motivos iniciales suelen ser relativamente causales y el final encierra un propósito definido; en la destrucción ocurre lo contrario: los motivos iniciales encierran un propósito y el final suele ser casual; es decir, que la finalidad que persigue quien destruye es producir un estado de cosas sin propósito alguno deliberado. Este criterio tiene una exacta y literal aplicación en la construcción de edificios. Al construir un edificio se ejecuta un plan previo, mientras que al destruirlo ninguno sabe exactamente el destino que ha de darse a los materiales de derribo. La destrucción es naturalmente necesaria con frecuencia como preliminar de una construcción subsiguiente, y en este caso forma parte de un todo constructivo. Pero no es raro que una persona se dedique a actividades puramente destructivas, sin propósito alguno posterior de construcción. Muchas veces tales personas

se engañan a sí mismas creyendo que están arrasando para construir de nuevo, pero es muy posible descubrir el engaño cuando el engaño existe, preguntándoles qué es lo que piensan construir más tarde. Se observará entonces que hablan vagamente y sin entusiasmo, después de haber hablado de la destrucción con precisión y con calor. Esto es aplicable a no pocos revolucionarios, militaristas y otros apóstoles de la violencia. Actúan casi siempre sin darse cuenta de ello, movidos por el odio: la destrucción de lo que odian es su propósito verdadero, y sienten una relativa indiferencia por lo que ha de suceder después. No debo negar que puede haber alegría en el trabajo de destrucción como en el de construcción. Es una alegría más violenta y en algunos casos más intensa, pero satisface menos, puesto que la satisfacción apenas reside en el resultado. Si matamos a un enemigo, nada nos queda por hacer una vez muerto, y la satisfacción que produce la victoria se desvanece rápidamente. El trabajo constructivo, por el contrario, constituye una delicia el verlo terminado, y además nunca está terminado tan definitivamente que no se pueda introducir alguna modificación. Los propósitos más satisfactorios son los que nos guían indefinidamente de un éxito hacia otro sin llegar nunca a un fin cerrado, y en este aspecto no cabe duda de que la construcción es una fuente de felicidad mayor que la destrucción. Tal vez fuera más exacto decir que los que encuentran placer en la construcción encuentran un placer mayor que el que los destructores, porque si nos domina el odio, no encontraremos en la construcción el placer que en ella encontraría un hombre normal.

Además, pocos procedimientos son tan aptos para curar el hábito del odio como la oportunidad de realizar un trabajo constructivo de importancia. La satisfacción que se obtiene con el éxito en una gran empresa constructiva es una de las más positivas de la vida, aunque desgraciadamente, sólo pueden realizarlas hombres de excepcionales aptitudes. Esta satisfacción puede ser de muy distintas formas. Uno de los ejemplos más tangibles nos lo ofrece quien con un proyecto de riegos hace que el desierto florezca como una rosa. El llevar a cabo una organización puede ser un trabajo de suprema importancia. Tal es la obra de algunos escasos estadistas que consa-

gran su vida a introducir el orden en el caos, como Lenin, el tipo más representativo de nuestra época. Los ejemplos más corrientes son los artistas y los hombres de ciencia. Shakespeare dice en sus versos: «Vivirán mientras haya ojos que vean y hombres que respiren.» Y no cabe duda de que tal creencia le consoló en sus infortunios. En sus sonetos afirma que el recuerdo de su amigo le reconcilia con la vida, pero no puede menos de sospechar que sus sonetos eran más eficaces para ello que su propio amigo. Los grandes artistas y los grandes hombres de ciencia se dedican a trabajos que son agradables en sí mismos; al entregarse a ellos, obtienen el respeto de las personas cuya admiración es deseable y que les produce el mayor poder humano: el poder sobre la inteligencia y el sentimiento de los hombres. Tienen además las más sólidas razones para tener buen concepto de sí mismos. Parece que este conjunto de circunstancias favorables debiera ser suficiente para hacer feliz a un hombre. Sin embargo, no es así. Miguel Ángel, por ejemplo, fue profundamente desgraciado, y afirmó (aunque dudo de su sinceridad) que no se hubiera molestado en producir obras de arte si no hubiera tenido que pagar las deudas de sus amigos pobres. La facultad de producir grandes obras de arte va unida con alguna frecuencia, aunque no siempre, a una desgracia temperamental tan grande, que les llevaría al suicidio si no tuvieran el consuelo de su arte. No podemos afirmar, por lo tanto, que todo trabajo de importancia hace feliz al hombre; lo único que podemos asegurar es que lo hace menos desgraciado. Sin embargo, los hombres de ciencia son mucho menos desgraciados temperamentalmente que los artistas, y la mayor parte de los mejores son hombres felices que deben su felicidad primordialmente a su trabajo.

Uno de los motivos de infelicidad entre los intelectuales de hoy es que muchos de ellos, especialmente los literatos, no tienen la posibilidad de ejercitar independientemente su talento, viéndose obligados a alquilarse a ricas empresas dirigidas por filisteos que les obligan a escribir cosas sin sentido. Si preguntáramos a periodistas de América e Inglaterra acerca de la orientación política de los periódicos donde escriben, yo creo que nos encontraríamos con que tan sólo una pequeña minoría estaba de acuerdo con ella; los demás, para poder vivir, prostitu-

yen su inteligencia. Ese trabajo no puede producirles satisfacción real alguna, y para poder reconciliarse consigo mismo tienen que hacerse tan cínicos, que se incapacitan para toda satisfacción plena de otra índole cualquiera. No puedo censurar a quien trabaja de este modo, porque el morirse de hambre es una perspectiva demasiado fúnebre, pero yo creo que siempre que sea posible trabajar en lo que esté de acuerdo con los propios impulsos constructivos sin morirse de hambre, ello es preferible, desde el punto de vista de su felicidad, a un trabajo mucho mejor pagado que no esté de acuerdo con sus propias inclinaciones. Sin la propia estimación es casi imposible la verdadera felicidad, y el hombre a quien avergüenza su trabajo, difícilmente podrá respetarse a sí mismo.

La satisfacción del trabajo constructivo, aunque es el privilegio de una minoría en el actual estado de cosas, puede ampliarse mucho más. Todo el que sea dueño de sí mismo en su trabajo comprenderá esto, así como los que, dotados de una aptitud suficiente, crean en la utilidad de su profesión. El tener hijos sanos es un difícil trabajo constructivo susceptible de producir una satisfacción profunda. Toda mujer que lo ha logrado comprende que, como resultado de su esfuerzo, el mundo contiene algo de valor distinto.

Los seres humanos difieren profundamente en cuanto a su tendencia a considerar su vida como un todo. Para algunos, esto es natural y esencial para su felicidad, el que sea un todo satisfactorio. Para otros, la vida es una serie de incidentes desligados entre sí, sin dirección ni unidad de movimiento. Creo que los primeros tienen más probabilidades de ser felices que los últimos, puesto que gradualmente pueden producir las condiciones necesarias a su alegría y propia estimación, mientras que los otros navegan por distintos derroteros a merced de las circunstancias, sin conseguir llegar nunca a puerto alguno. El hábito de considerar la vida como un todo es una parte esencial de la sabiduría y de la moralidad verdadera, y debiera fomentarse en la educación. Un propósito constante no basta, pero debiera ser una condición casi indispensable para una vida feliz. Y el propósito constante puede desarrollarse perfectamente en el trabajo.

CAPÍTULO XV

INTERESES IMPERSONALES

En este capítulo no pretendo analizar lo que interesa al hombre en su vida de una manera fundamental, sino lo que le atrae en sus horas de ocio y contribuye a disminuir la tensión de otras preocupaciones más serias. En la vida de la mayor parte de los hombres, su trabajo y su posición económica ocupan la mayor parte de su pensamiento y de su afán. Aun en los casos de relaciones amorosas extramatrimoniales, probablemente no le preocupan tanto en sí mismas como en sus posibles efectos sobre la vida familiar. No considero como intereses impersonales a los que guarden relación con su trabajo. Un hombre de ciencia, por ejemplo, puede estar al corriente de las investigaciones en su especialidad. Dentro de ella, sus preocupaciones tienen el interés y el atractivo de algo íntimamente relacionado con su carrera; pero si lee cosas ajenas a su especialidad, lo hace con un espíritu completamente distinto del profesional, con menos criticismo, con más desinterés. Aunque su cerebro tenga que esforzarse para comprender, su lectura es un descanso, porque no está relacionada con la idea de responsabilidad. Si el libro le interesa, su interés es impersonal y diferente del que pone en los libros de su especialidad. De todo lo que interesa al hombre fuera de las actividades de su vida, es de lo que quiero hablar en este capítulo.

La fatiga y la tensión nerviosa como motivos de desgracia se fundan en la incapacidad de interesarse por lo que no tenga importancia práctica en la vida. Lo consciente no puede descansar ocupándose en un reducido número de asuntos, cada uno de los cuales proporciona probablemente sinsabores y molestias. Excepto en el sueño, lo consciente nunca descansa, mientras que lo subconsciente se perfecciona de modo gradual. Consecuencia de ello es la excitación, la falta de sagacidad, la irritabilidad y la pérdida del sentido de proporción. Todo lo cual es al propio tiempo efecto y causa de la fatiga. A medida que el hombre se fatiga desaparece lo que le interesaba exteriormente y pierde el reposo que ello le proporcionaba y

se cansa todavía más. Este círculo vicioso no puede producir más que el derrumbamiento. El interés por las cosas exteriores sosiega porque no exige acción. El tomar decisiones y el ejercicio de la voluntad son muy fatigosos, especialmente cuando se tiene prisa y no existe la ayuda de lo subconsciente. Los que creen que las decisiones importantes «hay que consultarlas con la almohada» están muy en lo cierto. Pero no es solamente en el sueño donde pueden desenvolverse los procesos mentales subconscientes. Pueden actuar también cuando la vida consciente está ocupada en otra parte. El hombre que puede olvidar su trabajo cuando lo termina, y no se acuerda de él hasta el día siguiente, está capacitado para trabajar mejor que quien se preocupa de él durante las horas intermedias. Y es mucho más fácil olvidarse del trabajo a voluntad, interesándose por cosas distintas de su trabajo. Es, sin embargo, esencial que no le absorban las mismas facultades agotadas por el trabajo diario. No deben exigirle voluntad y decisión rápida, no deben aparejar, como el juego, complicaciones económicas, y no deben ser tan excitantes que produzcan fatiga emocional y preocupen a lo consciente al mismo tiempo que lo subconsciente.

Hay muchas diversiones que llenan estas condiciones. Los espectáculos deportivos, el teatro, el golf, son, desde este punto de vista, irreprochables. Para quien tenga afición a la lectura, los libros ajenos a su actividad profesional son muy satisfactorios. Por muy importantes que sean nuestras preocupaciones, no deben inquietarnos durante todas las horas de vigilia.

En este aspecto hay una gran diferencia entre hombres y mujeres. En general los hombres se olvidan de su trabajo mucho más fácilmente que las mujeres. En el caso de las mujeres cuyo trabajo es casero, ello es natural, puesto que no cambian de lugar como el hombre que, al dejar la oficina, tiene posibilidades de cambiar de humor. Pero, si no me equivoco, las mujeres que trabajan fuera de su casa difieren en este aspecto de los hombres, casi tanto como las otras. Es muy difícil que se interesen en cosas que no tengan importancia práctica. Sus propósitos están por encima de su pensamiento y de su actividad, y pocas veces se dejan absorber por un interés completamente irresponsable. No niego que existan excepciones; hablo de lo que a mí me parece la regla general. En

un colegio de señoritas, por ejemplo, las profesoras, al terminar su tarea, si no hay hombres presentes, hablan de sus clases, cosa que no ocurre en los colegios masculinos. Las mujeres creen por ello que son más escrupulosas que los hombres, pero no pienso que a la larga logren así mejorar la calidad de su trabajo. Lo que se consigue es una cierta estrechez de criterio que termina con frecuencia en una especie de fanatismo.

Todos los intereses impersonales, además de su importancia como reposo, tienen otras aplicaciones. La primera es que ayudan a que el hombre conserve su sentido de proporción. Es muy fácil que nuestros proyectos, el círculo de nuestros amigos, la índole de nuestro trabajo nos absorban hasta el punto de olvidar cuán pequeña parte son en la total actividad humana y cuántas cosas hay en el mundo a las que no afecta para nada lo que hacemos nosotros. ¿Cómo tener esto presente? En primer lugar debemos tener un conocimiento del mundo todo lo verdadero que nos permitan nuestras ocupaciones imprescindibles. Ninguno de nosotros ha de vivir mucho tiempo, y en los pocos años de su vida debe conocer todo lo referente a este extraño planeta y al lugar que ocupa en el universo. El no aprovechar nuestras oportunidades de conocimiento por muy imperfecto que sea, es como ir al teatro y no escuchar la representación. El mundo está lleno de aspectos trágicos y cómicos, heroicos, extraños o sorprendentes, y quienes no se interesan en el espectáculo que ofrece, pierden uno de los privilegios de la vida.

Además, el sentido de la proporción puede sernos muy valioso y en algunos casos consolador. Tenemos tendencia a impresionarnos y excitarnos demasiado con la importancia del pequeño rincón del mundo en que vivimos y del otro espacio de tiempo que media entre nuestro nacimiento y nuestra muerte. No hay nada deseable en esta agitación y sobrestimación de nuestra importancia. Cierto que puede estimularnos a trabajar más, pero no a trabajar mejor. Es preferible trabajar poco con fruto a trabajar mucho sin resultado, aunque piensen de otro modo los apologistas de una vida enérgica. Los que conceden a su trabajo una importancia exagerada son propicios a incurrir en fanatismo; el mal consiste, en esencia, en recordar una o dos cosas deseables olvidándose de todas las demás, y en suponer que el producirlas algún

daño incidental carece de importancia. Contra este temperamento fanático no hay mejor profilaxia que una amplia concepción de la vida del hombre y del lugar que ocupa en el universo. El remedio puede parecer demasiado empírico, pero, aparte de esta aplicación, es de un gran valor intrínseco.

Uno de los defectos de la educación superior moderna es el conceder demasiada importancia al entrenamiento para la adquisición de determinadas aptitudes y poca al perfeccionamiento sentimental y cerebral, merced a una amplia visión del mundo. Cuando nos interesamos en una lucha política, trabajamos intensamente por el triunfo de nuestro partido. Ello está muy bien. Pero puede ocurrir que en el curso de la contienda sea oportuno para el triunfo el empleo de métodos de suspicacias, de odio o de violencia. Puede ocurrir que la mejor táctica para conseguir la victoria sea la de insultar a una nación extraña. Si nuestra esfera mental se limita al presente, o si creemos en la doctrina de que la eficacia es lo único que cuenta, adoptaremos estos procedimientos turbios. Gracias a ellos podemos triunfar inmediatamente, aunque las consecuencias remotas sean desastrosas. Si, por el contrario, nos interesan épocas pretéritas, su lenta y parcial liberación de la barbarie y la brevedad de su existencia total comparada con épocas astronómicas, creeremos que en la batalla pasajera en que estamos empeñados no merece la pena de arriesgar un paso atrás hacia la oscuridad de donde hemos salido lentamente. Además, si no conseguimos nuestro objeto inmediato, nos consolará la sensación de su caducidad. Tendremos, más allá de nuestras actividades inmediatas, proyectos remotos en los que no nos consideramos como individuos aislados, sino como soldados del gran ejército que ha conducido a la humanidad hacia la civilización. Si llegamos a esta convicción, gozaremos siempre de una dicha profunda, cualquiera que sea nuestra suerte personal. La vida llegará a ser una comunión con lo mejor de cada época y la muerte personal un accidente desprovisto de importancia.

Si yo pudiera organizar la enseñanza superior con arreglo a mis deseos, procuraría sustituir las religiones ortodoxas (que atraen a muy pocos jóvenes, y no precisamente a los más inteligentes) por algo que tal vez no

pueda llamarse religión, por ser tan sólo la concentración de la atención sobre hechos completamente ciertos. Procuraría que la juventud se interesara vivamente por el pasado, comprendiendo con toda claridad que el porvenir del hombre tiene todas las probabilidades de ser inconmensurablemente más extenso que el pasado; haría que conociera minuciosamente el planeta en que vivimos, e insistiría en el hecho de que la vida en él es nada más que un incidente temporal, y al mismo tiempo de insistir en la insignificancia individual, señalaría los hechos que llevaran a las mentes juveniles el convencimiento de las grandes cosas de que el individuo es capaz y el convencimiento de que en las profundidades del espacio estelar nada hay que tenga para nosotros un valor tan grande. Hace mucho tiempo que Spinoza escribió acerca de la esclavitud y la libertad humanas; su estilo le hace poco accesible a quien no sea versado en filosofía, pero lo que quiero decir no difiere mucho de lo que él dijo.

Quien haya comprendido, aunque sea temporal y pasajeramente, lo que constituye la grandeza de alma, no puede ser feliz preocupándose egoístamente por cosas triviales y temeroso de lo que el destino le reserve. El hombre capaz de esta grandeza de alma tendrá abiertas las ventanas de su mente, para airearla, a los vientos más apartados del universo. Se contemplará a sí mismo, al mundo y a la vida, con toda la verdad que las limitaciones humanas le permitan; comprendiendo la brevedad e insignificancia de la vida humana, entenderá asimismo que en el cerebro del hombre se concentra todo lo que encierra el mundo de valioso. Y verá que el hombre, cuyo cerebro refleja el mundo, es, en cierto modo, tan grande como el mundo. Al emanciparse de los miedos que agobian al esclavo de las circunstancias, experimentará una profunda alegría, y a través de todas las vicisitudes de su vida exterior, será profundamente feliz interiormente.

Dejando estas amplias especulaciones y volviendo a lo nuestro, al valor de los intereses impersonales, hay otro aspecto de ellos de gran importancia para la felicidad. Aun en las vidas más dichosas hay épocas en que las cosas no van bien. Pocos hombres, exceptuando a los solteros, no han reñido alguna vez con sus mujeres; pocos padres se han librado de graves preocupaciones por las

enfermedades de sus hijos; pocos hombres de negocios han desconocido períodos de inquietud económica; pocos hombres profesionales han evitado momentos en que el fracaso les amenazaba. En tales momentos, la capacidad de interesarse por algo ajeno a nuestra inquietud es una inmensa dicha. En tales épocas, cuando no se puede hacer otra cosa inmediatamente, unos juegan al ajedrez, otros leen novelas detectivescas, o se dedican a la astronomía, o se consuelan leyendo las excavaciones en Ur de los caldeos. Todo esto es discreto, y el que no hace nada para distraerse y permite que su preocupación se apodere por completo de sí mismo, no procede bien y se encuentra menos preparado para afrontar la situación cuando llegue el momento de actuar. Parecidas consideraciones pueden hacerse en caso de desgracias irreparables, como en la muerte de personas muy queridas. Nada se consigue con abandonarse al dolor en tales ocasiones. El dolor es inevitable y natural, pero debe hacerse todo lo posible para disminuirlo. Es vano sentimentalismo apurar, como algunos hacen, hasta la última gota del infortunio. Claro que un hombre debe afligirse en tales ocasiones, pero debe hacer todo lo posible para libertarse de la fatalidad y distraerse hasta con cosas triviales que no sean perjudiciales ni degradantes. Entre éstas incluyo la embriaguez y los estupefacientes, cuyo propósito es destruir el pensamiento, por lo menos durante un cierto tiempo. No hay que destruir el pensamiento, sino encauzarlo por distintos derroteros. Ello es difícil cuando en la vida nos han interesado pocas cosas y esas pocas están ahora inundadas de tristeza. Para soportar la desgracia, cuando llega, es discreto haber ampliado en las épocas felices el círculo de nuestros intereses para que nuestro cerebro pueda cambiar de emociones y asociaciones que son insoportables.

El hombre de vitalidad y entusiasmo adecuado vencerá todos los infortunios con un nuevo interés por la vida y por el mundo que no puede limitarse hasta el punto de que una desgracia sea fatal. El declararnos vencidos por una o por varias desgracias no es una prueba admirable de sensibilidad, sino algo deplorable como un fracaso vital. Todos nuestros afectos están a merced del destino, que en cualquier momento puede acabar con las personas

que amamos. Es, pues, necesario que nuestras vidas superen con su intensidad los accidentes del destino.

Por todas estas razones, el que aspire conscientemente a la felicidad procurará interesarse en cosas subsidiarias, aparte de las fundamentales que sostienen nuestra vida.

CAPÍTULO XVI

ESFUERZO Y RESIGNACIÓN

La doctrina del justo medio no es interesante: yo recuerdo con qué desprecio e indignación la rechazaba cuando era joven y no admiraba más que los extremos heroicos. Sin embargo, tampoco la verdad es siempre interesante, y hay muchas cosas que se creen por ser interesantes, aunque tengan pocos argumentos en su favor. El justo medio es un ejemplo de esto: tal vez no sea una doctrina interesante, pero en muchísimos aspectos es verdadera.

El justo medio es una doctrina necesaria al tratar del equilibrio entre el esfuerzo y la resignación. Ambas doctrinas tienen apasionados defensores. La doctrina de la resignación ha sido predicada por místicos y santos; la doctrina del esfuerzo, por técnicos de la eficiencia y por cristianos vigorosos. Ambas escuelas tienen su parte de verdad, aunque no toda la verdad. En este capítulo intento nivelar la balanza y comenzaré haciendo el elogio del esfuerzo.

Tan sólo en casos excepcionales la felicidad es algo que se nos viene a la boca como un fruto maduro merced a circunstancias propicias. Por ello he titulado este libro *La Conquista de la Felicidad*. Porque en un mundo tan lleno de desgracias evitables e inevitables, de enfermedades y complicaciones psicológicas, de lucha, pobreza y mala voluntad, el hombre o mujer que pretende ser feliz tiene que afrontar los variadísimos motivos de desgracia que le acechan. En algunos casos excepcionales no se necesita un gran esfuerzo. Un hombre de buena constitución que hereda una fortuna considerable, goza de buena salud y tiene gustos sencillos, puede llevar una vida deliciosa y asombrarse de que se hable tanto acerca de esto.

Una mujer bonita e indolente que se case con un hombre rico que no la obligue a fatigarse, y que no la preocupe engordar después del matrimonio, puede vivir cómoda y perezosamente siempre que tenga buena suerte con sus hijos. Pero estos casos son excepcionales. La mayor parte de la gente no es rica; son muchos los que no tienen buena constitución; a otros de temperamento apasionado, la vida tranquila y reposada les parece insoportablemente aburrida, la salud es una bendición que no está uno seguro de conservar, el matrimonio no es invariablemente una fuente de dicha. Por todas estas razones, la felicidad para la mayor parte de hombres y mujeres debe ser una conquista más bien que un regalo de los dioses, y en esta conquista debe desempeñar papel muy importante el esfuerzo exterior e interior. En el esfuerzo interior va incluida la resignación necesaria: hablemos, pues, por ahora, solamente del esfuerzo exterior.

En el caso de cualquier hombre o mujer que tiene que trabajar para vivir, la necesidad de este esfuerzo es demasiado evidente para insistir en ella. El faquir indio puede vivir sin esfuerzo presentando la bandeja a las limosnas de los creyentes; pero en los países occidentales las autoridades no ven con buenos ojos esta manera de ganarse la vida. Además, por razón del clima, no es ello tan agradable como en los países más secos y calurosos; en el invierno, desde luego, pocas personas hay tan perezosas que prefieren callejear a trabajar en habitaciones con calefacción. La resignación por sí sola no es, pues, en el Oeste uno de los caminos hacia la fortuna.

Un gran tanto por ciento de hombres, en los países occidentales, necesitan para ser felices algo más que cubrir sus necesidades elementales, pues sienten el deseo de tener éxito. En algunas profesiones, como la investigación científica, por ejemplo, este deseo puede satisfacerse por personas que no ganen mucho dinero, pero en la mayor parte de las profesiones los ingresos son la medida del éxito. En este aspecto, algo de resignación es deseable en muchos casos, porque en un mundo de competencia, el éxito notorio sólo es asequible a una minoría.

Respecto al matrimonio, el esfuerzo puede o no ser necesario, según las circunstancias. Donde uno de los sexos se halla en minoría, como los hombres en Inglaterra y las mujeres en Australia, el sexo privilegiado no necesi-

ta esforzarse mucho para casarse como quiera. A los pertenecientes al sexo que se halla en mayoría les ocurre lo contrario. La cantidad de energía y pensamiento invertido en esta dirección por las mujeres en los países donde constituyen mayoría, es evidente para todo el que lea los anuncios en las revistas de mujeres. Cuando son los hombres los que están en mayoría, adoptan con frecuencia métodos más expeditivos, como el manejo hábil del revólver. Ello es natural, porque los hombres suelen hallarse en mayoría en países al margen de la civilización. No sé lo que ocurriría en Inglaterra si una peste diferencial convirtiera a los hombres en mayoría; probablemente tendrían que volver a la galantería de épocas pasadas.

La cantidad de esfuerzo que exige la crianza de los hijos es tan evidente que no hay nadie que la niegue. Países que creen en la resignación y en lo que se llama equivocadamente concepción espiritual de la vida, son países de gran mortalidad infantil. La medicina, la higiene, la asepsia, el régimen adecuado no pueden adoptarse sin tener preocupaciones mundanas; requieren energía e inteligencia encaminadas hacia cosas materiales. Quienes creen que la materia es una ilusión, pueden pensar lo mismo de la suciedad y ocasionar con ello la muerte de sus hijos.

Hablando de una manera más general, puede decirse que toda persona cuyos deseos naturales no se hallen atrofiados, desea legítimamente alguna clase de poder. La clase de poder que desea un hombre depende de sus pasiones predominantes; unos desean ejercer dominio sobre las acciones de los hombres, otros sobre sus pensamientos y algunos sobre sus emociones. Unos desean cambiar el contorno material, otros desean un dominio intelectual. Toda clase de trabajo público lleva implícito el deseo de alguna clase de poder, a menos que aspire a la riqueza por medio del soborno. Quien actúe por motivos puramente altruistas ante el espectáculo de la miseria humana, si su compasión es sincera, deseará el poder para aliviar esa miseria. El único hombre totalmente indiferente hacia el poder será el que sea absolutamente indiferente para su prójimo. Hay, pues, que aceptar alguna forma del afán de dominio, como algo inherente a la naturaleza de los hombres que han de constituir una humanidad honrada. Y toda manifestación del deseo de dominio que no se haya desnaturalizado supone una ma-

nifestación correlativa del esfuerzo. Para la mentalidad occidental esta conclusión puede parecer un lugar común, pero no son pocos los que en las naciones occidentales coquetean con lo que se llama «la sabiduría de Oriente» en el mismo momento en que el Oriente la abandona. Para ellos, tal vez, sea discutible lo que acabamos de decir, y en ese caso valía la pena decirlo.

Sin embargo, la resignación tiene su importancia en la conquista de la felicidad, importancia no menos esencial que la del esfuerzo. El hombre discreto, aunque no sea indiferente a las desgracias evitables, no perderá su tiempo y su emoción ante las inevitables, y aun ante las desgracias evitables se rendirá en el caso de que exijan un tiempo y una energía que puede emplearse en asuntos de mayor importancia. Hay muchas personas que se irritan o se indignan ante el menor contratiempo y pierden con ello una gran cantidad de energía que podían emplear de un modo más práctico. Aun en los asuntos de positiva importancia, no conviene emocionarse hasta el punto de que la posibilidad del fracaso sea una amenaza constante a nuestra tranquilidad. El cristianismo predicó resignación a la voluntad de Dios, y los que no acepten esa fraseología debieran dejarse influir por algo equivalente en todas sus actividades. La eficiencia en una empresa práctica no es proporcional a la emoción que ponemos en ella; en realidad, la emoción es a veces un obstáculo para la eficiencia. La actitud precisa es hacer todo lo que podamos, encomendando su éxito al destino. La resignación es de dos clases: la una se funda en la desesperación, y la otra en una esperanza inasequible. La primera es mala; la segunda buena. El que haya sufrido una derrota tan fundamental que haya tenido que renunciar a todo, debe aprender la resignación de la desesperación, y si lo hace, abandonar toda actividad seria. Puede disfrazar su desesperación con frases religiosas o con la doctrina de que la contemplación es el verdadero fin del hombre; pero cualquiera que sea el disfraz que adopte para ocultar su derrota interior, seguirá siendo esencialmente inútil y fundamentalmente desgraciado. El hombre cuya resignación se basa en una esperanza inasequible procede de manera muy distinta. La esperanza, para ser inasequible, debe ser amplia e impersonal. Cualesquiera que sean mis actividades personales, puedo ser derrotado por la muer-

te o por ciertas enfermedades; puedo ser vencido por mis enemigos, puede ocurrirme que haya emprendido un camino que no ha de conducirme al éxito. Por mil procedimientos, el fracaso de mis esperanzas puramente personales puede ser inevitable; pero si mis proyectos personales forman parte de esperanzas de un círculo humano más amplio, el fracaso, aunque llegue, no es tan definitivo. El hombre de ciencia que aspira a hacer grandes descubrimientos puede fracasar o verse obligado a abandonar su trabajo por alguna alteración mental; pero si desea profundamente el progreso de la ciencia, y no tan sólo aportación personal a ella, no sentirá la misma desesperación del hombre cuyos motivos hayan sido exclusivamente egoístas. El que se esfuerce en implantar una reforma muy necesaria, puede encontrarse con que todos sus esfuerzos los anula una guerra, y puede verse obligado a convencerse de que el fruto de su trabajo no ha de verlo realizado durante su vida. Pero ello no es un motivo de desesperación si le interesa el porvenir de la humanidad, prescindiendo de su propia intervención.

Hemos analizado los casos en los que la resignación es más difícil: pero hay muchos otros en los que es mucho más fácil. Tales son los casos en los cuales las cuestiones secundarias sufren un entorpecimiento, mientras las fundamentales siguen un camino de prosperidad. Por ejemplo, el que es desgraciado en su matrimonio y está actuando en una empresa de importancia; si su trabajo es realmente absorbente, aceptará estas complicaciones pasajeras como se acepta un día de lluvia; es decir, como una molestia acerca de la cual no conduce a nada insistir excesivamente.

Algunas gentes son incapaces de resistir con paciencia las pequeñas molestias que llegan a constituir, si nos lo proponemos, una parte considerable de la vida. Se indignan si pierden el tren; se enfurecen si la comida está mal hecha; se desesperan si la chimenea hace humo, y claman venganza contra la organización industrial cuando tarda en llegar la ropa del lavandero. La energía que tales gentes pierden en cosas triviales sería suficiente, bien dirigida, para hacer y deshacer imperios. El hombre discreto no se entera del polvo que la criada no ha limpiado, de las patatas que la cocinera no ha cocinado y del hollín que el deshollinador no ha deshollinado. No

quiero decir que no procure evitar estas cosas siempre que tenga tiempo para ello, sino que las afronte sin emocionarse demasiado. El enfado, la irritación y el enojo son emociones que a nada conducen. Los que se entregan a ellas pueden decir que son incapaces de dominarlas, y eso no estoy seguro de que puedan conseguirlo sino con una de las formas de resignación fundamental de que hemos hablado anteriormente. El mismo tipo de concentración en deseos ampliamente impersonales, que capacita a un hombre para soportar el fracaso personal en su trabajo o las molestias de un matrimonio infortunado, puede darle la paciencia necesaria cuando pierde el tren o cuando se le cae el paraguas en el barro. Si es de condición irritable, no creo que haya otro remedio que le cure.

El que consiga libertarse de esta tiranía, notará que la vida es mucho más agradable que lo era cuando estaba en constante irritación. La idiosincrasia personal de sus amigos, que antes le hacía vociferar, ahora le parecerá sencillamente divertida. Si Fulano cuenta por centésima vez la anécdota del obispo de Tierra del Fuego, le divertirá el comprobarlo, y no sentirá el menor deseo de pisarle el cuento con otro de su cosecha. Si el cordón de su zapato se le rompe al ir a tomar con prisa el tren de la mañana, pensará, después de soltar algún taco, que en la historia del cosmos el incidente en cuestión no tiene gran importancia. Si al ir a pedir la mano de su novia le interrumpe la visita de un vecino fastidioso, pensará que nadie ha podido estar seguro de esa impertinencia, con excepción de Adán, y que al mismo primer hombre no le faltaron preocupaciones. Es ilimitado lo que puede hacerse para consolarse de pequeñas molestias por medio de extrañas analogías y graciosos paralelos. Yo creo que todo hombre o mujer civilizados se ha hecho un retrato determinado de sí mismo, y que le molesta todo lo que contribuye a estropearlo. El mejor remedio está en tener no sólo un retrato, sino toda una serie, y elegir el más apropiado para el incidente en cuestión. Si alguno de los retratos es algo risible, tanto mejor; no está bien creerse siempre una persona de alta tragedia. No digo que uno deba verse siempre como un *clown* cómico, porque estos tipos son todavía más molestos; hay que tener tacto para desempeñar el papel adecuado en cada situación. Desde luego, si podemos olvidarnos de nosotros mis-

mos y no desempeñar papel alguno, magnífico. Pero si ello constituye en nosotros una segunda naturaleza, cuidemos del repertorio y así evitaremos la monotonía.

Muchas personas activas creen que la menor cantidad de resignación o la menor dosis de humor puede destruir la energía con que realizan su trabajo o la decisión gracias a la cual obtienen el éxito. En mi opinión están equivocados. El trabajo que vale la pena puede efectuarse por los que no se engañan a sí mismos en cuanto a la importancia o a la facilidad con que pueden realizarlo. Los que para trabajar necesitan engañarse a sí mismos, harían bien en afrontar la verdad antes de seguir adelante, porque más tarde o más temprano la necesidad de sostenerse con mitos hará que su trabajo sea perjudicial en vez de ser beneficioso. Es preferible no hacer nada a hacer daño. La mitad del trabajo útil en el mundo se hace para combatir el trabajo perjudicial. El poco tiempo que se emplee en apreciar los hechos no es tiempo perdido, y es mucho más probable que el trabajo subsiguiente no sea dañino como el trabajo realizado por los que necesitan una inflación de su *ego* como estimulante a su energía. Se necesita una cierta resignación para afrontar la verdad acerca de nosotros mismos, y aunque ello sea doloroso al principio, nos protege, en definitiva —con la única protección posible—, contra los disgustos y las desilusiones a que está sujeto el que se engaña a sí mismo. Nada es más fatigoso y a la larga más desesperante que el esfuerzo diario para creer cosas que siempre son increíbles. Acabar con ese esfuerzo es condición indispensable de una felicidad firme y duradera.

CAPÍTULO XVII

EL HOMBRE FELIZ

Es evidente que la felicidad depende, en parte, de las circunstancias y, en parte, de uno mismo. En este libro nos hemos ocupado de la parte que depende de uno mismo, y hemos llegado a la conclusión de que la receta para la felicidad es muy sencilla. Muchos creen, y entre ellos míster Krutch, de quien he hablado en un capítulo ante-

rior, que es imposible la felicidad sin un credo más o menos religioso. Muchos que son desgraciados creen que su infortunio es de raíces complicadas y muy intelectuales. Yo no creo que sean éstas las causas de la felicidad ni de la desgracia; creo que no son más que síntomas. El hombre desgraciado tiende a adoptar un credo desgraciado y el hombre feliz un credo feliz: cada uno atribuye su felicidad o su desgracia a sus ideas, cuando ocurre todo lo contrario. Hay cosas indispensables para la mayor parte de los hombres; pero son cosas sencillas: la casa, la comida, la salud, el amor, el éxito en su trabajo y el respeto de los suyos. Para algunas personas es asimismo esencial la paternidad. Cuando estas cosas faltan, sólo hombres excepcionales pueden ser felices; pero cuando se tienen o pueden obtenerse mediante un esfuerzo bien dirigido, el que sigue siendo desgraciado tiene alguna tara psicológica, que si es muy grave puede necesitar los servicios de un psiquiatra si bien en casos corrientes puede curarse por sí mismo, siempre que adopte un tratamiento adecuado. Cuando las circunstancias exteriores no son definitivamente adversas, el hombre debería ser feliz siempre que sus pasiones se dirijan hacia afuera, no hacia dentro. Nuestro esfuerzo debiera, pues, tender, tanto en la educación como en las relaciones sociales, a evitar las pasiones egocéntricas y a la adquisición de afectos e intereses que impidan a nuestro pensamiento encerrarse perpetuamente dentro de sí mismo. Los hombres no son felices en una prisión, y las pasiones encerradas dentro de nosotros mismos constituyen la peor de las prisiones. Las pasiones más corrientes son el miedo, la envidia, la sensación de pecado, el desprecio de sí mismo y la propia admiración. En todas ellas, nuestros deseos son egocéntricos; no existe un interés verdadero por el mundo exterior, sino tan sólo la preocupación de que pueda perjudicarnos o no favorezca a nuestro yo. El miedo es la razón principal de que los hombres tengan tanto recelo a admitir hechos y estén tan dispuestos a abrigarse con el ropaje caliente de la ficción. Pero las espinas desgarran el traje abrigado, y el aire frío penetra por los rasgones, y el que se ha acostumbrado a su calor sufre mucho más del aire frío que quien se ha acostumbrado a él desde un principio. Además, los que se enga-

ñan a sí mismos, generalmente conocen en el fondo su ficción y viven en un estado de temor constante a cualquier acontecimiento funesto que pueda ocurrirles.

Uno de los grandes inconvenientes de las pasiones egocéntricas es que ofrecen pocas variedades a la vida. El que no se quiere más que a sí mismo no puede ser acusado de promiscuidad en sus afectos; pero en definitiva está condenado a insoportable aburrimiento por la invariable monotonía del objeto de su afecto. El que sufre en la conciencia de pecado está afectado de una forma particular del amor propio. En todo el amplio universo, lo único que le parece de importancia capital es el hecho de que debiera ser virtuoso. Uno de los graves defectos de ciertas formas de la religión tradicional es que fomentan esta concentración dentro de sí mismo.

El hombre feliz es el que vive objetivamente, el que tiene afectos libres y se interesa en cosas de importancia, el que asegura su felicidad gracias a esos afectos e intereses, y por el hecho de que le han de convertir a su vez en objeto de interés y de cariño para muchas otras personas. El cariño recibido es una causa importante de felicidad; pero no es precisamente la persona que lo pide aquella a quien se lo dan. De una manera general, puede decirse que el que recibe cariño es quien a su vez lo da. Pero es inútil procurar darlo por cálculo, a la manera que se presta dinero con interés, porque el cariño calculado no es legítimo, y así lo cree quien lo recibe.

¿Qué puede hacer, pues, el hombre que es desgraciado porque está encerrado dentro de sí mismo? Mientras piense en las causas de su desgracia, seguirá siendo egocéntrico y, por lo tanto, no saldrá de un círculo vicioso. Si quiere salir de él, tiene que hacerlo por medio de simpatías legítimas, no mediante simpatías simuladas que utiliza solamente como medicina. Aunque esta facultad es positiva, puede hacer mucho si quiere diagnosticar su enfermedad debidamente. Si su perturbación se debe, por ejemplo, a la sensación consciente o inconsciente de pecado, puede comenzar por convencer a su cerebro consciente de que no hay razón alguna para creerse pecador, y continuar después utilizando la técnica que hemos analizado en capítulos anteriores, situando su convicción racional en su cerebro inconsciente, interesándose al pro-

pio tiempo en alguna actividad más o menos neutral. Si consigue ahuyentar la sensación de pecado, es probable que surjan espontáneamente nuevos intereses genuinamente objetivos. Si lo que le aflige es el desprecio de sí mismo, puede seguir idéntico procedimiento, después de convencerse a sí mismo de que no hay nada extraordinariamente desgraciado en su caso. Si lo que tiene es miedo, haga los ejercicios adecuados para adquirir valor. Desde tiempo inmemorial se ha reconocido el valor en la guerra como una gran virtud, y mucha parte de la educación de muchachos y de jóvenes ha sido encaminada a producir un tipo de carácter que no sienta miedo en la batalla. Pero el valor moral y el valor intelectual han sido estudiados mucho menos y, sin embargo, también tienen su técnica. Verifiquemos cada día para nosotros, por lo menos una verdad desagradable, y notaremos que es tan útil como la buena acción diaria de los *boyscouts*. Acostumbrémonos a creer que la vida seguirá valiendo la pena de vivirse, aunque no fuéramos, como desde luego somos, inmensamente superiores a todos nuestros amigos en virtud e inteligencia. Esta clase de ejercicios, continuados durante varios años, nos capacitarán para afrontar los hechos sin vacilación, y al hacerlo así nos veremos libres de la tiranía del miedo en muchas circunstancias.

La calidad de los intereses objetivos, que han de surgir en nosotros cuando hayamos vencido la enfermedad de la concentración, debe dejarse a la libre expresión de nuestras inclinaciones y de las circunstancias exteriores. No digamos de antemano: «Yo sería feliz si me aficionara a coleccionar sellos de correo», y comenzar después la tarea de coleccionarlos, porque puede ocurrir que no lleguemos a interesarnos en las colecciones filatélicas. Tan sólo lo que nos interesa positivamente puede ser de utilidad para nosotros; pero podemos estar seguros de que surgirán intereses genuinamente objetivos tan pronto como dejemos de reconcentrarnos dentro de nosotros mismos.

Vida feliz es, en gran parte, lo mismo que vida buena. Los moralistas profesionales insisten demasiado en la abnegación, y al hacerlo así se equivocan. La abnegación consciente reconcentra al hombre y le recuerda vivamente lo que ha sacrificado; la consecuencia es que fracasa mu-

chas veces en su objeto inmediato, y casi siempre en su fin último. Lo que precisa no es la abnegación, sino la dirección exterior del interés que conduzca espontánea y naturalmente a los mismos actos que una persona absorbida en la adquisición de su propia virtud no podría realizar sino por medio de la abnegación consciente. He escrito este libro como un hedonista, es decir, al modo de quien considera la felicidad como el bien; pero los actos recomendables, desde el punto de vista del hedonista, son, en conjunto, los mismos que recomienda un sano moralista. El moralista, sin embargo, tiene demasiada tendencia —aunque ello no sea, desde luego, universalmente cierto— a acentuar el acto más bien que la disposición mental. Los efectos del acto sobre el agente serán muy distintos, según su estado mental del momento.

Hay otra diferencia un poco más sutil entre la actitud ante la vida que yo he recomendado y la que recomiendan los moralistas tradicionales. Los moralistas tradicionales, por ejemplo, dirán que el amor debe ser altruista. En cierto sentido, así debe ser; es decir, no debe ser egoísta, hasta cierto punto; pero no cabe duda de que debe ser de tal naturaleza que para ser afortunado incluya nuestra felicidad. Si un hombre pidiera a una mujer en casamiento porque deseara ardientemente la felicidad de ella, y al mismo tiempo le dijera que ese amor podía proporcionarle ocasiones ideales de abnegación, no creo que ello la halagase mucho. No cabe duda, de que deseamos la felicidad de aquellos a quienes amamos; pero no como una alternativa para nuestra propia felicidad. De hecho, toda la antítesis entre el yo y el resto del mundo implícita en la doctrina de la abnegación, desaparece tan pronto como tengamos un interés verdadero por personas o cosas ajenas a nosotros mismos. Gracias a tales intereses, el hombre llega a sentirse como una parte de la corriente de la vida, y no una entidad fríamente separada como una bola de billar que no tiene más relación que la del choque con las otras bolas. Toda desgracia depende de alguna clase de desintegración o falta de integración; hay desintegración dentro del yo por falta de coordinación entre lo consciente y lo inconsciente; hay falta de integración entre el individuo y la sociedad cuando no están unidos por la fuerza de intereses y afectos

objetivos. El hombre feliz es el que no siente el fracaso de unidad alguna, aquel cuya personalidad no se escinde contra sí mismo ni se alza contra el mundo. El que se siente ciudadano del universo y goza libremente del espectáculo que le ofrece y de las alegrías que le brinda, impávido ante la muerte, porque no se cree separado de los que vienen en pos de él. En esta unión profunda e instintiva con la corriente de la vida se halla la dicha verdadera.

ÍNDICE DE AUTORES

DE LA

COLECCIÓN AUSTRAL

INDICE DE AUTORES DE LA COLECCIÓN AUSTRAL

HASTA EL NÚMERO 1500

* **Volumen extra**

COLECCIÓN AUSTRAL



Los libros de que se habla. Los libros de éxito permanente. Los libros que usted deseaba leer. Los libros que aún no había leído porque eran caros o circulaban en ediciones sin garantía. Los libros de cuyo conocimiento ninguna persona culta puede prescindir. Los libros que marcan una fecha capital en la historia de la literatura y del pensamiento. Los libros clásicos —de ayer, de hoy y de siempre—. COLECCIÓN AUSTRAL ofrece ediciones íntegras autorizadas, bellamente presentadas, muy económicas. COLECCIÓN AUSTRAL publica libros para todos los lectores y un libro para el gusto de cada lector

---

SERIES QUE COMPRENDE

AZUL: Novelas y cuentos en general.
VERDE: Ensayos y Filosofía.
ANARANJADA: Biografías y vidas novelescas.
NEGRA: Viajes y reportajes.
AMARILLA: Libros políticos y documentos de la época.
VIOLETA: Teatro y poesía.
GRIS: Clásicos.
ROJA: Novelas policiacas, de aventuras y femeninas.
MARRÓN: Ciencia y técnica. Clásicos de la ciencia.

ÚLTIMOS VOLÚMENES PUBLICADOS

1513. (V) **Miguel de Unamuno.**—Libros y autores españoles contemporáneos. *
1514. (V) **Adolfo Salazar.**—La música de España. (Desde las cuevas prehistóricas hasta el siglo XVI.) *
1515. (V) **Adolfo Salazar.**—La música de España. (Desde el siglo XVI a Manuel de Falla.)
1516. (An) **Rafael García Serrano.**—Cuando los dioses nacían en Extremadura. *
1517. (Vi) **José Camón Aznar.**—El Papa Luna. Nerón. El «Tigre».
1518. (Vi) **Leonor Martínez Martín.**—Antología de poesía árabe contemporánea. *
1519. (V) **Henri Bergson.**—La evolución creadora. *
1520. (Vi) **Federico García Lorca.**—La casa de Bernarda Alba. La zapatera prodigiosa. *
1521. (An) **Benjamín Jarnés.**—Doble agonía de Bécquer. *
1522. (Az) **Manuel Halcón.**—Ir a más. *
1523. (Az) **Aris Fakinos.**—Los últimos bárbaros. *



COLECCIÓN AUSTRAL